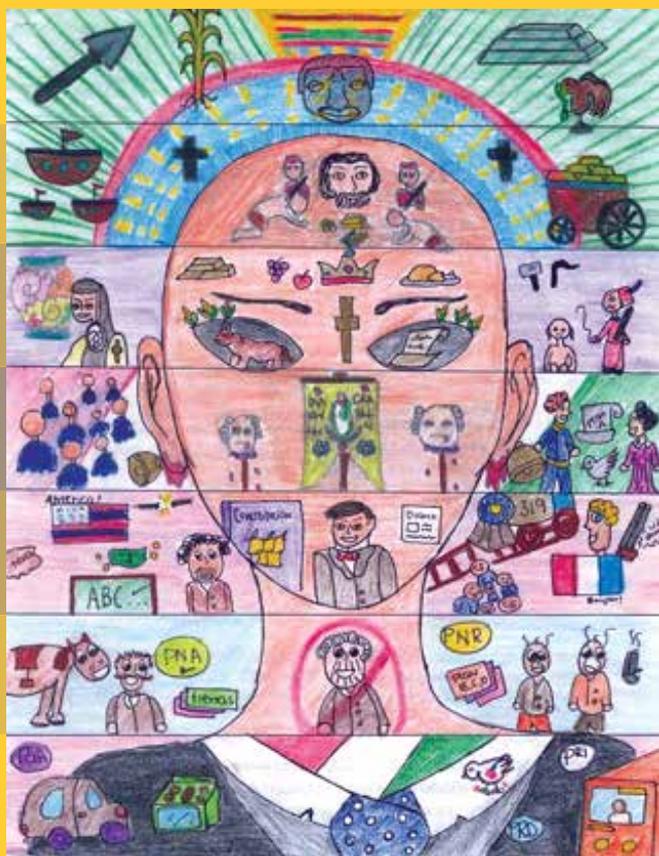


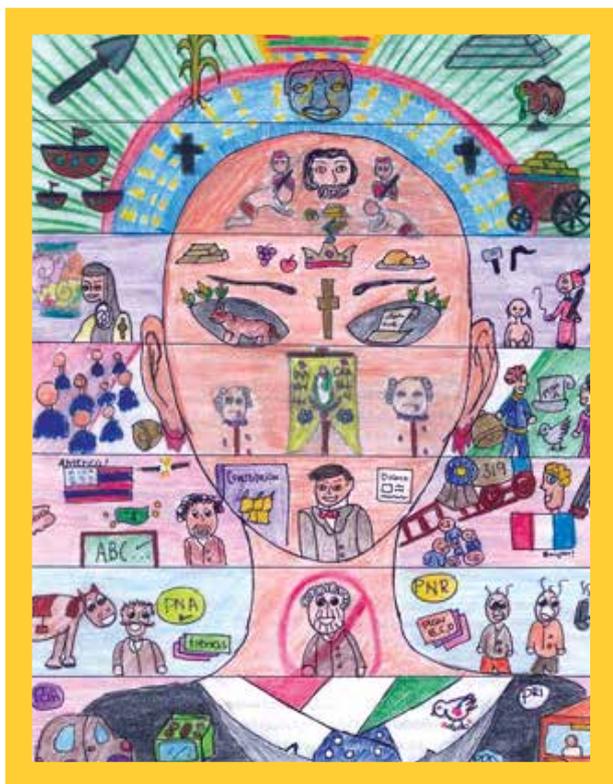
INTERPRETACIONES IMAGINADAS DE LA HISTORIA DE MÉXICO

*Sergio Valencia Castrejón
Jocelyn Paola Vázquez Toledano
Elisa Silvana Palomares Torres*



Proyecto
PAPIME
PE400816

INTERPRETACIONES IMAGINADAS DE LA HISTORIA DE MÉXICO



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector: Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

Secretario General: Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario Administrativo: Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario de Desarrollo Institucional: Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

Secretario de Atención a la Comunidad Universitaria: Mtro. Javier de la Fuente Hernández

Abogada General: Dra. Mónica González Contró

Director General de Comunicación Social: Mtro. Néstor Martínez Cristo

COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Director General: Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Secretaria General: Dra. María Leticia de Anda Munguía

Secretaria Académica: Lic. María Elena Juárez Sánchez

Secretaria Administrativa: Lic. Rocío Carrillo Camargo

Secretaria de Servicios de Apoyo al Aprendizaje: Dra. Luz Angélica Hernández Carbajal

Secretario de Planeación: Dr. Javier Consuelo Hernández

Secretaria Estudiantil: Lic. Mayra Monsalvo Carmona

Secretaria de Programas Institucionales: Lic. María Isabel Díaz del Castillo Prado

Secretaria de Comunicación Institucional: Lic. Maricela González Delgado

Secretario de Informática: Ing. Armando Rodríguez Arguijo

DIRECTORES DE LOS PLANTELES

Azcapotzalco: Lic. Ma. Guadalupe Patricia Márquez Cárdenas

Naucalpan: Mtro. Keshava Rolando Quintanar Cano

Vallejo: Mtro. José Cupertino Rubio Rubio

Oriente: Lic. Víctor Efraín Peralta Terrazas

Sur: Mtro. Luis Aguilar Almazán

Interpretaciones Imaginadas de la Historia de México

es una publicación editada por el

Colegio de Ciencias y Humanidades

DEPARTAMENTO DE ACTIVIDADES EDITORIALES

SECRETARÍA DE SERVICIOS DE APOYO AL APRENDIZAJE

COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

INTERPRETACIONES IMAGINADAS DE LA HISTORIA DE MÉXICO

*Sergio Valencia Castrejón
Jocelyn Paola Vázquez Toledano
Elisa Silvana Palomares Torres*

**Proyecto
PAPIME
PE400816**

Interpretaciones Imaginadas de la Historia de México

es una publicación auspiciada por la DGAPA,

con el **Proyecto PAPIME PE400816**

y fue dictaminado favorablemente por el Comité Editorial del CCH.

Primera edición: 29 de junio de 2018.

DR © 2018 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, CP 04510, Cd Mx

Colegio de Ciencias y Humanidades,

Insurgentes Sur y Circuito Escolar, Ciudad Universitaria,

Delegación Coyoacán, CP 04510, Cd Mx

Teléfono: 5622 2499 ext. 393

ISBN: 978-607-30-0493-0

Esta edición y sus características son propiedad de la

Universidad Nacional Autónoma de México.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin

la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México.

ÍNDICE

Introducción	7
1. La civilización mesoamericana	9
2. La dominación colonial de la Nueva España	34
3. El proceso de Independencia y los distintos proyectos de conformación del Estado nacional	55
4. Consolidación del Estado–Nación liberal mexicano	73
5. El proceso de la Revolución Mexicana	90
6. Reconstrucción nacional e institucionalización de la Revolución Mexicana	110
7. Modernización económica, consolidación del sistema político y crisis del Estado Benefactor	130
8. Neoliberalismo y globalización	149
Bibliografía	167

Introducción

Este libro constituye una recreación de los procesos significativos de nuestro pasado, una compilación de construcciones icónico-simbólicas elaboradas por alumnos de bachillerato, quienes, en un ejercicio de reflexión y construcción, interpretan el devenir histórico de nuestro país. Todas las imágenes fueron concebidas y pintadas por jóvenes cuyas edades oscilan entre los 16 y los 17 años. En ese sentido, el material que tiene en sus manos ostenta un doble valor para la enseñanza de la Historia de México, pues constituye tanto una fuente de consulta, como un testimonio de la juventud actual sobre cómo concibe en imágenes el desarrollo histórico de nuestro país.

Las construcciones icónico-simbólicas que forman este texto tienen trazos, colores y simbolismos de distinta manufactura y calidad estética, pero todas muestran una riqueza de significados, resultado de la apropiación de información histórica, de su procesamiento y su expresión en un lenguaje *imaginal*, a la manera del tlacuilo nahua, cuyo nombre significa “el que escribía pintando”. Así se construyó este material, como una historia contada a partir de imágenes entendidas éstas como una serie de resultados de aprendizaje y una forma de transmisión de conocimiento histórico.

Los materiales que conforman el libro abarcan desde el México prehispánico hasta el actual. En las diferentes etapas, están plasmados acontecimientos, personajes y procesos que se entremezclan simbólicamente y caracterizan la esencia de cada periodo histórico mediante imágenes. A esto se le llama discursos icónico-textuales que ofrecen una interpretación de la historia mexicana desde la perspectiva juvenil y constituyen una propuesta novedosa, al mismo tiempo que entretenida de transmisión y difusión del conocimiento histórico de México. Así, te invitamos a que realices un viaje con los protagonistas de nuestra historia.

1. La civilización mesoamericana

El pasado antiguo de México constituye el periodo más largo de nuestra historia. Se extiende desde el prolongado periodo lítico o edad de piedra que comienza con las primeras oleadas migratorias del hombre al continente americano (35 000 a.C.), pasa por el desarrollo de multitud de aldeas, urbes e imperios de una extraordinaria vida política, religiosa y económica (2500 a.C.) y concluye con la caída de Tenochtitlán, capital del imperio mexica, a manos de los españoles y sus aliados en 1521 de nuestra era. En este sentido, el México antiguo representa una etapa de enorme profundidad, diversidad y complejidad.

El conocimiento sobre el periodo prehispánico en buena medida da cuenta de la diversidad de la sociedad mexicana actual, de ahí que su estudio resulte de vital importancia para comprender numerosas costumbres, ideas y actitudes que nos caracterizan como pueblo. Las diferencias étnicas, culturales y hasta ecológicas del territorio mexicano se manifestaron con prontitud desde la época prehispánica y expresan la variedad de mosaicos de los que está hecha la historia de nuestro país.

Los expertos han dividido el territorio del México antiguo en tres súper áreas culturales que fueron el telón de fondo de los distintos pueblos del periodo prehispánico: Aridoamérica, Oasisamérica y Mesoamérica. La primera se ubicaba en la zona norte del país y cuya frontera se hallaba en lo que hoy constituyen los estados de Sinaloa, Zacatecas, Durango, San Luis Potosí y el norte de Veracruz. Se caracterizó por un clima desértico y el predominio de sociedades de cazadores-recolectores, con una cosmovisión, dieta y cultura material diferente a la de sus vecinos del sur. Recientemente, se ha reconocido la compleja estructura social e ideológica de estos pueblos, así como sus relaciones con los pueblos de las otras dos súper áreas culturales.

Oasisamérica abarcaba algunos territorios de lo que hoy constituye el sur de Estados Unidos, como Nuevo México, Arizona, Utah y Colorado hasta el norte de los actuales estados de Chihuahua, la costa de Sonora y parte de Baja California. Se distinguió por el desarrollo de una agricultura estacional debido a las condiciones climatológicas que impidieron la agricultura permanente. Crearon grandes aldeas en algunas zonas, como Casas Grandes, Chihuahua. Mantuvieron contacto con las otras dos regiones culturales, Aridoamérica y Mesoamérica, de las que aprendieron distintas actividades económicas, políticas y sociales.

En tanto, Mesoamérica se ubicaba en la zona meridional del territorio mexicano con una curva, cuyos extremos se prolongaban al norte; en el centro comprendía el eje transversal volcánico y hacia el sur se extendía hasta Centroamérica. Se trataba de un territorio con gran diversidad de ecosistemas que dio lugar a distintas expresiones culturales. Pese a ello, en toda esta región se desarrolló con éxito la agricultura, actividad que permitió el asentamiento de pueblos y la creación de grandes ciudades y numerosos imperios: olmecas, zapotecas, teotihuacanos, mayas, mexicas, etcétera. Todas las sociedades mesoamericanas tuvieron como base de su alimentación el maíz que dio unidad a estos pueblos, pero no sólo desde una perspectiva gastronómica, sino de cosmovisión, pues era una planta considerada sagrada.

Además del maíz, estas culturas compartieron diferentes rasgos que hacen posible hablar de ellas en términos de una civilización, única y singular: la civilización mesoamericana. Como producto de un proceso histórico autónomo, se caracterizó por desarrollar la agricultura, en especial el cultivo del maíz, como se mencionó arriba, pero también del chile, jitomate, aguacate, calabaza, frijol, entre otros productos que conformaron la base de la dieta regional. Creían en divinidades vinculadas a las fuerzas de la naturaleza y con personalidades duales, que reconocían el bien y el mal. Se rendía culto al sol,

la luna, la muerte, el inframundo, la guerra y la lluvia que constituyeron parte de un imaginario que dio lugar a la creación de un panteón de dioses cuyos nombres cambiaron según la comarca.

También compartieron varias ideas relacionadas con los mitos de origen, el juego de pelota y el culto al dios Quetzalcóatl o la serpiente emplumada que se extendió en muchas regiones de Mesoamérica. Todos estos elementos, constituyen una aportación valiosa de la región a la historia universal, al ser manifestaciones de una civilización originaria, como la egipcia, la mesopotámica o la china.

Después del largo periodo lítico (40 000–2500 a.C.) y de la domesticación del maíz en los últimos tres mil años de dicha etapa, surgieron las primeras sociedades agrícolas. A partir de este momento, la historia antigua de México se ha dividido en tres grandes horizontes que ayudan a entender parte del desarrollo de la civilización mesoamericana a saber: Preclásico, Clásico y Posclásico.

El periodo Preclásico (2500 a.C.–100 d.C.) se identificó por el surgimiento de las primeras ciudades estado de las que se tiene noticia hasta el día de hoy. En la región de los ríos Papaloapan y Grijalva, en los actuales estados de Veracruz y Tabasco, surgieron un conjunto de pueblos que denominamos olmecas y que desarrollaron una serie de rasgos distintivos de la civilización mesoamericana, como el cultivo del maíz, la producción de diferentes tipos de cerámica, la presencia de sociedades jerarquizadas, la construcción de destacadas obras arquitectónicas e hidráulicas y una compleja vida religiosa. Más allá de los olmecas, también llamada cultura madre, surgieron una multitud de aldeas y pequeñas ciudades en otras partes de Mesoamérica, como los zapotecas en Oaxaca, los cuicuilcas en el Valle de México y los primeros mayas en la península de Yucatán. Algunos expertos consideran a esta fase de la historia prehispánica como un periodo formativo.

En tanto, el periodo Clásico (100–900 d.C.) se caracterizó primero por el afianzamiento del proceso urbano y luego por el desarrollo de grandes imperios que se extendieron en amplias regiones de Mesoamérica; ello se debió a las mejoras en las técnicas agrícolas. El ejemplo más paradigmático y por el cual, en gran medida, se le ha nombrado Clásico a este periodo, es debido al esplendor de la cultura teotihuacana en el Valle del México. Durante los primeros siglos de nuestra era, Teotihuacán se convirtió en uno de los centros de poder económico, político y religioso más importantes de toda la región, mismo que ejerció una influencia significativa en muchas otras culturas de su tiempo desde la zona maya hasta el occidente del actual territorio mexicano. En Oaxaca también se desarrolló una compleja vida urbana tanto en la mixteca alta como en los valles centrales, entre la que destacó Monte Albán, dirigida por los zapotecas. De igual manera, en lo que hoy constituye Guatemala, florecieron ciudades como Tikal y Kaminaljuyú, ambas de origen maya y cuya cultura destacó muy pronto en el conocimiento astronómico y bélico.

Finalmente, el periodo Posclásico (900-1521 d.C.) se distinguió por el colapso repentino de varias de las grandes ciudades que habían prosperado en la etapa anterior, en especial de Teotihuacán, cuyo abandono sucedió hacia el 650 y 700 d.C. La crisis urbana no sólo propició el abandono de esas metrópolis, sino que generó un éxodo que dio origen a nuevas ciudades e imperios. Asimismo, un flujo migratorio proveniente del norte, de la Gran Chichimeca y de las fronteras mesoamericanas, propició la formación de nuevas culturas que se distinguieron por su carácter guerrero y pretensiones expansionistas. Así ocurrió con la cultura Tolteca que floreció hacia el 900 d.C. en el actual estado de Hidalgo. Al mismo tiempo, al sureste del territorio mexicano surgieron nuevas ciudades mayas que entraron en una larga disputa por el control de territorio. De ese periodo son las ciudades de Palenque, la nueva Chichén Itzá, Uxmal y Mayapán. Y en el Valle de México surgió la cultura

mexica como producto de las oleadas migratorias del norte y las diferentes culturas locales.

El imperio mexica fue el último gran imperio de la época prehispánica que abarcó gran parte del Altiplano central y el noreste del actual territorio nacional. El pueblo mexica fundó la ciudad de Tenochtitlán en 1325, que constituyó el eje de su poderío político-militar. Todas las poblaciones y ciudades del imperio recibían el nombre de *Altépetl*, que significa “cerro de agua”, las cuales rendían tributo de diverso tipo. Los mexicas vivían en una sociedad jerárquica donde se distinguían dos clases sociales, los nobles o *pipiltin* y el pueblo llano o *macehualtin*. El monarca recibía el nombre de *huey tlatoni* y tenía un carácter sagrado, mientras que los guerreros y sacerdotes también poseían un papel privilegiado dentro de la sociedad como protectores y dirigentes. Rendían un culto especial a su dios de la guerra *Huitzilopochtli*, que imponía constantes sacrificios humanos. También desarrollaron técnicas muy novedosas en la construcción de la zona lacustre y en la agricultura.



de utilidad. Hay representaciones de fenómenos naturales a los que temían y que formaban parte de su cosmovisión, recientemente valorada por su complejidad y su profundo respeto hacia la naturaleza. Arriba aparecen dos personajes con arcos, un hombre y una mujer, quienes exhiben las armas más usadas para la cacería en la región (López y López, 2001).

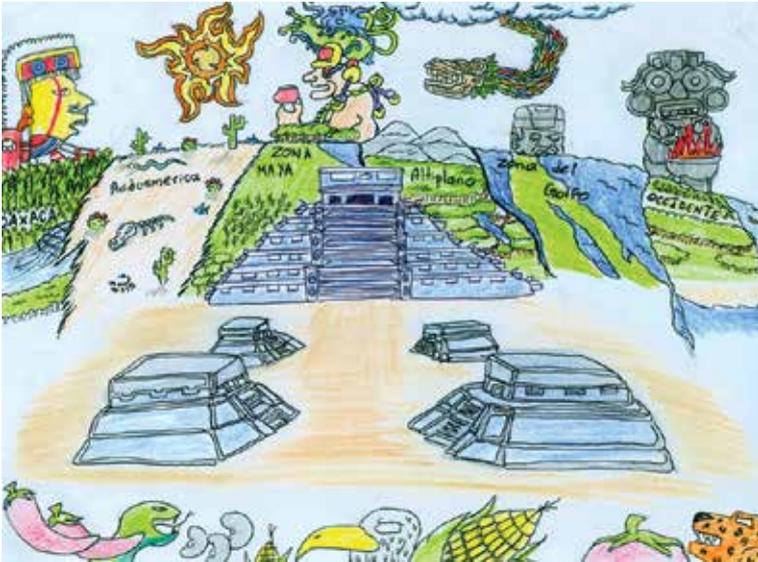
Alrededor de Aridoamérica se representa Mesoamérica, área cultural que se ubicaba en el centro-sur de México. Gracias al desarrollo de la agricultura, surgieron pueblos sedentarios en esta zona que se agruparon en grandes comunidades, mismas que, con el paso del tiempo, dieron lugar a centros ceremoniales en los que se construyeron pirámides para adorar a sus diferentes dioses. El hombre mesoamericano trabajó materiales de distinto tipo en la elaboración de productos para la vida cotidiana y figurillas destinadas a los rituales religiosos y políticos; para pintar usaron productos de la naturaleza, como la grana cochinilla, y distintos tipos de minerales, como el cinabrio. Asimismo, cultivaron gran cantidad de productos agrícolas para su uso y comercialización: frijol, algodón, cacao, jitomate, chile, entre otros. Las sociedades mesoamericanas estaban estratificadas: los nobles, sacerdotes y guerreros eran el grupo superior; los comerciantes y artesanos sobresalientes ocupaban una escala intermedia; y en la base social se encontraba el resto del pueblo que trabajaba en distintas actividades, aunque gran parte de ellas relacionadas con la agricultura (López y López, 2001).

Como ofrendas para sus dioses realizaban distintas clases de sacrificios, de guerreros y doncellas; también existió el auto-sacrificio que se expresó mediante perforaciones con puntas de maguay en diferentes partes del cuerpo. El juego de pelota tuvo un alto sentido religioso para estas culturas y fue una actividad presente desde las primeras culturas mesoamericanas. En la cultura mexicana el sacrificio de guerreros capturados en combate, en honor a Huitzilopochtli, fue el más extendido e importante de la región.

Finalmente, en los rayos del sol hay representaciones de Oasisamérica, región que se ubicó en el sur de los Estados Unidos y norte de México. Los pueblos de esta zona tuvieron relación con los grupos de cazadores-recolectores, con quienes compartieron diversas costumbres, aunque también desarrollaron obras de irrigación para la agricultura. Al igual que otras comunidades mesoamericanas, trabajaron el barro y distintos productos naturales para su sustento. Una de sus principales obras materiales fue la excavación y construcción de casas-habitación en paredes de acantilados para su protección y el desarrollo de una vida comunitaria.

Sobre la corriente del río hay productos y objetos que las tres regiones culturales tenían en común: maíz, chile, jitomate, calabaza y un conejo como alimentos; lanzas y flechas como instrumentos de guerra, defensa y cacería. Piedras, como la obsidiana y otras más comunes, usadas en la elaboración de artesanías, adornos, armas e instrumentos rituales. Sin duda, todos estos elementos muestran el fluir del pasado prehispánico de lo que hoy constituye el territorio mexicano.

Una civilización, múltiples culturas



Ernesto Belmont Sánchez

Para estudiar el pasado antiguo de México, los especialistas han dividido al territorio nacional en dos grandes regiones: Aridoamérica y Mesoamérica. La primera gran región cultural está formada por extensas zonas desérticas, un suelo árido y pocas lluvias; se caracteriza por tener vegetación y fauna más escasa en comparación con su vecina del sur. Por estas condiciones geográficas, la mayor parte de los grupos humanos que la habitaron fueron seminómadas y tuvieron un pobre desarrollo agrícola. Muchos de estos grupos se dedicaron a la cacería y la recolección para satisfacer sus necesidades alimentarias, al mismo tiempo, hubo un predominio de lo crudo sobre lo cocido en la preparación de los comestibles, aspecto distintivo de numerosas culturas de esta región.

Mesoamérica, por el contrario, contó con condiciones naturales más favorables que permitieron el desarrollo de la agricultura como principal medio de subsistencia, además se

caracterizó por tener abundante riqueza en flora y fauna. Todo ello contribuyó al asentamiento de poblaciones extensas, la especialización de ciertos grupos sociales y la creación de una cultura material que dejó múltiples vestigios.

Las sociedades de Mesoamérica tuvieron una matriz civilizatoria común, pero ésta asumió características particulares dadas las condiciones geográficas en las que se desarrollaron. Esto ha llevado a dividir el territorio mesoamericano en cinco regiones culturales: *a)* el Altiplano Central, donde se asentaron y dejaron huella en distintos momentos de la historia teotihuacanos, toltecas, mexicas, entre otros; *b)* Valles de Oaxaca, con zapotecas y mixtecos como los grupos más representativos; *c)* Occidente, que abarca desde el estado de Guerrero hasta Nayarit, y cuyo máximo exponente fue el imperio tarasco en el periodo posclásico; *d)* la región del Golfo, lugar de origen de la cultura madre, los olmecas, ocupada posteriormente por totonacos y huastecos; *e)* área Maya, donde habitaron los pueblos con este nombre, quienes destacaron en astronomía, en la creación de un sistema numérico que incluía el cero y en una compleja escritura (López y López, 2001).

En la construcción plástica que se muestra están representadas Aridoamérica y las cinco regiones culturales de Mesoamérica, todas con elementos significativos que las identifican. Así, el territorio aridoamericano muestra una superficie desértica y vegetación propia de la región, como cactus y biznagas, un sol esplendoroso hace referencia a fenómenos y objetos de la naturaleza que eran exaltados como deidades. El área maya y la de Oaxaca están bajo el manto de sus respectivos dioses creadores: Itzamná y Xipe-Totec. Asimismo, la figura del dios Quetzalcóatl se eleva sobre el Altiplano Central, revelando su importancia para las culturas de esta área; en tanto, la zona del Golfo revela una cabeza monumental que parece emerger del mar. Finalmente, aparece el dios Curicaveri con el gran fuego asociado al sol que resalta la importancia de la cultura tarasca en la zona de occidente.

Temporalidad y cambios culturales en Mesoamérica



José Luis Hernández

En este dibujo se muestra una representación del pasado precolombino a partir de una línea del tiempo que considera los tres periodos del México prehispánico: Preclásico (2500 a.C.-100 d.C.), Clásico (100-900 d.C.) y Posclásico (900-1521 d. C.). Los personajes que ahí aparecen ilustran algunas de las culturas más significativas de cada periodo. Por ejemplo, el Preclásico está personificado mediante una figura humana que resulta de la combinación de una estatuilla conocida como ‘el luchador’, proveniente del poblado de Antonio Plaza en Veracruz, y una cabeza monumental olmeca, como las encontradas en los sitios arqueológicos de La Venta y San Lorenzo. Este personaje emerge desde las profundidades de los campos de maíz, los cuales están siendo regados por Tláloc, Dios de la lluvia y la germinación. El personaje olmeca avanza y se dirige hacia el gobernante maya, a quien da un grano maíz, que simboliza la continuidad de los ciclos agrícolas y la subsistencia de los pueblos mesoamericanos a través del tiempo. Este gobernante

simboliza el periodo Clásico y se encuentra sentado sobre un trono grabado con los numerales mayas, mismos que sirvieron para registrar las fechas de ascenso y descenso de muchos gobernantes; asimismo, expresan parte de la cosmovisión que esta emblemática cultura de la península de Yucatán y parte de Centroamérica.

Detrás del máximo gobernante maya o Halach Uinic, como solían llamarle, se observa un caballero águila, quien representa el periodo Posclásico. Éste aparece ataviado con la vestimenta de cuero que cubría su pecho, con su macuahuitl o mazo con navajas de obsidiana incrustadas, su chimalli o escudo, hechos con tablillas de madera, fibras de maguey y algodón que se decoraban con plumas y jade, y para los guerreros de mayor rango, con aleaciones de oro, plata o bronce. Sin lugar a dudas, el hombre de guerra también representa la predominante cultura bélica de los pueblos del Posclásico, que se expresó tanto en su discurso político como religioso. Los tres personajes de esta singular línea del tiempo convergen en un mismo sendero para mostrar un horizonte histórico de larga duración donde se aprecian algunas características de los tres periodos del México prehispánico (Escalante, 2008: 21).

*La serpiente emplumada y el jaguar en la cosmovisión
mesoamericana*



Abigail Ruiz Bacilio

Como se observa en la imagen, el dios Quetzalcóatl o “serpiente emplumada” forma un círculo con el que envuelve algunos de los elementos más característicos de los pueblos mesoamericanos: estatuillas, monumentos, cráneos, entre otros objetos. Dentro de la cosmovisión mexicana, Quetzalcóatl fue uno de los dioses más importantes, ya que él, junto con su hermano Xólotl, bajaron al inframundo para pedirle los huesos de los hombres al dios Mictlantecuhtli, señor de los muertos y así resurgir a la especie humana durante el Quinto sol. Después de una prueba que le impuso el dios del inframundo, Quetzalcóatl recibió los huesos y de inmediato emprendió la huida, pues sabía que Mictlantecuhtli podría cambiar de opinión en cualquier momento. Al ver la acción de Quetzalcóatl, el dios del inframundo se sintió ofendido, por lo que ordenó cavar un pozo que impidiera la salida del dios y pidió a las codornices

que estaban bajo su servicio lo persiguieran para arrebatarse el botín. A pesar de los grandes esfuerzos de Quetzalcóatl por mantener los huesos intactos, éste resbaló, cayó al pozo y los huesos se rompieron; presuroso sólo alcanzó a recoger algunos pedazos con los que logró salir del mundo de los muertos. En la superficie, Xólotl reprendió a Quetzalcóatl por ser tan descuidado y traer los huesos en ese estado. A fin de enmendar su error, el dios de la serpiente emplumada vertió parte de su sangre sobre ellos y la mezcló con masa de maíz para así crear a la humanidad. Pero como los fragmentos de los huesos eran de diferentes tamaños y características, los hombres así lo fueron también (Caso, 1985: 38).

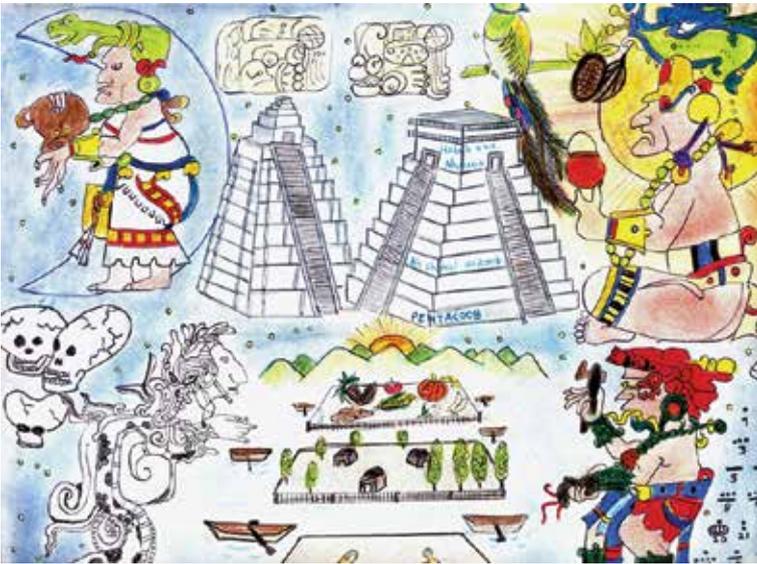
Detrás de Quetzalcóatl se distingue la piel de un jaguar, uno de los animales más venerados en Mesoamérica. Entre los mexicas era llamado Tepeyótlotl que significa “Corazón del Monte” y era una criatura asociada a la noche, pues las manchas de su pelaje asemejaban las estrellas en el horizonte nocturno. En el costado derecho del dibujo se encuentra una planta de maíz en cuyo extremo aparece un corazón, éste representa la subsistencia de los pueblos prehispánicos gracias a dicho alimento.

Al interior del círculo que forma Quetzalcóatl se contempla una serie de imágenes que corresponden a diferentes culturas. En el centro se encuentra, posada sobre un nopal, un águila devorando una serpiente, señal que el dios Huitzilopochtli dio a los mexicas para asentarse en ese lugar, esencia del mito fundacional de la ciudad de Tenochtitlán. Alrededor del águila se observan elementos de la agricultura prehispánica, como frijoles, semillas y la popular coa, instrumento utilizado por los antiguos indígenas para sembrar. Asimismo, aparecen objetos con los que comerciaban estos pueblos, como vasijas y figurillas de cerámica que hoy abundan en todo el territorio mexicano. En la esquina superior derecha se encuentra una choza que simboliza las primeras aldeas que comenzaron a construirse durante el periodo preclásico y en la esquina superior izquier-

da encontramos la arquitectura monumental que se desarrolló en los periodos subsiguientes.

Todos los elementos que se encuentran en el interior del círculo formado por Quetzalcóatl representan la riqueza cultural de la región mesoamericana a lo largo de los tres horizontes del pasado prehispánico, Preclásico, Clásico y Posclásico. Asimismo, simbolizan algunos de los elementos cosmogónicos más significativos que subsistieron y se entremezclaron en un mismo espacio geográfico que hemos denominado Mesoamérica. Por ello, es Quetzalcóatl quien los envuelve, ya que éste fue uno de los dioses más representativos del panteón sagrado de estos pueblos.

La grandeza de la cultura maya



Mariana Itali Cabello

Los mayas conformaron una de las civilizaciones más antiguas y complejas de Mesoamérica. A diferencia de muchas otras culturas, ellos lograron subsistir a lo largo de los tres

periodos prehispánicos (Preclásico, Clásico y Posclásico). La cultura maya se estableció en los territorios que hoy comprenden los estados de Chiapas, Yucatán, Quintana Roo, Tabasco y Campeche, así como en algunas zonas de países centroamericanos como Belice, Guatemala y Honduras.

En el presente dibujo se muestran algunos aspectos ideológicos relevantes de esta cultura. Al centro se localizan dos pirámides en las que se hallan escritos los diferentes estratos sociales que conformaron a la sociedad maya. En la base, se encuentran los esclavos o prisioneros de guerra llamados pentacoob, quienes carecían de todo beneficio dentro de esta sociedad. Dos peldaños más arriba se encuentran los hombres libres o las personas que conformaban el pueblo maya denominados ah chembal uinicoob. En la parte superior de la pirámide encontramos a los líderes militares y sacerdotes conocidos como ahau kan (hombre serpiente), así como al gobernante principal, halach uinic (hombre verdadero), quienes mantenían una estrecha relación por cuestiones políticas y religiosas. Los mayas acostumbraban a guerrear entre ellos para dominar determinados territorios; al mismo tiempo, las alianzas entre gobernantes y sacerdotes jugaban un papel muy importante en el ámbito religioso, pues mantenían el orden del cosmos a través de ciertos ritos.

En cada una de las esquinas del dibujo se halla representada una deidad maya de gran importancia. En la parte superior izquierda se encuentra Ixchel, diosa de la luna, del agua y la medicina que, al igual que el dios del sol, marcaba los ciclos de la vida. A la derecha se encuentra Itzamná, dios del cielo y del disco solar, padre de la sabiduría, quien encarnaba la energía que mueve al universo. En la parte inferior izquierda se encuentra Kukulcán, también conocido como la Serpiente emplumada, quien podía transportarse en los tres planos o espacios cósmicos que concebían los mayas: inframundo, el mundo terrenal y el supramundo o aquel lugar donde habitaban los dioses. Era una deidad asociada a Venus y a los cua-

tro elementos de la naturaleza, agua, tierra, aire y fuego. En la parte inferior derecha encontramos a Chaac, dios de la lluvia, aunque también era considerado como el dios de la germinación, quien proveía de sustento al hombre.

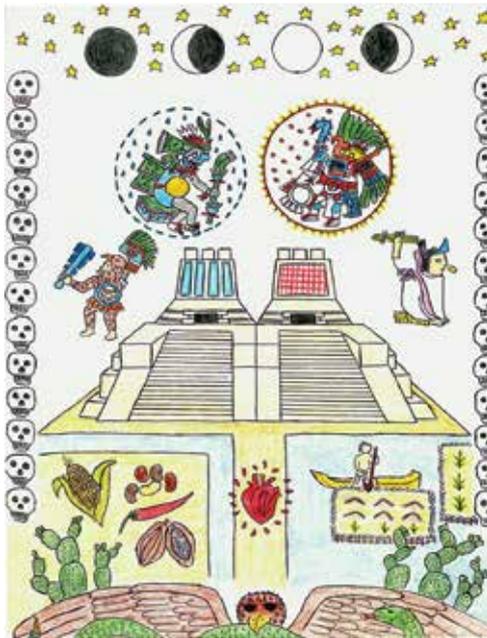
Debajo de las pirámides se encuentran algunos elementos de la vida cotidiana y costumbres de los mayas. Aparecen las viviendas y los campos de cultivo, algunos alimentos característicos de su dieta, como el cacao, el maíz, la calabaza, el frijol, el chile y otros vegetales. Sin duda, la agricultura, al igual que en el resto de los pueblos mesoamericanos, fue la base de su economía y subsistencia. Otro elemento a destacar del dibujo son las canoas, que representan el medio de transporte más utilizado por aquellas comunidades que se encontraban a las orillas de los ríos, lagos o frente al mar.

Frente a Itzamná se hallan unas semillas de cacao y un quetzal, ambos elementos sagrados dentro de la cosmovisión maya y nativa en general. Tanto las semillas como las plumas eran objetos altamente apreciados por estos pueblos que, incluso, sirvieron como moneda de cambio para obtener diversidad de productos debido a su elevado valor comercial y simbólico.

Para los mayas la calendarización del tiempo era de suma importancia. Esta civilización logró desarrollar un complejo sistema numérico y calendárico que les permitió registrar detalladamente muchos sucesos políticos de trascendencia para ellos. Los mayas pensaban que el destino de los hombres estaba directamente relacionado con la naturaleza. Concebían a los individuos como criaturas que nacían y morían, al igual que cualquier ser vivo, como parte de un ciclo vital de mayor envergadura, donde lo que permanecía era la comunidad y la naturaleza. Al igual que muchos pueblos prehispánicos, los mayas creían en la existencia y repetición de los ciclos, por ello consideraban que gran cantidad de sucesos naturales y políticos tendían a repetirse, de ahí la trascendencia de su registro (Valverde, 1999: 30-31).

En el dibujo podemos encontrar a las espaldas de Chac los numerales mayas, representados con barras y puntos, así como un símbolo en forma de concha que representa el cero. En tanto, frente a Itzamná se ubican un par de glifos que ejemplifican la compleja escritura maya que servía para marcar fechas de ascensión de sus gobernantes, batallas, conquistas, matrimonios, etcétera. Esta escritura tomó muchos años en descifrarse, hasta que el lingüista soviético Yuri Knorozov, a mediados del siglo xx, logró comprender parte de este sistema al descubrir que la escritura maya se componía de 355 signos y que las palabras se conformaban a partir de la combinación de tres o cuatro signos, que pueden ser pictogramas o fonogramas.

Los mexicas, una cultura militarista



Blanca Estela Rodríguez López

Durante el periodo Posclásico (900-1521 d.C.) la cultura mexica ejerció una fuerte influencia y control sobre los pueblos establecidos en la región del Altiplano Central y la costa del Golfo de México, convirtiéndose en uno de los imperios más poderosos de Mesoamérica. El control ejercido por los mexicas se debió en parte a la cosmovisión que este pueblo tenía, pues muchos de los dioses que veneraban estaban asociados a la guerra y reclamaban constantes sacrificios. Ello generó la antipatía, el miedo y el respeto hacia el pueblo mexica que llegó a la cuenca del Valle de México alrededor del año 1150 y logró transformarse en un extenso imperio en poco más de 200 años.

Como se puede observar en la parte superior del dibujo, hay un cielo estrellado que representa los cuatrocientos hijos de Coatlicue, la diosa de la falda de serpientes, patrona de la fertilidad, de la vida y de la muerte, también conocida como Tonantzin, venerada como madre de los dioses. Cuenta el mito azteca que esta diosa quedó preñada por una pluma de Huitzilopochtli, dios de la guerra y el sol, mientras barría su casa en la cima del cerro Coatepec. El inexplicable embarazo ofendió a su hija Coyolxauhqui, quien incitó a sus cuatrocientos hermanos de asesinar a su madre por el deshonroso suceso. Una noche silenciosa, Coyolxauhqui junto con sus cuatrocientos hermanos fueron al Cerro de Coatepec para darle fin a Coatlicue. Cuando éstos se aproximaron, muy cerca del cerro, Coatlicue dio a luz a Huitzilopochtli, quien nació con todas sus armaduras, lanzó a cada uno de sus hermanos al horizonte y los convirtió en estrellas. También decapitó a la conspiradora, cuya cabeza fue lanzada al cielo para formar la luna, mientras su cuerpo desembrado fue arrojado por las laderas del cerro. De acuerdo con la cosmovisión mexica, cada fase lunar representa una parte del cuerpo de Coyolxauhqui al caer por el cerro de Coatepec (Kaspar, 2008: 16-17).

Debajo del cielo estrellado, encontramos dos deidades centrales del panteón mexica. En el costado izquierdo se halla Tláloc, dios de la lluvia y la fertilidad y en el derecho Huitzilo-

pochtli, dios del sol y la guerra, como señalamos arriba. A sus pies, aparecen sus respectivos templos ubicados en el complejo ceremonial más importante de los mexicas conocido como el Templo Mayor, fastuosa edificación que simboliza, a su vez, el cerro de Coatepec. En el extremo derecho del Templo Mayor está Acamapichtli, primer tlatoani de los mexicas, en cuya representación tiene una vírgula de la palabra en su boca, pues en náhuatl tlatoani quiere decir “el que posee la palabra”, como se observa en numerosos códices en donde aparecen como personajes centrales. De lado izquierdo, hay un guerrero Águila que representa el sector militar de la sociedad mexica y únicos hombres quienes podían acompañar a Huitzilopochtli al amanecer. Debajo de los templos, sobre la calzada principal, se encuentra un corazón que simboliza los numerosos sacrificios humanos realizados por los mexicas como ofrenda a sus dioses, para agradecer y mantener el equilibrio del cosmos.

A los costados del dibujo se extienden unas columnas de calaveras que representan el tzompantli del Templo Mayor, elaborado con cráneos humanos. Esta estructura tenía una función religiosa y política. Por un lado, servía para honrar a sus dioses y, por otro, era señal de advertencia para los enemigos de los mexicas. En la parte inferior de la composición se observan los canales que recorrían la ciudad de Tenochtitlan y que formaban parte del lago de Texcoco. Aquí se construían las conocidas chinampas, que constituyeron el sistema de cultivo más importante de la sociedad mexica, con una capacidad casi permanente de producción de alimentos como el maíz, frijol y chile; dicha técnica aún se utiliza en la zona lacustre del Valle de México al sur de la ciudad. Finalmente, en la parte inferior del dibujo emerge un águila devorando una serpiente y posada sobre una nopalera que expresa el mito de origen de Tenochtitlan. Cuenta el mito que esta ciudad fue construida a partir de una señal y un mandato que el dios Huitzilopochtli impuso a los mexicas para construir una gran metrópoli, ahí donde vieran esa imagen; este es el antecedente del actual escudo nacional mexicano.

Cultura y vida cotidiana en México-Tenochtitlán



Angélica López Espinosa

En el entorno de un paisaje lacustre, rodeado de cerros que identifican a la cuenca del Valle de México, aparecen representados distintos elementos mítico-religiosos de la cosmovisión mexica. Casi en el centro del lago, se halla un islote en el que, según el mito fundacional de Tenochtitlan, aparece un águila devorando una serpiente. En el fondo de la composición, junto a los cerros, se encuentra el Templo Mayor, centro del poder político y religioso, ahí donde se cruzaban los tres niveles del cosmos y se ordenaba el mundo, según la ideología mexica. A un costado, se descubre el gran tzompantli o altar de calaveras, donde se ensartaban los cráneos humanos de los numerosos sacrificados. Esta visión se completa con la piedra de sacrificios y el guerrero al que se extrae el corazón casi al frente de la imagen que expresa el carácter bélico mezclado con el pensamiento profundamente religioso del pueblo del sol, como solían denominarse a sí mismos los mexicas. La sangre humana era considerada un bien muypreciado para este pueblo, como lo era el oro para los europeos, pues se creía que era el alimento de los dioses.

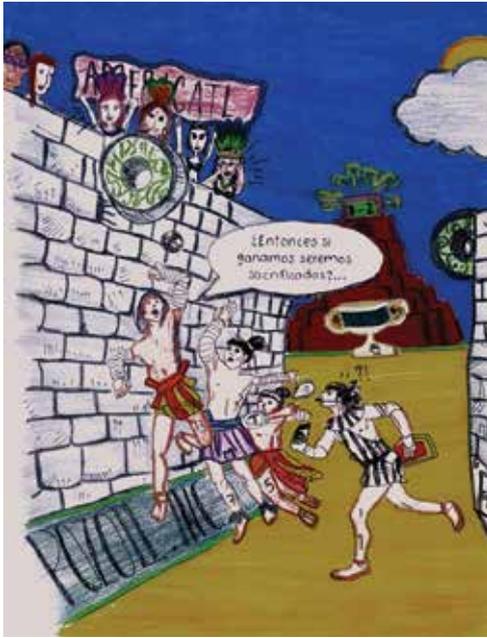
Asimismo, aparecen el nopal, el maguey, el maíz y algunos granos de cacao que resaltan la importancia de estos productos en la vida de las comunidades del Altiplano central, desde épocas remotas y hasta el esplendor del imperio mexica en el periodo Posclásico.

El dibujo también muestra diversas actividades económicas y escenas de la vida cotidiana de la sociedad mexica. Por ejemplo, se observa la siembra en chinampas, método agrícola de gran valor económico y ecológico, que consistía en la construcción de islotes en suelos fangosos del lago para crear parcelas de cultivos. Del mismo modo, aparecen algunos medios de transporte, como las canoas largas y angostas que trasladaban productos agrícolas a través de la multitud de canales que recorrían la ciudad. Por tierra, se puede observar al tameme, personaje dedicado a cargar mercancías sobre sus espaldas, a falta de animales de tiro durante la época prehispánica.

También se puede contemplar el comercio de todo tipo de artículos, como el que existió en el mercado de Tlatelolco y que constituye el antecedente de los tianguis de la actualidad. Dos personajes dialogan y otro grupo de personas toca diferentes instrumentos musicales (el huehuetl, el teponaztli y una flauta), que eran utilizados en danzas, en la guerra y en ceremonias religiosas. La música era importante en la cosmovisión mexica e indígena en general porque era una manera de expresar emociones, ideas políticas y conectar con las divinidades.

En la imagen también se encuentran mujeres desempeñando diferentes actividades consideradas tradicionales de las mujeres mexicas. Por ejemplo, la elaboración de tortillas –por eso una de ellas aparece junto al fogón–, la confección de productos textiles, la molienda del nixtamal sobre el metate y la preparación de alimentos con molcajetes y ollas de barro. Todas estas actividades se hallan diseminadas en distintas partes de la composición que sugieren la importancia de las labores femeninas dentro de los hogares mexicas.

El juego de pelota en versión humorística



Alejandra Albores Alquicira

El juego de pelota fue un ritual de gran relevancia para la civilización mesoamericana desde sus orígenes. Ya en el periodo Preclásico (2500 a.C.-100 d.C.) sabemos que se llevaba a cabo, como así lo muestran diversos asentamientos de la cultura olmeca en los que se han encontrado vestigios relacionados con este ceremonial. Una hipótesis sugiere que las cabezas colosales halladas en distintos sitios arqueológicos podrían corresponder a jugadores decapitados que portan una especie de casco protector. Asimismo, ha sido común encontrar recintos para el juego de pelota en centros ceremoniales de casi todas las regiones y culturas mesoamericanas.

El juego de pelota significó, dentro de la cosmovisión mesoamericana, la lucha de contrarios presentes en todo el universo. El sol y la luna, el día y la noche, el cielo y el inframundo,

la vida y la muerte, fueron algunas de las dualidades más destacadas entre los antiguos habitantes del territorio mexicano. Por ello, se cree que el juego de pelota estuvo asociado a esta idea, misma que era enmarcada en momentos significativos de una comunidad como en rituales de fertilidad agrícola, en tiempos de guerra y en el ascenso de nuevas dinastías gobernantes. Los participantes llevaban a cabo acciones de preparación física y de purificación previas al juego ritual. La cancha era un espacio sagrado que se ubicaba, generalmente, por debajo del nivel de la plaza, para indicar que representaba el inframundo, como quedaba de manifiesto durante el descenso de los jugadores, quienes, en sus atavíos de guerreros solares, bajaban al mundo de los muertos para enfrentar las fuerzas de la noche y garantizar la permanencia del cosmos y la continuidad de la vida. Se cree que en la mayoría de los casos el ritual concluía con el sacrificio de los jugadores perdedores a quienes se les decapitaba o extraía el corazón (López, 2014: 242).

En la práctica de este ritual, se utilizaban pelotas de hule que fueron de distintas dimensiones y pesos, según la época y la región. Algunos expertos consideran que la pelota representaba el movimiento de los astros, en especial del sol, la luna y Venus. Por la dureza de la bola, los jugadores requerían de protección en algunas partes del cuerpo que tenían contacto con ésta, usaban rodilleras, pectorales, coderas, cascos, yugos para la cadera, etcétera. En alguna versión del juego, los participantes usaban bastones y otro tipo de aditamentos para golpear la pelota. Se piensa que los aros fueron una incorporación tardía del periodo Posclásico (900-1521 d.C.), como una influencia del pueblo tolteca. Suponemos que su anexión trastocó todas las reglas del juego ritual, aunque se mantuvo su esencia. En esta última versión, el objetivo era pasar la esfera de hule por alguno de los aros de piedra empotrados en los muros laterales de la cancha (López, 2014: 242).

En la imagen se aprecia el desarrollo de un juego de pelota en el que los jugadores, ataviados con los implementos adecuados,

se disputan la pelota para incrustarla en uno de los aros. El público apoya a su equipo preferido, quitándole el carácter religioso al juego y convirtiéndolo en un espectáculo deportivo. Esta idea se refuerza con la figura del árbitro, encargado de dirigir las acciones y castigar los actos incorrectos. Uno de los jugadores se cuestiona si ganar implica que los sacrifiquen, ya que la copa del vencedor tiene un cráneo humano en la parte inferior.

2. La dominación colonial de la Nueva España

La llegada de los españoles al continente americano marcó una nueva etapa en la historia de este territorio. En el caso de México constituyó un periodo de importantes cambios políticos, económicos, culturales y medioambientales que darían origen a la nación mexicana.

El proceso de conquista inició con las expediciones que los españoles llevaron a cabo desde Cuba y el Caribe hacia ‘tierra firme’, como se le decía al continente en ese momento. La expedición dirigida por Hernán Cortés en noviembre de 1518 constituyó el comienzo de una cruenta lucha por el territorio que hoy constituye México, que culminó con la caída de la capital del imperio mexica, la ciudad de Tenochtitlán en agosto de 1521. No obstante, es preciso reconocer que el periodo de conquista y colonización en otras regiones del país fue un proceso largo y que llevó varias decenas de años, por lo que hablar de Nueva España como entidad más o menos cohesionada más bien fue en un momento posterior, al inicio del siglo XVII.

Hubo varios factores que contribuyeron al triunfo de los españoles sobre los pueblos nativos. Uno de ellos fue, sin duda, la capacidad de Cortés y, en general de los conquistadores, para establecer alianzas con grupos estratégicos que agudizaron las divisiones políticas entre los pueblos nativos. Esto fue particularmente importante en la lucha contra el imperio mexica, donde la alianza con tlaxcaltecas y otros pueblos oprimidos fue fundamental para entender cómo un puñado de extranjeros lograron la caída de un imperio de grandes proporciones como lo era el mexica.

Sin duda, otro elemento fundamental en la conquista del territorio mexicano fue la superioridad tecnológica de los españoles. El uso de las armas de fuego, de caballos, bergantines y armaduras tuvo gran impacto entre las huestes indígenas,

pues sus armas como el macuahuitl y la honda eran fácilmente superadas en diversidad de combates. Asimismo, otro factor esencial en la derrota de los pueblos indígenas fueron las epidemias, como la viruela, el sarampión y el tifo que pronto corrieron por el territorio mesoamericano y cobraron millones de vidas, sobre todo la epidemia de viruela que azotó la sitiada ciudad de Tenochtitlán, fue una causa importante en la rendición de los mexicas pero que, de igual manera, atacó a los aliados de los españoles, quienes corrieron con la misma suerte que sus adversarios nativos.

La evangelización constituyó la otra cara del proceso de conquista. En 1524 llegaron los primeros misioneros para llevar a cabo la evangelización de los indios. Muchos de éstos crearon métodos de enseñanza muy novedosos para su tiempo, como los catecismos testerianos que usaban imágenes para transmitir los principios de la religión cristiana. La evangelización tuvo aspectos positivos y negativos en la conformación de la floreciente sociedad novohispana. Por un lado, dotó a los indios de oficios y de principios humanos que sirvieron para su defensa y contener la sobre explotación nativa. Pero por otra parte, enseñaron la obediencia y la sumisión, como valores que estaban por encima de la humillación y la carga excesiva de trabajo. Tal ambigüedad generó una devoción profunda hacia la religión católica y las autoridades eclesiásticas que continúa hasta el día de hoy en algunas regiones de nuestro país.

En tanto, la incorporación de animales de tiro y de corral, como el caballo, el buey, el borrego y el cerdo, generó profundos cambios en el paisaje y la dieta mesoamericana que dieron origen a una nueva concepción de pueblo y de gastronomía que continúa hasta el día de hoy.

Al consolidarse el proceso de conquista en el centro y sureste, surgieron las primeras ciudades importantes del virreinato, como la Ciudad de México, Puebla, Oaxaca, Guadalajara y Mérida, que muestran la creciente influencia española en todo el territorio. No obstante, la expansión hacia el norte del

país apenas comenzó con mayor fuerza a finales del siglo xvi, cuando se descubrieron importantes yacimientos de oro y plata en la ciudad de Zacatecas, al pie del famoso cerro de la Bufa.

Con el fin del proceso de conquista en el centro del territorio mexicano comenzó a surgir una cultura que podríamos llamar, en un sentido más pleno, novohispana. En las grandes urbes, sobre todo en la Ciudad de México, conocida como la ciudad de los palacios, comenzó a florecer una cultura propia manifiesta en infinidad de expresiones, como la arquitectura, la música, la gastronomía, la pintura, la literatura, la filosofía y la ciencia. Esta forma de entender el mundo se le conoce como cultura barroca novohispana y ha legado grandes obras a nuestro país. Nombres como Cristóbal de Villalpando, Francisco Guerrero y Torres, Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos de Sigüenza y Góngora son muestra de los prodigiosos talentos que generó el barroco en estas tierras en diferentes ámbitos del saber y las artes.

Las instituciones políticas de la Nueva España también fueron un reflejo de su compleja sociedad. Entre las principales instituciones políticas se encontraba la Real Audiencia, encargada de la administración de la justicia y asuntos legislativos, misma que gobernaba con el Virrey. Éste representaba la máxima autoridad en el gobierno virreinal y se encargaba de cuestiones militares, políticas y administrativas. También se hallaban los corregidores y ayuntamientos, que se encargaban de los problemas locales. La corte novohispana se distinguió por su ostentación, gracias a la infinidad de productos que pasaban por el territorio novohispano desde la Nao de China, que desembarcaba en las costas de Acapulco, e iba derramando parte de sus valiosas y exóticas mercancías en distintos puntos del virreinato.

Pero no todo era algarabía y novedad. La sociedad novohispana se distinguió por profundas diferencias sociales que tenían un débil fundamento racial. El mestizaje que comenzó desde los primeros contactos entre españoles e indios y que se incrementó con el paso de los años, al incorporarse población

negra en calidad de mano de obra esclava, generó estereotipos sociales que conformaron las llamadas castas, las cuales tuvieron el propósito de diferenciar clases sociales, pero también establecer impuestos precisos a cada uno de estos grupos. Las castas fueron plasmadas en infinidad de pinturas que muestran las contradicciones de la sociedad novohispana, algunas de las cuales continúan hasta la actualidad.

La economía novohispana también tuvo gran relevancia dentro y fuera del territorio. Desde el siglo XVI, la explotación minera se convirtió en una actividad de primera importancia para las arcas reales. Al igual que el virreinato del Perú, la Nueva España constituyó parte importante de la economía trasatlántica con la exportación de metales preciosos, en especial, de oro y plata. El descubrimiento de minas en diferentes puntos del territorio novohispano propició la fundación de ciudades y villas que aún forman parte de la geografía política del país. Este es el caso ya mencionado de Zacatecas, pero también de Taxco, Real del Monte, Guanajuato, entre muchos otros. La otra actividad económica de gran importancia para la exportación fue la producción de grana cochinilla, plaga del nopal que produce tintes naturales de color púrpura, muy codiciados por los europeos para las vestimentas de los reyes y de las altas dignidades eclesiásticas.

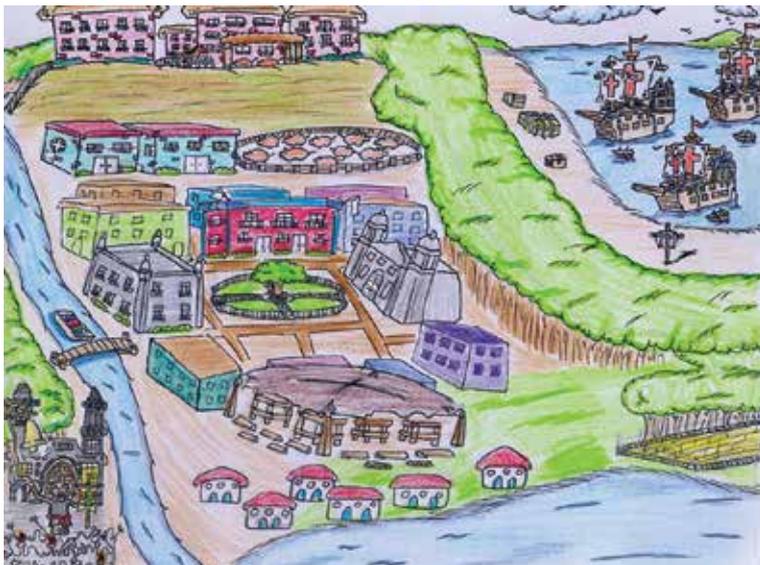
Al interior del virreinato proliferaron multitud de haciendas de todo tipo, agrícolas y ganaderas para consumo local y regional. También se fundaron ingenios y obrajes que fabricaban algunos productos procesados, como azúcar y telas. En las ciudades, los gremios artesanales elaboraban diferentes tipos de manufacturas; curtidores, talabarteros, plateros, carpinteros, sastres, entre otros oficios, se organizaban en las llamadas cofradías que tenían como propósito generar cajas de ahorro, controlar la producción, los precios y crear una identidad propia, mediante la adopción de un santo como patrono del oficio.

La vida en los espacios públicos, fueran de ciudades o pueblos, era ruidosa y ajetreada, sobre todo en las plazas, mercados

y afuera de las iglesias donde tenía lugar buena parte de la vida comunitaria. Así, se generaron multitud tradiciones, modismos y costumbres que forman parte de nuestra identidad nacional.



De la conquista a la independencia



Ernesto Belmont Sánchez

Después del descubrimiento de nuevas tierras en 1492, a las que más tarde se denominó América, le siguieron expediciones de exploración y de conquista financiadas por la Corona española y por capitales particulares, que, en su búsqueda de metales preciosos, entraron en contacto con las culturas que habitaban la región, mismas que fueron sometidas por medio de la violencia, en su gran mayoría. Para el caso del territorio que hoy constituye México, las primeras expediciones fueron comandadas por Francisco Hernández de Córdoba y Juan de

Grijalva. Éstas partieron de la isla de Cuba en 1517 y 1518, recorrieron la zona costera del Golfo de México y entraron en contacto con algunos de los pueblos ahí asentados, apoderándose de artículos valiosos a través del intercambio o por la fuerza.

Una tercera expedición salió en noviembre de 1518 a cargo de Hernán Cortés, quien muy pronto inició una guerra de conquista territorial, pese a las órdenes de su superior, el gobernador de Cuba Diego Velázquez, de llevar a cabo sólo una expedición exploratoria. Para lograr su hazaña militar, Cortés estableció alianzas con numerosos pueblos enemigos del imperio mexica, entre los que destacaron los tlaxcaltecas. También hizo coalición con algunos pueblos sometidos con la promesa de liberarlos del yugo y la dominación azteca. Esta estrategia fue fundamental para el triunfo de los españoles sobre el imperio mexica, pues les proporcionaron información y hombres para sostener una larga guerra que concluyó el 13 de agosto de 1521, fecha de la caída de México-Tenochtitlán.

Además de las alianzas militares, las enfermedades que no existían en el territorio americano, como la viruela, y el uso de armas de fuego, contribuyeron al triunfo de los conquistadores europeos. Por otra parte, la actitud fatalista y de inacción del tlatoani Moctezuma Xocoyotzin, también tuvo un efecto negativo en la organización de la defensa del imperio y de su ciudad capital. La caída de Tenochtitlán marcó el inicio de la dominación española y la conformación de una nueva estructura política, social, económica e ideológica en esta región que años más tarde se llamaría Nueva España.

En la imagen se representa la llegada de los españoles con los navíos que se acercan a la costa de Veracruz. A un costado, sobre la playa, aparece una cruz que simboliza la apropiación del territorio por parte de la Corona española, acto que era legitimado y avalado con documentos como El Requerimiento y bulas papales que constituían escritos de gran peso político para los europeos de la época. En la parte central del dibujo se representa el proceso de colonización que incluye la trans-

formación de los espacios geográficos y culturales durante el periodo virreinal. Se muestran nuevas formas de urbanización y la construcción de edificios religiosos y civiles, que serán antecedente de los pueblos y ciudades del México actual. Asimismo, se observan animales traídos de Europa, como el corral con cerdos que ejemplifica los cambios en la alimentación y el surgimiento de actividades económicas. También se muestra la introducción de nuevos cultivos que definieron un nuevo paisaje rural. En conclusión, en la parte central de la imagen se expresan algunos elementos del proceso de colonización de la Nueva España.

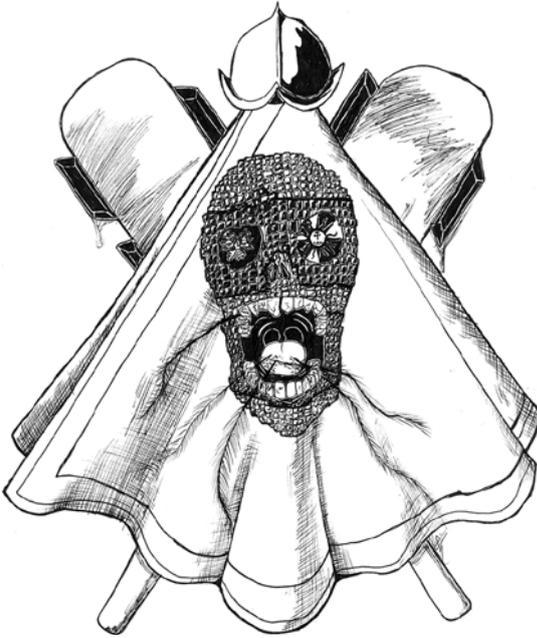
En la esquina inferior izquierda se asoma el fin de la dominación colonial española que duró prácticamente tres siglos. Ahí se representa el inicio de la guerra de independencia acaudillada por Miguel Hidalgo en el pueblo de Dolores.

encuentran animales que los españoles importaron al Nuevo Mundo, como el ganado bovino, equino y porcino. En la parte inferior se ubican las tres embarcaciones que Colón utilizó para su viaje a las Indias, mismas que terminaron con el descubrimiento de otro continente y conectaron dos mundos distintos. En la cuarta columna se observa a Hernán Cortés que está tratando de entablar un diálogo con Moctezuma Xocoyotzin, tlatoani del imperio mexica.

En tanto, en las columnas del lado izquierdo se localizan algunos símbolos de la tradición indígena, como el macuahuitl, mazo con navajas de obsidiana incrustadas y un escudo de guerra que en náhuatl se conocía como chimalli, hecho a base de tablillas de madera, fibras de maguey y algodón con un decorado de plumas. En la segunda y tercer columnas se encuentra la destrucción del Templo mayor, el cual fungió como principal centro ceremonial y político del imperio mexica. En esta misma columna se hallan indígenas contagiados de viruela que ejemplifican otro factor más de la conquista española. También se encuentra otro indígena cargando una viga de madera que hace referencia a la explotación laboral de los naturales al establecerse la encomienda como sistema económico y de orden social, recién fundada la Nueva España. En la cuarta columna, encontramos una mano que sostiene una cruz, la cual representa la enseñanza de la religión cristiana y el cambio de las costumbres indígenas para venerar al nuevo dios.

En términos generales, en este dibujo plasma una visión panorámica de aquellos aspectos que estuvieron implicados en el proceso de conquista de lo que hoy es el centro de México y que fueron fundamentales en los años venideros del periodo colonial.

El señor de la noche



Anibal Velázquez Villalobos

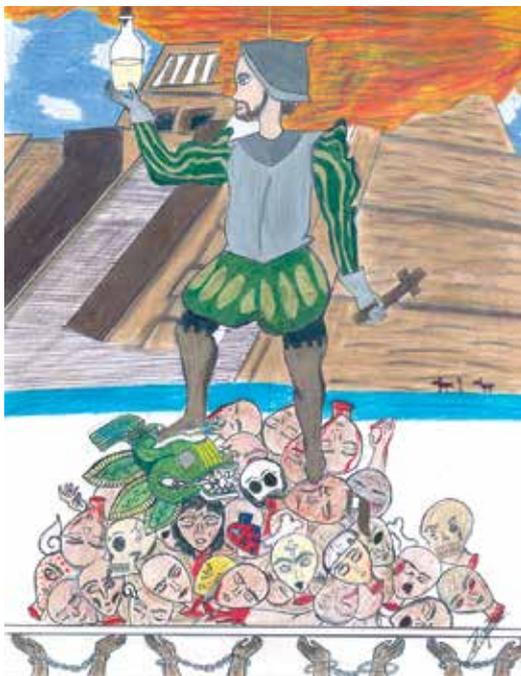
En este dibujo se observa como imagen principal al dios Tezcatlipoca (espejo negro que humea), deidad de la noche dentro de la mitología mexicana caracterizada por tener una franja negra en el rostro (Caso, 1985: 42-43). En sus ojos podemos notar, del lado izquierdo, el escudo de Tenochtitlán que proviene del código Telleriano y que significa “lugar de tunas sobre piedra”. Del lado derecho, otro escudo que combina los símbolos dominicos y jesuitas, órdenes religiosas que arribaron a la Nueva España desde el siglo XVI para llevar a cabo la evangelización de los indios en diferentes puntos del territorio recién conquistado.

La boca abierta de Tezcatlipoca simboliza el repudio hacia los conquistadores. En sus dientes se distinguen algunas plumas de Quetzal que simbolizan los restos de Quetzalcóatl, ya

que la imposición de la religión cristiana implicó el abandono del antiguo panteón de dioses mesoamericanos, quienes fueron desechados y en gran parte borrados por los frailes.

Detrás de Tezcatlipoca encontramos una tilma coronada por un yelmo que simboliza la unión de los pueblos nativos con los españoles. Atrás de éstos se encuentra la cruz de Borgoña, escudo de armas de la Corona española desde el siglo XVI. Pero ésta se halla representada con dos macahuitl, una de las principales armas de los mexicas que resultaron inútiles ante el armamento que portaban los españoles. Este dibujo es una representación del sincretismo y la combinación de elementos de ambas culturas que dieron como resultado la sociedad novohispana.

Victoria oscura



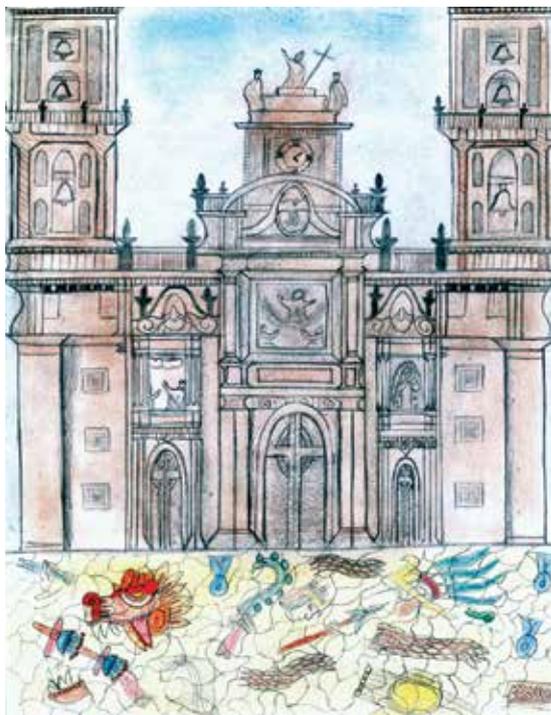
Frida Zúñiga Hernández

La composición muestra la violencia y los cambios drásticos que tuvieron lugar en el proceso de dominación de los españoles sobre los pueblos prehispánicos. La imagen central del dibujo es un conquistador que se halla encima de una pila de cabezas decapitadas que representan a las miles de personas que perecieron a causa de las guerras y las epidemias durante los primeros años de conquista y de colonización de Mesoamérica y Aridoamérica.

Bajo la pierna derecha del conquistador se encuentra la cabeza del dios Quetzalcóatl, una de las deidades creadoras del cosmos dentro de la cosmovisión mesoamericana que está siendo sustituido por la religión cristiana, como queda simbolizado por la cruz que sostiene el mismo conquistador en su mano izquierda. En tanto, en la mano derecha sostiene una botella con pulque, bebida destinada a los sacerdotes y personajes de alto rango en las culturas del altiplano central. El hecho de que sostenga en su mano esta bebida, ejemplifica la desacralización de muchos aspectos que fueron considerados sagrados durante la época prehispánica.

Debajo de esta pila se observan una hilera de manos encadenadas que representan la población africana que llegó al territorio novohispano en calidad de esclavos y que, al igual que la población indígena, fue explotada y tratada de forma inhumana. Al fondo se distingue un templo que está siendo consumido por el fuego, imagen típica en los tiempos de la conquista y reflejo de la devastación que sufrió la arquitectura monumental mesoamericana. Detrás del conquistador encontramos las sombras de un caballo y una mula, animales introducidos por los españoles y causantes de modificaciones importantes en el paisaje mesoamericano. La introducción del ganado bovino, porcino, caprino y vacuno propició que se destinaran grandes zonas al pastoreo ocasionando un impacto ambiental negativo a los ecosistemas y las comunidades aledañas.

La catedral de México, un nuevo centro ceremonial



Perla Ivette González Ruiz

A lo largo de cinco siglos, la catedral Metropolitana ha sido una de los edificios más emblemáticos del Centro Histórico y simboliza el proceso de conquista y consolidación del poderío español ante los pueblos mesoamericanos. La capital de la Nueva España comenzó a trazarse tres años después de la conquista y en 1573 se inició la construcción de una iglesia de grandes proporciones sobre el templo principal de los mexicas. El problema al que se enfrentaron los arquitectos fue que la Ciudad de México había sido construida sobre un lago, aspecto que representó un problema de ingeniería para lograr que la Catedral no se hundiera.

Como se puede observar en el dibujo, debajo de la construcción existe un suelo arcilloso (lodoso) en donde se hallan enterrados diferentes elementos de la cosmovisión mexicana, como una metáfora de la conquista y la imposición de una visión del mundo sobre otra. En este estrato, se distinguen dos personajes, el primero de ellos es el dios Quetzalcóatl, cuyo cuerpo se halla esparcido por todo el lugar y representa cómo los españoles ostentaron la supremacía del dios cristiano sobre los dioses del panteón mexicana.

El segundo personaje que sobresale de los cimientos fangosos es el Tlatoani Moctezuma Xocoyotzin, dirigente de los mexicas a la llegada de los españoles, quien recibió a Hernán Cortés y su pequeño ejército en la calzada que conectaba la ciudad de Tenochtitlán con Iztapalapa (Navarrete, 2000:29). Al igual que Quetzalcóatl, el Tlatoani se encuentra desmembrado y deshonrado, debido a que no combatió ni tomó acciones en contra de los españoles, tras la masacre llevada a cabo en el Templo Mayor durante la celebración del Tóchcatl en mayo 1520. Poco después, Moctezuma fue destituido y se cree que fue asesinado por los españoles, quienes decidieron huir de la ciudad, tras un combate con las huestes mexicas.

Para concluir, en la parte central de la catedral se distinguen algunas esculturas que representan la conversión de los indígenas a la fe cristiana. Del lado derecho se encuentra la Virgen de Guadalupe, que más tarde se convertiría en un símbolo de identidad del pueblo mexicano.

mientos, entre otros asuntos de la religión cristiana por medio de las imágenes. Las cuentas siguientes a la derecha expresan la importancia de la iglesia católica durante la colonia, como el cobro del diezmo y el papel de las autoridades eclesiásticas, como el primer arzobispo de México Fray Juan de Zumárraga, quien ocupó el cargo en 1528.

La economía colonial hace su aparición en los siguientes círculos. En el primero de esta serie se observa la explotación indígena mediante la encomienda, institución político-económica que propició la sobre explotación nativa durante las primeras décadas del virreinato. También aparece la minería que fue la principal actividad económica de exportación. En seguida se observa la introducción de cultivos y animales europeos que transformaron la agricultura, la alimentación y los medios de transporte y de carga del territorio que hoy constituye México.

En el siguiente conjunto de cuentas se ilustra la estructura social novohispana. La elite conformada por los españoles peninsulares y los criollos se distingue por su vestimenta; los mestizos, resultado de la mezcla entre españoles e indígenas, también hacen su aparición; los indígenas sometidos y explotados, así como los esclavos negros traídos de África para realizar los trabajos pesados en las minas y en plantaciones cafetaleras y azucareras se muestran en los siguientes círculos. También aparece un cuadro de castas, tema muy popular en el siglo XVIII, el cual resaltaba las diferencias étnicas de la sociedad colonial.

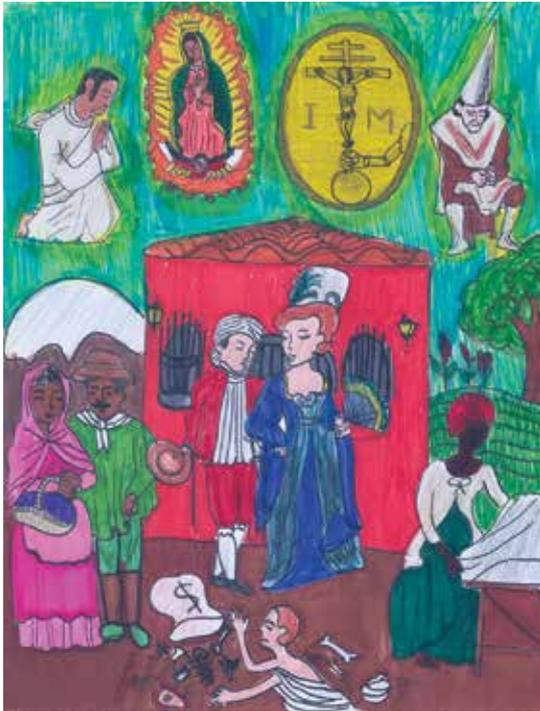
Las cuentas que siguen contienen representaciones de mujeres de distintos niveles, cuyas funciones, en general, se redujeron a la maternidad, cierto tipo de trabajos domésticos y una actitud de dependencia y sumisión respecto al género masculino. La mujer novohispana estuvo sometida a una serie de prohibiciones que limitaron su desarrollo, independientemente del grupo social al que se perteneciera. Esto señala el carácter paternalista de la sociedad novohispana que hemos heredado hasta épocas recientes.

Por otro lado, el tradicional pulque aparece en otro de los círculos y alude al consumo excesivo de esta bebida, sobre todo entre las clases populares, que provocaba pleitos entre ebrios y violencia hacia las mujeres. En la cuenta siguiente aparece la imagen de la Llorona, en alusión a las leyendas novohispanas que recreaban fenómenos sobrenaturales y reflejaban la mentalidad y creencias de la época.

La última serie de cuentas reproduce lugares y actividades de la muy Noble y Leal Ciudad de México, cuyo escudo de armas aparece en una de las cuentas, otorgado a la ciudad por el rey Carlos I de España en 1523 como una distinción especial. También se observa el acueducto de Chapultepec que proveía de agua a la ciudad colonial y la garita de San Cosme, una de las entradas a la capital que servía, además, como aduana para la entrada de mercancías. A continuación se muestra el mercado del Parián, ubicado en la plaza de armas y en el que se vendían mercancías traídas por la Nao de China. Un sereno, encargado de la vigilancia nocturna y de regular el alumbrado público aparece en otro círculo y se cierran las cuentas del rosario con una procesión religiosa de gran importancia en la vida pública de la ciudad.

En el libro que se encuentra debajo de la cruz, se observa un sacerdote, quien escucha la confesión de un hombre que está entre el bien y el mal, como lo significan el Ángel de la guarda y el demonio representados en la parte superior. En la otra página, está pintado el infierno y los castigos que se aplican a los condenados por sus pecados, imagen utilizada para infundir temor y fomentar las buenas costumbres y comportamientos acordes con la moral cristiana.

Apariciones, sanciones y clasificaciones



Alejandra Albores Alquicira

En la parte superior de la composición, aparece Juan Diego arrodillado ante la Virgen de Guadalupe, escena que hace alusión a sus apariciones en el Tepeyac en diciembre de 1531. Éstas dieron origen al culto guadalupano que alcanzó gran difusión y arraigo entre la población novohispana, constituyéndose en un símbolo de identidad muy importante para el virreinato.

Al lado de la patrona de México, se halla el escudo de la Santa Inquisición con la cruz de doble travesaño, el globo terráqueo y el brazo con armadura. Durante los primeros años del periodo colonial, esta institución tuvo como función principal el combate a la idolatría, como aconteció en el caso del cacique de Texcoco, juzgado y quemado en la hoguera por

ser un falso converso. Posteriormente, la Santa Inquisición se ocupó de sancionar actos contrarios a las normas religiosas y combatir las ideas que contravenían los dogmas de la Iglesia, de ahí la censura de publicaciones y la imposición de diversos castigos. La mayor parte de las penas aplicadas fueron menores y se relacionaron con la “exhibición pública” del ofensor para promover el buen comportamiento. Un ejemplo de este tipo de castigo era el uso del “sambenito”, que debía portarse en todo momento y lugar por un tiempo determinado.

En la estructura social novohispana, los españoles peninsulares ocuparon un lugar privilegiado al acaparar los altos cargos públicos y relegar a los criollos a un nivel inferior, aunque éstos se mantuvieron por encima de otros grupos étnicos, como indios y negros. El avance del mestizaje y los múltiples cruzamientos interétnicos obligaron a establecer una clasificación para distinguirlos, que se basaba, sobre todo, en el color de la piel. Así, se estableció una nomenclatura de las diferentes mezclas: castizos, zambos, coyotes, saltapatrás y muchas otras denominaciones que se plasmaron en la pintura de castas de los siglos XVII y XVIII. En la imagen se puede apreciar, a partir de las vestimentas, las diferencias sociales existentes en el México colonial.

Estampas de vida cotidiana en la Ciudad de México



David Joel Bonora Morales

La Ciudad de México se erigió sobre las ruinas de la antigua México-Tenochtitlan, con una traza cuadrangular y construcciones habitacionales y públicas acordes a las necesidades de los vencedores. Así, se estableció una división social y espacial entre la elite española y los habitantes originarios. Los primeros se asentaron en las manzanas cercanas a la plaza de armas, en tanto, los segundos se instalaron en las orillas, en situación de marginalidad y en pésimas condiciones materiales.

En esta estructura urbana, la plaza-mercado fue un espacio social de gran importancia para adquirir mercancías y socializar información de todo tipo, desde chismes de barrio, hasta nuevas disposiciones de gobierno. En los mercados coexistían los diferentes grupos étnicos, sobre todo en lugares como la Plaza Mayor. En este sitio se instalaron, desde el siglo XVI, tres tipos de puestos: el de bastimentos o “puestos de indios”; el de productos artesanales; y el de productos ultramarinos, en “ca-

jones de madera”, como se conocieron después a los puestos del mercado del Parián (Olvera, 2003: 167). A fines del siglo XVIII, se edificaron otros espacios para cumplir esta función, como el mercado de El Volador, donde se ubica hoy la plaza del mismo nombre que acoge a la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Además de los sitios establecidos para el comercio de mercancías, en la segunda mitad del siglo XVIII los buhoneros o vendedores ambulantes recorrían las calles y plazas de la ciudad ofertando productos de todo tipo: comida, hilos, telas, aves, dulces, carne, cebo, entre muchos otros. Estos personajes anunciaban sus mercancías con pregones sonoros. En la imagen se pueden apreciar los puestos del mercado, vendedores ambulantes y otros personajes urbanos típicos de estos espacios en actividades de distinta índole: aguadores, méndigos y cocheros.

Con esta imagen también se aprecia otra faceta de la vida cotidiana de la Nueva España, llena de color y vitalidad, lejos de la imagen que nos ha ofrecido la historia oficial sobre la sociedad novohispana, como una sociedad contenida en todo momento.

3. El proceso de Independencia y los distintos proyectos de conformación del Estado nacional

El surgimiento de México como nación independiente fue un largo proceso que inició el 16 de septiembre de 1810 con el grito de Dolores, pronunciado por el cura Miguel Hidalgo y Costilla, conocido más tarde como el padre de la patria. Este fue el resultado de la conspiración de Querétaro que tenía como propósito central la formación de una junta gubernativa que diera mayor autonomía a los criollos frente a la coyuntura napoleónica en España. En la conspiración participaron otros de los primeros insurgentes, como Miguel Domínguez, Juan Aldama y Josefa Ortiz.

La Independencia de México fue una guerra cruenta en la que los insurgentes no salieron bien librados. La primera fase de la lucha culminó con el fusilamiento y la decapitación de los rebeldes, cuyas cabezas fueron exhibidas en la Alhóndiga de Granaditas como castigo ejemplar. Con ello, inició la segunda etapa del proceso de Independencia que fue dirigida por José María Morelos y Pavón, personaje que daría mayor profundidad ideológica al movimiento, como quedó plasmado en Sentimientos de la Nación, documento de carácter libertador y moderno, basado en el pensamiento ilustrado que declaraba ya una independencia absoluta de España y una igualdad entre los hombres de estos territorios.

Con el fusilamiento de Morelos en diciembre de 1815, la gesta independentista pasó a una fase de dispersión que fue fugazmente interrumpida con la expedición de Servando Teresa de Mier y Francisco Xavier Mina, quienes desde el extranjero planearon reavivar el movimiento insurgente con un contingente militar dirigido por ellos, que pronto fue derrotado por las huestes españolas en la región del Bajío. Con su derrota, la insurgencia se convirtió en una guerra de guerrillas en la que destacó

el militar Vicente Guerrero al sur del territorio novohispano y quien protagonizó la última etapa de la contienda armada.

Finalmente, la Independencia se obtuvo después de la larga guerra contra los españoles y, sobre todo, gracias al apoyo de las élites novohispanas que unieron fuerzas para salvaguardar sus intereses de clase. A decir verdad, la última etapa del movimiento independentista conocida como la Conjura de la Profesa, marcó el camino que tomó la nación en sus primeros años de existencia. Las propuestas de dicha conjura se materializaron en el Plan de Iguala de 1821, documento concebido por el jefe realista Agustín de Iturbide y consentido por Vicente Guerrero, el cual tenía como sustento tres garantías, religión, unión e independencia que, en su momento, hicieron posible la alianza entre las distintas facciones en lucha, pero dejó profundas ambigüedades sobre el proyecto de nación que habría de continuar. Con la celebración de los Tratados de Córdoba en 1821 y el propio Plan de Iguala, México emergió como nación independiente, aunque frágil, dividida y con una enorme deuda económica, que siguió aumentando durante casi todo el siglo XIX.

Como era de esperarse, pronto se hicieron presentes las profundas diferencias políticas y económicas entre las élites gobernantes con costos elevados para la joven nación. México no sólo había heredado una sociedad estamental caracterizada por una marcada diferenciación social y racial que generó un endeble sentimiento de cohesión y pertenencia, también heredó una clase dominante ambiciosa y con poca experiencia en la administración pública, sobre todo si pensamos en un territorio tan vasto y diverso como nuestro país. Si bien hubo figuras con una preocupación auténtica por forjar una nación moderna y próspera desde los primeros años de la historia nacional, lo cierto es que muchas veces tampoco existieron los canales para llevar a cabo los cambios necesarios. Ejemplos de ello son Valentín Gómez Farías, Lucas Alamán, Ignacio Comonfort, Juan Álvarez, Melchor Ocampo, Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada, entre otros.

El clima político que se generó en las primeras décadas de vida independiente era confuso y estuvo colmado de proyectos de nación contrapuestos. Durante la primera mitad del siglo XIX, prácticamente desfilaron por el Estado mexicano todos los sistemas políticos vigentes en el mundo occidental: monarquía, triunvirato, república federalista, república centralista y dictadura militar. La presencia de las logias masónicas (yorkina y escocesa), las facciones políticas y los intereses de clases y corporaciones propiciaron la disputa permanente por el poder político que obstaculizó el desarrollo económico y social de la nación. Asimismo, la inestabilidad política de ese primer periodo de la historia nacional denota la poca claridad que se tenía para llevar los destinos de la nación, como quedó de manifiesto con una de sus figuras centrales, Antonio López de Santa Anna. Este personaje, en buena medida, encarnó la personalidad de la joven patria que se dirigía según las circunstancias del momento sin un proyecto definido y con profundas contradicciones políticas.

Durante las dos terceras partes del siglo XIX, el país no sólo tuvo que resolver los conflictos internos, también tuvo que hacer frente a diversas invasiones extranjeras como resultado de la debilidad que México mostraba hacia el exterior: el intento de reconquista española en 1829 dirigida por Isidro Barradas; la primera intervención francesa, también conocida como la Guerra de los pasteles en 1838, que dejó fuertes deudas al país con aquella nación europea; la guerra contra Estados Unidos entre 1846-1848 en la que se perdió gran parte de los territorios del norte; la segunda intervención francesa, que culminó con la instauración del Segundo Imperio, constituyen episodios de la historia nacional que tuvieron un impacto profundo en la sociedad, política y economía mexicanas de esa época.

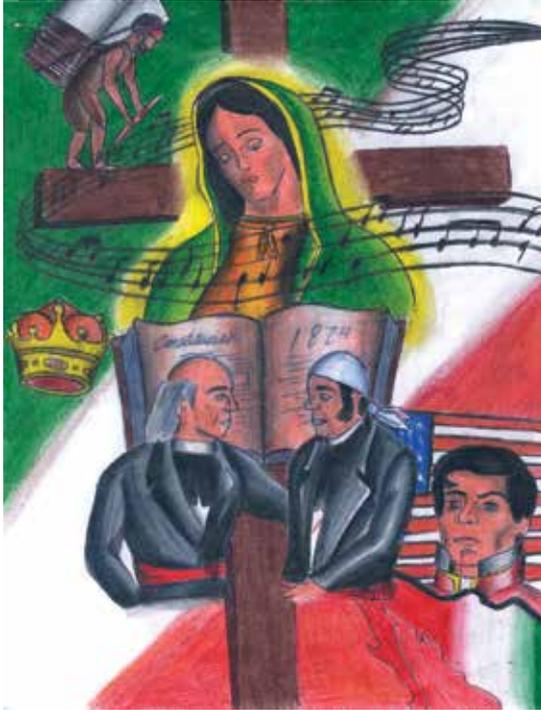
Los proyectos políticos de nación se hicieron cada vez más nítidos hacia la segunda mitad del siglo XIX. Así, las fracciones liberal y la conservadora continuaron con la lucha por el poder en medio de las más agresivas invasiones extranjeras que

ha vivido nuestro país. Aunque ambos grupos políticos eran opuestos, compartieron el mismo anhelo de convertir a México en una nación próspera y sólo se distinguían por los mecanismos para llegar a las metas planteadas. Mientras los liberales pensaban en instaurar una república federal, representativa y popular, semejante a la democracia estadounidense, los conservadores consideraban indispensable mantener una monarquía constitucional que basara su desarrollo en las fuerzas sociales corporativas como la Iglesia y el ejército. Pese a ello, ambos grupos constituían una pequeña elite culta que tenía en sus manos el destino de la nación, mientras el pueblo llano seguía viviendo en la pobreza. Los enfrentamientos entre las dos facciones dieron origen a la guerra de Reforma de 1857-1861 y se extendió hasta 1867 con la Segunda Intervención Francesa, el Segundo Imperio Mexicano y la Restauración de la República liberal liderada por Benito Juárez.

Así, el ejercicio del poder durante la primera parte del siglo XIX se dio en condiciones muy hostiles y con la amenaza permanente de destituir al gobierno por fuerzas del interior o del exterior. Por un lado, siempre existió la posibilidad de que alguna facción política o militar inconforme se pronunciara en contra del régimen en turno y echara por tierra lo poco que se había conseguido. Por otra parte, las intervenciones extranjeras fueron, una de las constantes de mayor agravio para los gobiernos mexicanos durante gran parte del siglo XIX.

Por otra parte, la escasez permanente de recursos económicos persiguió al país desde su origen y lo llevó a una espiral de crisis económicas y préstamos con otras naciones que dieron un talante dependiente al incipiente capitalismo que se forjó en el territorio. Además, ello retrasó el anhelado de progreso material del país, que sólo se logró, hasta cierto punto hacia el último tercio del siglo XIX, durante el régimen porfirista, mismo que logró la pacificación del país mediante una política de conciliación y de inclusión de las diferentes facciones que habían estado en una larga disputa por el poder.

*Caudillos de la independencia, formas de gobierno
y valores religiosos*



David Cárdenas Porras

En la parte central de esta composición están plasmadas las figuras de Miguel Hidalgo y José María Morelos, dos de los principales caudillos de la guerra de Independencia de México. El primero, iniciador de la lucha armada y hombre ilustrado, fue representante sobre todo de los intereses criollos. El segundo, genio militar y gran estadista, promulgó reformas sociales favorables a los estratos bajos de la sociedad en el documento conocido como Sentimientos de la Nación, además de buscar la independencia plena de la nación mexicana con respecto a la corona española. En su momento, ambos personajes lograron triunfos militares importantes, pero al final fueron derro-

tados, juzgados y fusilados, lo que pospuso la consumación de la independencia hasta 1821.

La corona del lado izquierdo hace referencia al efímero imperio de Agustín de Iturbide, forma de gobierno que no se consolidó y que terminó con la abdicación del caudillo independentista y el desplazamiento político de los monarquistas. Por su parte, la Constitución de 1824, que aparece detrás de los héroes, expresa el surgimiento de una nación libre e independiente, misma que establece la forma de gobierno republicana y la elección de un presidente para el poder ejecutivo. La república como régimen político se impuso en la política nacional, aunque las diferencias se dieron entonces entre los sistemas federalista y centralista.

El pentagrama musical que envuelve a la Virgen de Guadalupe hace alusión al himno nacional mexicano, creado y utilizado como instrumento para fortalecer el patriotismo; representación que se complementa con el fondo tricolor –verde, blanco y rojo–, que muestra los colores de la bandera nacional, utilizados en multitud de versiones durante todo el siglo XIX.

La Virgen de Guadalupe fue la imagen religiosa más significativa entre la población mexicana de la joven nación, en especial por sus rasgos indígenas, aunque fue venerada por todos los grupos sociales, criollos, mestizos e indígenas la convirtieron en un referente fundamental de la identidad mexicana. En segundo plano se halla una cruz que representa la iglesia Católica y el poder económico, político e ideológico que siguió conservando durante buena parte del siglo XIX.

En la parte superior izquierda aparece un indígena con una enorme carga que simboliza la difícil condición social y económica en la que siguió este grupo social. La miseria continuó y el nivel de vida no mejoró, pues la explotación y el maltrato siguieron como antaño.

En la parte inferior derecha aparecen Antonio López de Santa Anna, un fragmento del norte de México y la bandera de Estados Unidos, conjunto que simboliza el territorio que perdió

nuestro país en distintos conflictos armados con los Estados Unidos, la guerra con Texas y la invasión norteamericana de 1847-1848.

Las manos de la Patria



Osvaldo Aquino López

El discurso visual de esta composición expresa los hechos que acontecieron en México entre 1810 y 1857, etapa en la que el país tuvo grandes transformaciones sociales, políticas y económicas.

En la parte superior tenemos a un águila devorando a una serpiente, símbolo del escudo nacional y de las raíces indígenas en las que está cimentado nuestro país. Debajo del águila encontramos al cura Miguel Hidalgo, quien dio inicio a la

gesta de independencia el 16 de septiembre de 1810. A su izquierda, se representa el abrazo de Acatempan entre Agustín de Iturbide y Vicente Guerrero, personajes que sellaron el fin de la lucha por la independencia y dieron paso a México como nación soberana. En la parte inferior izquierda del águila, encontramos el estandarte con la Virgen de Guadalupe, insignia que portó Hidalgo y que en opinión de algunos expertos, los escudos pintados en el estandarte pertenecieron a la provincia franciscana de San Pedro, San Pablo de Michoacán y la corona española, hecho que hace suponer que el estandarte fue tomado por las fuerzas insurgentes de alguna capilla franciscana de la región (Gutiérrez, 1990: 44). Arriba de éste, tenemos la bandera del ejército trigarante, misma que perteneció al Regimiento de Infantería de la Línea Provincial de Puebla y que se unió a las fuerzas insurgentes en 1821. Esta bandera simboliza el pacto entre realistas e insurgentes (Gutiérrez, 1990: 35).

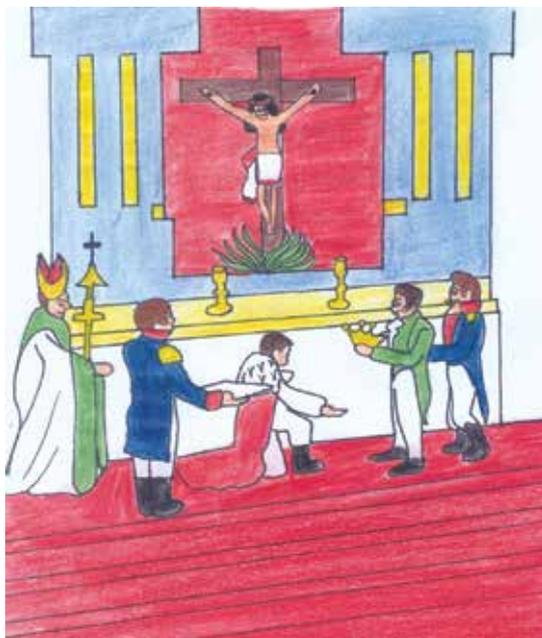
Debajo de las banderas encontramos a Benito Juárez, abogado originario del estado de Oaxaca y quien poco a poco ascendió en la vida política de nuestro país hasta llegar a la presidencia, cargo que ocupó reiteradas ocasiones desde 1857 hasta 1872, año en que perdió la vida por un padecimiento cardíaco. Juárez siempre se inclinó por las ideologías liberales provenientes de Estados Unidos y Europa, ya que muchos de sus preceptos los plasmó, primero en las leyes de Reforma y más tarde en la constitución de 1857. Del lado derecho de Juárez se halla un pergamino que representa precisamente las leyes de Reforma, legislaciones que desataron una cruenta guerra que duró entre 1858 y 1861 y generó un rompimiento importante entre el Estado y la Iglesia. A través de estas leyes el gobierno de Juárez pudo desamortizar muchas de las tierras que tenía la Iglesia con el propósito de reactivar la economía nacional y costear, entre tanto, los gastos generados por la guerra civil desatada entre conservadores y liberales.

Arriba de Agustín de Iturbide y Vicente Guerrero encontramos la bandera de Francia y un pastel, imágenes que sim-

bolizan el conflicto entre México y Francia en 1836 cuando algunos comerciantes franceses, incluido un pastelero, vieron afectados sus negocios por los constantes conflictos en nuestro país. Abajo del pastel encontramos a Antonio López de Santa Anna, militar y político que ocupó la silla presidencial en numerosas ocasiones y quien vendió el territorio de La Mesilla por la suma de diez millones de pesos en 1853. A los ojos de Santa Anna, esta decisión evitaría otra guerra con Estados Unidos; el territorio de La Mesilla se representa del lado izquierdo con el símbolo de pesos, mientras que los otros pedazos que caen de lado derecho representan los territorios perdidos (Nuevo México y Alta California) durante la intervención norteamericana en 1847-1848.

Las manos que sostienen a todos los personajes y elementos mencionados con anterioridad simbolizan las manos de la patria que están manchadas con la sangre de los mexicanos que ofrendaron su vida por lograr un país independiente y soberano. Finalmente, las cadenas rotas simbolizan la separación de España y el nacimiento de la nación mexicana.

Agustín I, emperador de México



Nora Illescas Flores

En el plano central de la composición observamos a Agustín de Iturbide, comandante del contingente realista y encargado de combatir las tropas insurgentes de Vicente Guerrero. Iturbide aprovechó su cargo militar para maniobrar en pro de la independencia de México y así salvaguardar los intereses de la elite criolla afectada por las disposiciones de la Constitución de Cádiz. El Plan de Iguala fue el documento en el que sustentó la independencia completa e inmediata respecto de España, mismo que postuló la paz entre los ejércitos enfrentados y un trato igualitario entre españoles y criollos. Además, el documento estableció la religión católica como única, mientras que declaraba al ejército unificado como guardián de la religión, la independencia y la unión, de ahí el nombre de ejército de las tres garantías. La adhesión de los distintos jefes insurgentes y

realistas al Plan de Iguala facilitó el proceso de independencia y el ejército trigarante hizo su entrada triunfal a la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821.

En el Plan de Iguala y en los Tratados de Córdoba la monarquía constitucional constituyó la forma de gobierno que se propuso para la nación recién independizada; hecho que fue aprovechado por los partidarios de Iturbide, quien se encontraba a cargo de la Regencia, para forzar al Congreso Constituyente a convertirlo en emperador, bajo el nombre de Agustín I. La coronación de Iturbide como emperador se realizó en la Catedral Metropolitana el 21 de julio de 1822, como se representa en la imagen de arriba.

El primer imperio mexicano duró 10 meses, esto debido a fuertes problemas financieros y la ingobernabilidad generada por las diferencias entre las acciones del emperador y las posturas republicanas del Congreso que llevaron a su disolución. La política restrictiva de Agustín I llevó a la revuelta encabezada por el general Antonio López de Santa Anna, a través del Plan de Casa Mata, con el que derrocó a Iturbide y puso fin al primer imperio mexicano en 1823. Con ello se inició una larga lucha por definir el tipo de gobierno que llevaría la joven nación mexicana.

Las leyes de Reforma y el conflicto entre liberales y conservadores



Rodrigo Reyes Aguilar

Las Leyes de Reforma representaron un duro golpe a los intereses de la Iglesia, pues debilitaron su posición privilegiada dentro de la sociedad mexicana en muchos ámbitos: como figura jurídica, como acreedora de bienes y posesiones, como institución educativa, como órgano que vigilaba la libertad de expresión, como entidad económica, entre otras.

Las Leyes de Reforma constituyen un conjunto de leyes expedidas entre los años de 1855 y 1863 que tuvieron como propósito principal separar la Iglesia del Estado, como parte de un proyecto modernizador que pretendía crear un gobierno y una sociedad laica. Estas legislaciones eran de corte liberal y aparecieron durante los gobiernos de Juan Álvarez, Ignacio Comonfort y Benito Juárez, pero fue éste quien se preocupó más por cumplirlas a cabalidad. Con ellas se limitó el poder polí-

tico, económico e ideológico de la institución eclesiástica y se impusieron una vez que se derrotó en Calpulalpan a las fuerzas conservadoras, dando fin a la Guerra de Tres Años (1858-1861) e inicio a la presidencia de Benito Juárez.

La intervención francesa y la defensa de la soberanía nacional



David Joel Bonora Morales

Derrotados por los liberales en la Guerra de Reforma o de Tres Años (1857-1861) los grupos de conservadores mexicanos buscaron apoyo en el extranjero para modificar la situación política del país. Amparados en la idea de instaurar una monarquía y contando con el patrocinio de Napoleón III a través del Tratado de Miramar, dicho grupo político logró que Maximiliano de Habsburgo aceptara el nombramiento de emperador de México. Para entonces, el país se encontraba invadido por el ejército francés que si bien fue derrotado en un primer momento en la batalla de Puebla del 5 de mayo de

1862, un año después derrotó al ejército liberal y tomado la Ciudad de México, sede de los poderes federales, hecho que obligó al gobierno juarista a huir hacia el norte.

El Segundo Imperio Mexicano inició formalmente con la llegada de Maximiliano a las costas de Veracruz en mayo de 1864 y terminó con su fusilamiento en Querétaro en julio de 1867. Su gobierno se caracterizó por aplicar medidas liberales que pretendieron modernizar al país en muchos ámbitos, desde la economía, hasta la educación. Esto le restó el apoyo del grupo conservador que, sumado a la retirada del ejército francés, provocarían el fin de la aventura imperial en México.

En la imagen aparecen confrontados Maximiliano de Habsburgo y Benito Juárez, quienes personifican el contraste entre la imposición monárquica y la defensa de la soberanía nacional. En tanto, la figura de Abraham Lincoln y la bandera de Estados Unidos que aparecen junto a Juárez simbolizan el apoyo prestado por el coloso del norte a la lucha republicana que forzó la salida de las tropas francesas de México. En la parte inferior, se representa la heroicidad y el patriotismo de los soldados mexicanos ante la invasión extranjera, así como las diferencias sociales que persistieron a lo largo de la historia nacional.

Hechos de la historia nacional y el espacio urbano de la Ciudad de México



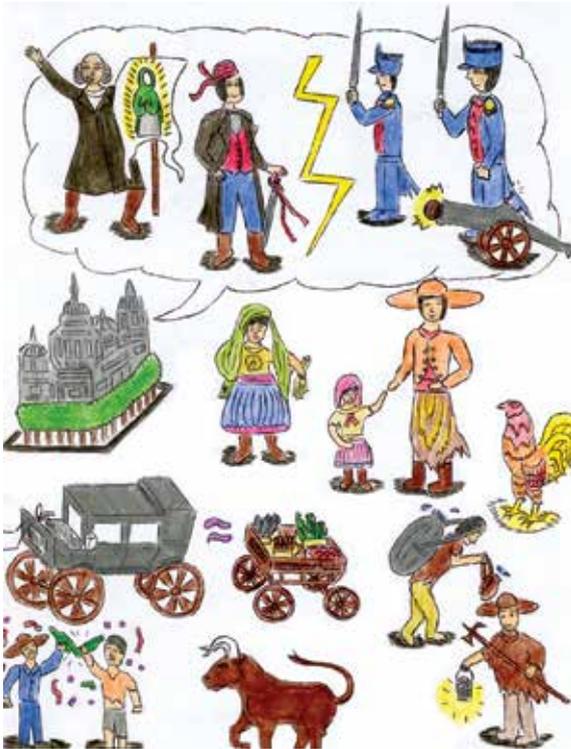
Angélica López Espinosa

En la presente composición se pueden apreciar diversos elementos de la historia nacional, así como escenas de la vida cotidiana de la Ciudad de México durante el siglo XIX. En la parte superior, aparece una traza de calles que convergen en el Paseo de Bucareli, sitio de esparcimiento de la población a orillas de la ciudad de México. En este lugar se encontraban la estatua ecuestre del rey Carlos IV de España, El Caballito, y la plaza de toros representada a la derecha. Tal sitio fue inaugurado a finales del siglo XVIII, pero fue muy concurrido durante el siglo XIX por los diferentes grupos sociales de la capital; ahí era usual ver elegantes caballeros y damas en carruajes mezclados con la gente del pueblo y “malentretidos”, apodo que recibían las personas sin oficio ni beneficio, tal como se puede apreciar en la representación de este espacio.

Arriba del paseo, se hallan representados procesos y personajes significativos del siglo XIX. Por ejemplo, se evoca la guerra de independencia con algunos de los principales caudillos como Hidalgo, Morelos y Guerrero. También se muestran los conflictos con Francia y con Estados Unidos, que generaron fuertes estragos al país, así como el papel del general Antonio López de Santa Anna en el episodio de la pérdida de los territorios mexicanos frente a Estados Unidos. De igual forma, se halla Benito Juárez y la defensa de la patria.

Las construcciones de la parte central son la Catedral Metropolitana, remanente de la ciudad barroca colonial; el Palacio Nacional y el edificio del Ayuntamiento en representación de los poderes políticos de la nación. La pulquería que se observa a un lado recrea los locales populares, presentes en las calles y con amplia concurrencia por los habitantes de la capital. Por último, se muestran escenas de personas deambulando en la plaza de armas, una festividad pública y una recreación del campo mexicano mediante un terreno labrado y mujeres en una choza haciendo tortillas que muestran el carácter todavía rural de gran parte del país durante esa época.

Festividades, costumbres y tipos sociales



Eduardo López Lara

La conmemoración de la Independencia de México se oficializó a partir de 1825, aunque sabemos que desde fechas anteriores ya se celebraban eventos relacionados con este hecho. La festividad del 15 de septiembre se festejaba en la Plaza de Armas de la Ciudad de México y operó como un mecanismo de legitimación política de la facción liberal que exaltaba los iniciadores de la lucha independentista, Hidalgo y Morelos, y no a quien la había consumado, Agustín de Iturbide. Esta festividad cívica se complementó con otros elementos simbólicos contruidos desde el poder como la bandera y el himno para conformar un sentido de pertenencia y de identidad nacional.

A las ceremonias seculares se sumaban múltiples festividades religiosas heredadas de la tradición católica, en las que participaban los distintos estratos sociales. Muchas de estas fiestas afectaban el desarrollo económico de México porque paralizaban las actividades productivas y conllevaban un constante despilfarro de recursos. Además, el consumo excesivo de bebidas alcohólicas generaba situaciones de violencia, así como inasistencia al trabajo. Otro tipo de eventos públicos eran las corridas de toros y las peleas de gallos que constituían diversiones comunes en los espacios públicos, herencia del pasado colonial.

Por último, en la imagen se observa un carruaje de personas y una carreta de productos que transitaban por las calles al lado de animales y de gente que muestra los medios de transporte de la época. Una familia de rancheros y pequeños propietarios rurales también hacen su aparición; a un lado de los carruajes aparece el conocido aguador, oficio que consistía en llevar agua de las fuentes públicas a las casas. Asimismo, también se halla un sereno, encargado de la vigilancia nocturna y del encendido de las lámparas en las calles.

4. Consolidación del Estado–Nación liberal mexicano

El periodo comprendido entre 1854 a 1867 en México se caracterizó por la lucha abierta y radical entre liberales y conservadores que habían estado confrontados durante todo el siglo XIX. Si bien, ambos grupos políticos tenían un proyecto modernizador, asumían posiciones diferentes sobre el camino que habría de seguir el país para llegar al concierto de las naciones civilizadas, como entonces se consideraban Inglaterra y Francia.

El triunfo definitivo de la República liberal sobre la facción conservadora y el Segundo Imperio mexicano dirigido por Maximiliano de Habsburgo ocurrió en 1867, quien fue fusilado en el Cerro de las Campanas, y la desintegración de la monarquía en el país. A mediados del mismo año, Juárez regresó a la ciudad capital y restableció la República. Con ello, se inició un nuevo periodo en la historia nacional que se distinguió por la puesta en marcha del proyecto liberal con menores o mayores oportunidades de desarrollo para la nación mexicana.

Con la disolución de la facción conservadora, por lo menos formalmente, los liberales triunfantes se disputaron la presidencia en agosto del mismo año del 67. Así, Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz contendieron por este cargo, aunque era de esperarse que el triunfo sería para el primero, pues había sido el líder político durante toda la intervención francesa en nuestro país. Sin embargo, la victoria no le garantizó la paz ni la estabilidad.

Aunque el triunfo liberal parecía indiscutible, Juárez todavía tenía muchos enemigos que estaban en contra de su política liberal caracterizada por su marcado radicalismo. Además, una vez terminada la guerra, las condiciones para gobernar el país eran diferentes, sobre todo porque en la Constitución de 1857 se le daba mayor peso al legislativo, aspecto que no

se había considerado en estado de guerra, periodo que duró cerca de diez años y en el que Juárez precisamente gobernó. De ahí que el presidente, una vez electo, quisiera cambiar la carta magna para crear un Senado que sirviera de contrapeso a aquel poder. Ello le generó disidencia.

En julio de 1872, Juárez murió de angina de pecho y el entonces presidente de la Suprema Corte de Justicia, Sebastián Lerdo de Tejada, asumió la presidencia de acuerdo con lo establecido por la propia Constitución. Éste convocó a nuevas elecciones donde salió triunfante. Su gobierno siguió muchas de las líneas establecidas por Juárez en materia económica, política, religiosa y educativa. Pero en algunos aspectos de conflicto social se mostró inflexible, actitud que le ganó adversarios, entre ellos el propio Porfirio Díaz.

Al terminar su periodo presidencial, Lerdo de Tejada pensó en contender de nuevo por la presidencia de la República, pero esta vez se enfrentaría a Díaz desde un movimiento cuidadosamente armado conocido como la revolución de Tuxtepec que le valió el triunfo a éste último. Con el apoyo de numerosos liberales y diversos, sectores de la sociedad mexicana, Díaz se afianzó en el poder por medio de las armas, aunque poco después su triunfo fue ratificado en las urnas.

Desde 1876 y hasta 1910, Porfirio Díaz ocuparía la presidencia de México, periodo que pasaría a la historia como Porfiriato, título que nos advierte sobre la preeminencia de este personaje para el país. En el mundo, el último tercio del siglo XIX se identificó por la expansión del capitalismo industrial, por una oleada globalizadora del mercado y de la cultura occidental, así como por los efectos de la Segunda Revolución Industrial. A este periodo también se le conoce como imperialista, pues muchas de las naciones industrializadas, como Inglaterra, Francia, Alemania, EE UU, entre otras, comenzaron la conquista, colonización y explotación de vastos recursos naturales y humanos de diversas regiones del mundo para los suministros de la gran industria.

Dentro de la coyuntura imperialista se ubica el largo periodo presidencial de Díaz. Por ello, en buena medida sus esfuerzos estuvieron encaminados en insertar a México en el demandante mundo del capitalismo industrial. De ahí que el proyecto modernizador fuera una de sus prioridades. Si bien desde el triunfo de la República se habían intentado diferentes proyectos de industrialización y modernización económica, fue hasta el Porfiriato que se dieron avances significativos en esta materia. Y esto se relacionó con aspectos tanto internos como externos. Por un lado, la política conciliadora de Díaz durante su primer periodo presidencial en la que invitó a prácticamente todas las facciones a participar de su gobierno, tuvo un efecto positivo en la estabilidad del país, pues las armas y las revueltas dejaron de ser los medios más utilizados para dirimir los conflictos. Así, muchos políticos se pusieron en la misma sintonía de trabajo para el progreso de la nación y, además, con cuantiosos beneficios personales.

Por otra parte, en el extranjero comenzaron a solicitar mayor cantidad de materias primas y productos de uso cotidiano para satisfacer la demanda de los crecientes mercados mundiales, en especial, de las naciones industrializadas. Con ello, México fue visto como una nación proveedora de productos estratégicos y utilitarios, como el henequén, el algodón, el café, el azúcar, los metales preciosos y pesados y más tarde el petróleo. Tales recursos propiciaron que multitud de industrias extranjeras invirtieran en nuestro país, además de que las restricciones para la explotación de los recursos naturales y la mano de obra eran prácticamente inexistentes. Así, durante el Porfiriato creció una industria de proporciones nunca antes vista, que si bien la gran mayoría no era propia, daba una idea de que México se estaba modernizando.

En el mismo tenor, debemos señalar la importancia que tuvieron los nuevos medios de transporte, en especial los ferrocarriles, mismos que se convirtieron en la imagen del progreso nacional. Las vías férreas de México aumentaron exponencial-

mente durante el periodo porfiriano como parte de jugosos contratos que sostuvo el gobierno mexicano con empresas extranjeras, principalmente estadounidenses. El ferrocarril cambió la dinámica de los mercados internos y la movilidad de la gente en el territorio nacional que antaño vivía recluida por la compleja geografía mexicana. Sin embargo, los trenes no llegaron a todos los territorios del país, o por lo menos no a los lugares donde carecían de producción para el mercado mundial, de ahí que infinidad de comunidades, sobre todo las indígenas, quedaran fuera del mapa del progreso.

La sociedad mexicana también cambió rápidamente durante el Porfiriato, sobre todo en las grandes ciudades, donde se experimentó un cambio en el estilo de vida gracias a la influencia creciente de la tecnología en los medios de transporte y de comunicación, así como por los avances en la ciencia. Por ejemplo, la Ciudad de México se convirtió en una metrópoli cosmopolita, con una vida cultural rica e interesante, con barrios lujosos con casonas estilo campestre a las orillas de la ciudad para la clase adinerada; con importantes obras públicas para el común de la gente, como el sistema de alcantarillado y de agua potable entubada en algunas regiones de la urbe y el alumbrado público que cambió la faz de la ciudad durante el cielo nocturno.

El empuje que se le dio a la educación, sobre todo de la clase media y alta, fue muy significativo. Se impulsó la Escuela Nacional Preparatoria como semillero de ciudadanos modelo, instruidos bajo la ideología positivista, basada en la lógica y el pensamiento científico. Se fundaron o refundaron multitud de escuelas de artes útiles y oficios, así como escuelas profesionales con el fin de formar gente capacitada para proyectos modernizadores relacionados con la industria y la ingeniería civil. Esta tendencia culminó con la refundación de la Universidad Nacional de México en 1910. En el ámbito de las primeras letras, también se impulsaron proyectos interesantes aunque de alcance limitado, como lo demuestra la presencia de escuelas lancaste-

rianas que proliferaron en esta época ante la poca capacidad del Estado en suministrar educación básica a toda la población.

En el campo de las artes y las ciencias también hubo un florecimiento importante. Surgieron numerosos pintores, músicos, escritores, arquitectos y poetas que mostraban a una nación floreciente e industriosa. En el campo de las ciencias también se crearon extensos gabinetes, algunos de historia natural y otros de antigüedades mexicanas que dieron origen a los grandes museos nacionales del siglo xx. Muchos de estos artistas y científicos fueron partícipes de la política porfiriana y aportaron una visión más laica y progresista a la nación. Algunos de ellos se identificaron abiertamente con los ‘Científicos’, grupo de políticos que constituyeron los consejeros del presidente Díaz en los últimos años del siglo xix y principios del xx. Entre los miembros más destacados fueron Francisco Bulnes, Ramón Corral, Alfredo Chavero, Manuel Flores, José Yves Limantour, Porfirio Parra, Emilio Pimentel, Emilio Rabasa, Justo Sierra, entre otros.

Pero pese al extraordinario desarrollo económico y cultural que vivió el país durante el gobierno de Porfirio Díaz, esto no se tradujo en una mayor justicia social. Por el contrario, el mundo capitalista requería de la explotación de la mayoría de la gente en el mundo para sostener el acelerado ritmo de crecimiento industrial y comercial. En el caso de México, esta exigencia se convirtió en credo y fue enarbolada por la idea de ‘orden y progreso’, y de que todo esfuerzo era por bien de la nación. Así, las asimetrías sociales no sólo se hicieron más evidentes, sino que llegaron a extremos insostenibles, como se puede apreciar en la cantidad de fotografías y documentos visuales donde vemos a la élite porfiriana, bien vestida y con un estilo afrancesado, y el pueblo llano con harapos y en la miseria absoluta.

Los primeros síntomas de esta grave descomposición social se mostraron en multitud de movimientos sociales, algunos de carácter agrario e indígena, como los casos de las comu-

nidades de mayos y tarahumaras en el norte del país, o el de los mayas en el sur (guerra de castas). También se manifestó en movimientos obreros, como el de Cananea (1906) y Río Blanco (1907). Asimismo, ocurrió con el surgimiento de algunas publicaciones como *Regeneración* (1902) dirigida por los hermanos Flores Magón, donde se denunciaban los abusos del gobierno porfiriano y se instruía a los obreros en ideologías antiimperialistas.

La descomposición del sistema político porfiriano también se hizo evidente en la entrevista que el periodista radicado en Estados Unidos James Creelman hizo al presidente Porfirio Díaz, en la que reconoció errores y abusos, pero siempre los justificó con la idea del progreso nacional. Además, hizo la promesa de que en las elecciones de 1910 no participaría más y se retiraría de la vida pública, ideas que no cumplió y dio paso a la siguiente fase de la historia nacional, la Revolución Mexicana.



La República triunfante



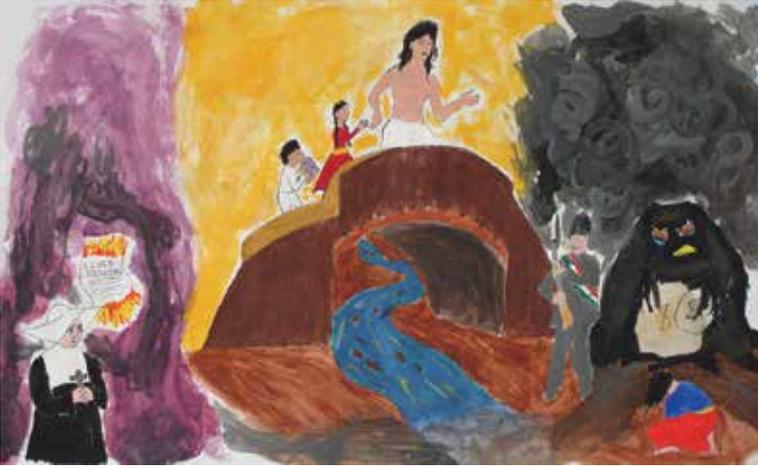
Krizalid Daza Solís

La derrota de las fuerzas de Maximiliano por el ejército republicano en Querétaro y su posterior fusilamiento marcaron el fin del Segundo Imperio mexicano. Con ello, la derrota del grupo conservador fue definitiva y el gobierno de Benito Juárez finalmente pudo regresar a la Ciudad de México en julio de 1867. A partir de ese momento se restableció el sistema republicano y la Constitución de 1857 que dio inicio al régimen del liberalismo triunfante y la reconstrucción del país. Tras la muerte de Benito Juárez en 1872, Sebastián Lerdo de Tejada ocupó la presidencia hasta 1876, año en que Porfirio Díaz le arrebató el poder mediante la rebelión de Tuxtepec, cuyo lema fue la no reelección. Así fue como el general Díaz llegó al ejecutivo mexicano (Escalante, *et al.*, 2008: 324).

Una vez en el poder, la facción liberal tomó acciones para impulsar la industrialización, reactivar el comercio exterior y mejorar las vías de comunicación y de transporte, todos considerados aspectos de una nación moderna. Para lograr estos objetivos recurrieron a la inversión extranjera que aceleraría la modernización y el desarrollo económico del país. En el plano social, el liberalismo aspiró a la creación de una ciudadanía laica e instruida, consciente de su función política, que se lograría a través de la reforma y ampliación del sistema educativo, asunto que no logró avances significativos en este periodo.

En la imagen, la 'locomotora de la República' se halla dirigida por los ideales liberales que avanzan y aplastan a sus enemigos políticos, es decir, los grupos de conservadores y reaccionarios. Sobre la sorprendente máquina aparece la alegoría de la libertad que trae una antorcha encendida como símbolo de que México dejó atrás la época de oscuridad y estancamiento y ahora avanza por las vías del progreso y la modernidad. Visión amparada en las leyes que la misma libertad porta en la mano derecha y que muestran el triunfo del régimen republicano.

La educación para la liberación del pueblo mexicano



Olivia Medina Martínez

El triunfo político de los liberales requería de la transformación de las conciencias para construir una sociedad nueva que dejara atrás la ignorancia y el oscurantismo clerical. En este proyecto de reforma social, la educación fue el principal medio utilizado por los gobiernos liberales para contrarrestar la influencia espiritual del clero y formar un ciudadano consciente de sus derechos y obligaciones. Al establecer el carácter gratuito y obligatorio de la educación primaria, la Ley Orgánica de Instrucción Pública del Distrito Federal del 2 de diciembre de 1867, señalaba, por ejemplo, que “difundir la ilustración en el pueblo es el medio más seguro y eficaz de moralizarlo y de establecer de una manera sólida la libertad y el respeto a la Constitución y a las leyes”.

Fue así como el Estado liberal asumió la responsabilidad de la instrucción pública con un carácter decisivamente laico. Con ello, se incrementó de modo significativo la construcción de edificios escolares que, pese a no lograr una cobertura total de la población infantil mexicana de entonces, constituyó un

En la parte central de la composición aparecen tres personajes históricos de gran relevancia en la vida nacional de la segunda mitad del siglo XIX. Benito Juárez y Porfirio Díaz (extremos), constituyen figuras emblemáticas de la lucha contra el extranjero invasor y la imposición de Maximiliano (en medio) como emperador de México. Años después, aquellos se disputarían la presidencia de la República en las urnas, con la derrota electoral de Díaz, quien cuestionó la legalidad de la reelección de Juárez y llamó a la rebelión armada con el Plan de la Noria en noviembre de 1871. Dicha revuelta fracasó y llevó a Porfirio Díaz a retirarse de la vida pública por algún tiempo.

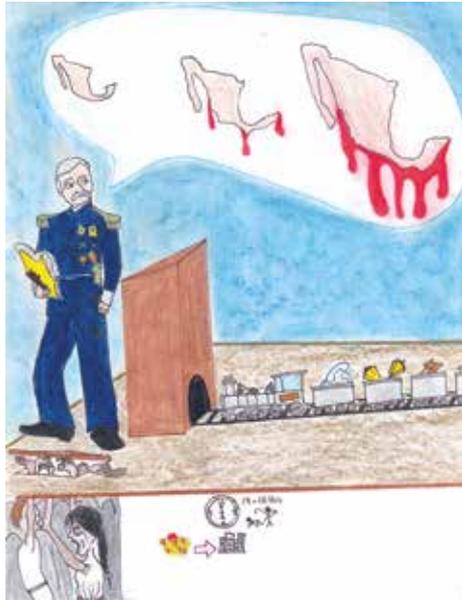
El fallecimiento de Benito Juárez en 1872, obligó la realización de nuevas elecciones en las que resultó vencedor Sebastián Lerdo de Tejada, liberal que también buscó la reelección en 1876. Este suceso provocó otro levantamiento del general Díaz, sustentado esta vez en el Plan de Tuxtepec que enarbolaría la no reelección. Este levantamiento resultó triunfante de modo definitivo con la derrota del ejército federal el 16 de noviembre de 1876 en Tecuac, Tlaxcala.

La victoria militar de ese año le abrió a Porfirio Díaz las puertas de la presidencia, cargo que ocupó por primera vez de 1876 a 1880, para después dejarla en manos de su amigo Manuel González, durante el cuatrienio 1880-1884. En este último año, Díaz regresó al poder ejecutivo y se mantuvo allí de manera ininterrumpida por más de 30 años y siete reelecciones. Durante su largo gobierno condujo al país por las vías de la paz, el orden y el progreso, logrando un desarrollo económico importante y su inclusión al mercado mundial con la comercialización de productos y servicios concebidos en la Segunda Revolución Industrial: automóviles, fonógrafos, bebidas embotelladas, energía eléctrica, trenes, entre otros. Todo esto llegaba a México a cambio de la explotación de los recursos naturales del país, como el petróleo, el oro y la plata, el henequén y otras materias primas demandadas por la producción capitalista.

Pero la sociedad porfirista tenía profundos contrastes. Por un lado, la elite política y económica vestía a la moda francesa, vivía en casas suntuosas, se educaba en el extranjero y llevaba una vida de ocio y divertimento. Por el otro, la mayoría del pueblo vivía en condiciones miserables, era ignorante y estaba mal vestida y malcomida; muchos de ellos no poseían tierras para el cultivo, carecían de trabajo estable o ganaban salarios miserables, sin considerar el sinfín de enfermedades que los aquejaba por las pésimas condiciones de vida y de trabajo.

Un último aspecto a considerar en la composición es el surgimiento del Partido Liberal Mexicano (PLM) fundado por los hermanos Flores Magón (arriba y derecha). Esta agrupación política se encargó de organizar a trabajadores de diferentes minas y de fábricas textiles para demandar jornadas de trabajo y salarios dignos. Además, por medio del periódico *Regeneración* cuestionaron los abusos de la dictadura porfirista.

Orden y progreso por encima del pueblo



Ángela Rivero Ríos

Durante el México porfirista se dieron muchos cambios políticos y sociales, sobre todo económicos, ya que por primera vez nuestro país tuvo un crecimiento económico sin precedentes gracias a los inversionistas extranjeros que decidieron explotar los recursos naturales, como el petróleo. También se invirtió en medios de comunicación y de transporte que facilitaron el traslado de productos al mercado mundial. De hecho, como muestra el dibujo, un ferrocarril avanza hacia el progreso y trae consigo servicios como el alumbrado eléctrico, el teléfono, las máquinas de vapor, el telégrafo, entre otros. Todo ello se introdujo en México a finales del siglo XIX y constituía el vivo ejemplo de que México progresaba y dejaba atrás todo un siglo de estancamiento económico. Pero... ¿a qué precio?

A un lado del ferrocarril vemos al General Díaz hablando sobre el progreso que había tenido el país, proceso que requirió

de mano dura contra los opositores. Por ello, como bien dijo en la entrevista con James Creelman de 1908 "...Éramos duros. Algunas veces, hasta la crueldad. Pero todo esto era necesario para la vida y el progreso de la nación. Si hubo crueldad, los resultados la han justificado con creces" (Del Campo, 1963: 18).

En la imagen se observa el crecimiento de México, pero a costa de una política represiva, así como del sufrimiento y la explotación de los obreros y campesinos mexicanos, quienes recibían sueldos miserables por una jornada de hasta 16 horas, sin días de descanso y en condiciones laborales terribles. De ahí el intento de los dos personajes del pueblo por salir a escena y manifestarse en contra del abuso. Pero como era de esperar, el presidente Porfirio Díaz no los deja manifestar, pues esto implicaría limitar los beneficios otorgados a los inversionistas extranjeros, afectando el progreso y desarrollo del país.

Modernización, explotación, represión



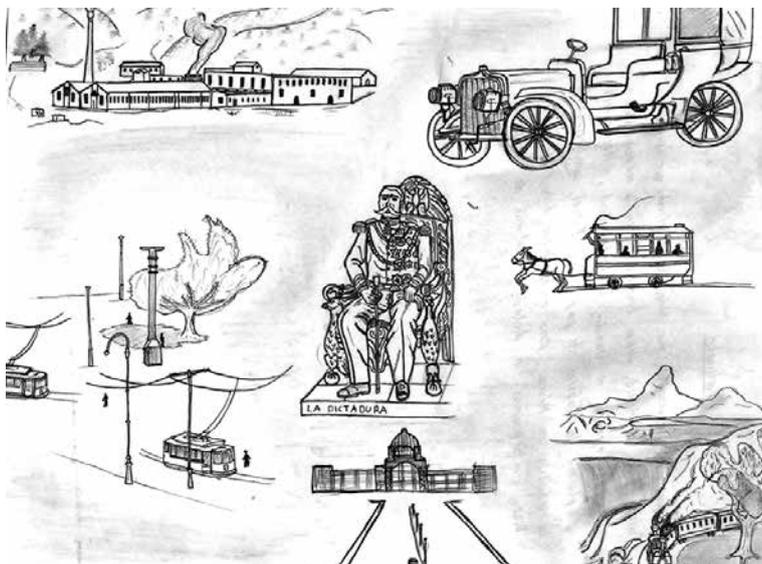
Martha Villaseca Murillo

Las imágenes de la presente composición expresan diversos aspectos del México porfirista, periodo de desarrollo y modernización en el país que contrastó con los altos índices de miseria y explotación. La modernización estuvo presente en la industria textil, en el desarrollo de las vías férreas, en el tranvía eléctrico de la Ciudad de México y en el incremento del comercio con Estados Unidos. En el ámbito educativo y cultural, la creación de la Escuela Nacional Preparatoria en 1867 y la asimilación de la cultura francesa como modelo, también tuvo un efecto modernizante en algunos estratos sociales, pero por desgracia, no llegó a toda la población.

En el centro del dibujo aparece Porfirio Díaz sentado en la silla presidencial, con el pecho cubierto de medallas que resaltan su trayectoria de militar victorioso y su figura de gran gobernante. Su larga barba simboliza su prolongada estancia en la presidencia que se prolongó por 30 años; de igual forma, mantiene la mano aferrada en la esfera del bastón, con el mapa del territorio mexicano para enfatizar su renuencia a dejar el poder. El bastón termina en una filosa punta que penetra la Constitución de 1857 y expresa el escaso respeto del régimen porfirista por las leyes establecidas. La enorme mano que señala con el índice la frase “mátalos en caliente”, hace alusión al asesinato de los opositores al régimen y a los actos represivos que el gobierno de Díaz llevó a cabo en contra de los movimientos sociales y las huelgas, como las que acontecieron en Cananea y en Río Blanco a principios del siglo xx. La explotación y represión sobre los peones en el campo también fue algo común y señala las profundas contradicciones de la sociedad porfirista.

Durante la entrevista de 1908 con el periodista James Creelman, Díaz declaró que ya no intentaría reelegirse en las próximas elecciones. Esto generó el surgimiento de opositores abiertos que, en alianza con las elites regionales inconformes por la presencia del capital extranjero quienes minaban su poder, conformarían las filas de los primeros revolucionarios.

Revolución en la industria y en los medios de transporte



David Morales Camacho

Al centro de la imagen, la figura de Porfirio Díaz enfundada en su típico traje militar aparece en la silla presidencial para resaltar su permanencia en el poder por más de treinta años y su papel como promotor del crecimiento económico de México. En su periodo de gobierno surgieron nuevos polos de desarrollo industrial –sobre todo en el norte del país– y se construyeron líneas férreas que comunicaron las zonas de extracción minera, petrolera y de producción industrial y agrícola con el mercado mundial, redes que no necesariamente implicaron la expansión de la modernidad a todas las regiones del país.

Gracias a la política progresista del general Díaz llegaron a México los avances tecnológicos de la época, muchos de estos productos de la Segunda Revolución Industrial. Así, la capital del país poco a poco se fue transformando en una ciudad moderna y cosmopolita, al modo de las urbes europeas y estadounidenses. La energía eléctrica revolucionó la vida cotidiana.

na tanto de los espacios públicos como privados; por ejemplo, el tranvía pasó de la tracción animal a la eléctrica, reduciendo el tiempo de viaje de la ciudad a los municipios aledaños como Mixcoac, Tacubaya, Coyoacán y San Ángel. Además, al igual que el automóvil, aquellos se apropiaron de las calles, desplazaron al peatón y alteraron el ritmo de vida comunitaria. El alumbrado público mejoró y el oficio del sereno pronto encontraría su fin. La misma suerte tendría el tradicional aguador con la introducción de tuberías de agua potable a las casas adineradas y de la clase media.

En la Ciudad de México se construyeron obras arquitectónicas y monumentos de gran relevancia, en especial para conmemorar el centenario de la Independencia en 1910. Con el paso del tiempo, estas edificaciones se convertirían en icónicos de la capital durante el siglo xx. La columna de la Independencia, las estructuras del proyecto de palacio legislativo, que terminó como el monumento a la Revolución, el nuevo Teatro Nacional, devenido en el Palacio de las Bellas Artes son claro ejemplo de la majestuosidad que el gobierno de Díaz pretendió dar a la ciudad, como símbolos de modernidad y progreso material de todo México.

5. El proceso de la Revolución Mexicana

El proceso revolucionario que inició en 1910 tuvo su origen en una profunda crisis del régimen porfirista que se agudizó en los primeros años del siglo xx. Después de un arrollador desarrollo económico y la transformación de múltiples regiones del país que se conectaron al mercado mundial mediante la explotación minera, la agricultura de exportación, los ferrocarriles, entre otras actividades, las profundas diferencias sociales comenzaron a ser insostenibles.

Mientras la elite porfiriana dirigida por el grupo de los ‘científicos’ se vanagloriaba por los triunfos obtenidos en materia económica y cultural y vivía en la opulencia, la mayoría del pueblo mexicano pasaba una existencia de miseria y marginación. Entonces las primeras manifestaciones de inconformidad surgieron desde diferentes flancos. Por un lado, los hermanos Flores Magón, Jesús y Ricardo, comenzaron con la publicación de su periódico opositor *Regeneración*. Al ser reprimidos en 1903, los hermanos se exiliaron en Estados Unidos, donde experimentaron un proceso de radicalización ideológica que los llevó al anarquismo y a organizar una militancia que defendió los derechos de los trabajadores mexicanos.

Al mismo tiempo, los movimientos obreros comenzaron a florecer y a tener presencia en la escena política. Este fue el caso de los trabajadores de la mina sonoreense de Cananea explotada por empresarios estadounidenses en 1906 y el de los empleados de la fábrica textil de Río Blanco en Veracruz en 1907. En ambos casos hubo huelgas que fueron reprimidas con fuerzas militares y métodos violentos. Pero era algo inédito que los trabajadores se manifestaran y expresaran de manera abierta las injusticias que padecían en sus centros de trabajo.

Por otra parte, el propio bastión de la elite porfiriana comenzó a mostrar fisuras entre sus militantes. Muchos de los

partidarios de Díaz, antaño compañeros de batallas y partícipes de la reconstrucción nacional, se sintieron desplazados por los empresarios extranjeros, quienes, en multitud de ocasiones, eran apoyados por el grupo de los científicos, ahora consejeros cercanos del presidente. Este desplazamiento generó recelos entre algunos personajes de la oligarquía porfirista que comenzaron a distanciarse del ejecutivo y buscaron figuras alternativas que representaran sus intereses de grupo. Este fue el lugar que ocupó el veterano liberal Bernardo Reyes, quien dio nombre al grupo de los 'reyistas' y encarnó el viejo bastión porfiriano. A este grupo también perteneció la familia de Francisco I. Madero.

El movimiento de oposición que empezó a tener lugar entre los reyistas fue coartado con el exilio de su dirigente, el general Reyes, quien fue enviado a Europa en una comisión en 1909. Pero ello no sería suficiente para detener un proceso que ya había echado raíces. A partir de ese año, Madero comenzó un movimiento de oposición abierta a la reelección de Díaz para 1910; misma que había sido negada por el propio presidente en la célebre entrevista con el periodista James Creelman dos años atrás. Con esta idea creó numerosos clubes antirreleccionistas en su gira por el país, que culminó en la creación del Partido Nacional Antirreleccionista. Al ser un acaudalado hacendado de Coahuila, Madero creía firmemente que la revolución política sería suficiente para generar un cambio profundo en el país. Muy lejos estaría de la verdad, como lo descubriría al cabo de algunos años. Así, de cara a las elecciones presidenciales, Madero se convirtió en el candidato natural para contender por la presidencia, dada su popularidad y carisma bien conocidos para entonces.

Durante una de sus giras electorales, Madero fue aprehendido y acusado de incitar a la rebelión. Mientras estuvo en la cárcel, se llevaron a cabo las votaciones en las que, nuevamente, Porfirio Díaz fue electo presidente y Ramón Corral vicepresidente. Después de los resultados fraudulentos, Madero logró

escapar de prisión y refugiarse en Texas para dar continuidad a su movimiento de oposición. Ahí fue donde terminó de redactar el Plan de San Luis en octubre de 1910 en el que convocaba al pueblo mexicano a levantarse en armas la tarde del 20 de noviembre de ese mismo año.

Muchos de los que respondieron al llamado de Madero no fueron precisamente quienes lo apoyaron en su proceso electoral y candidatura. Gran parte de estos primeros alzados provenían del ámbito rural y del pueblo llano, quienes sufrían en carne propia los abusos del poder porfiriano. Este amplio grupo social vio en el Plan de San Luis la oportunidad de liberarse del régimen de Díaz.

Así, con el llamado a la revolución, comenzaron a florecer en distintas regiones del país, numerosos grupos armados que demandaban no sólo un cambio político, sino una auténtica revolución social. La presión fue tal que Díaz se vio obligado a dejar el poder, como quedó estipulado en los Tratados de Juárez firmados en mayo de 1911. Con ello, el general Díaz partió al exilio destino Europa, donde murió en 1915.

Con el triunfo de Madero sobre Díaz, comenzaría una nueva etapa de la historia nacional, pero no precisamente de recomposición. Para cuando Díaz dejó el poder, ya existían en casi todo el territorio alzamientos que no estaban dispuestos a dejar las armas con el sólo cambio de presidente, querían soluciones concretas. Para entonces, comenzaron a surgir los primeros caudillos revolucionarios, Pascual Orozco, Francisco Villa y Emiliano Zapata; los primeros en el norte y el último en el centro sur del país.

Cuando Madero finalmente asumió la presidencia, después de un breve interinato de Francisco León de la Barra y la celebración de las elecciones que le dieron un triunfo contundente, quiso continuar con el proceso de desarme de los grupos alzados que le generó muchas enemistades. Si bien su proyecto de nación tenía aspectos innovadores y positivos para el país en su conjunto, la puesta en marcha resultó prácticamente imposible.

Los rebeldes seguían en los campos de batalla y la inexperiencia de muchos de los nuevos burócratas dificultó el proceso de transformación, esto sin contar con la pérdida del apoyo del grupo reyista, que también fue marginado en la nueva administración. Como lo demuestran las notas periodísticas de la época, la imagen de Madero pasó de héroe a incompetente en un lapso muy breve, hecho que muestra las dificultades que tuvo para dirigir el país. Madero enfrentó multitud de rebeliones, entre las que destacaron la de Bernardo Reyes, Félix Díaz, Pascual Orozco y Emiliano Zapata.

Zapata publicó el famoso Plan de Ayala que apareció en 1911 y proclamaba la devolución de las tierras a los campesinos desposeídos, desconocía a Madero y proponía cambios importantes en el régimen de la tierra. Por otra parte, también surgió el Plan de la Empacadora enarbolado por Orozco en 1912 y que pedía el pago por los servicios prestados a Madero y una serie de medidas benéficas para los trabajadores y las clases desfavorecidas.

El fin del gobierno de Madero llegó con la traición de uno de sus ministros, el general Victoriano Huerta, cuya imagen había crecido gracias a su desempeño en el ataque contra los rebeldes. Éste conspiró contra Madero en una cautelosa estrategia militar que culminó con el asesinato de éste y de José María Pino Suarez en la conocida “Decena Trágica” en febrero de 1913. Con ello, la Revolución llegaría a una nueva etapa.

Victoriano Huerta representaba muchos de los valores contrarrevolucionarios, aunque su administración también mostró bríos de cambios favorables a las clases populares, pero sus estrategias poco diplomáticas y violentas le generaron muchos adversarios. Además, el haber llegado al poder por medio de las armas también generó mucha animadversión, a tal grado que las facciones revolucionarias vieron en su figura al enemigo común, al enemigo de la Revolución.

En 1913 en el estado de Coahuila, el gobernador Venustiano Carranza, exporfirista y exreyista, se manifestó en contra

de Huerta. Convocó a las fuerzas revolucionarias y al pueblo mexicano en general a que se alzara en contra del dictador y se regresara al estado de legalidad restituido por Madero. Fue con el Plan de Guadalupe que Carranza desconoció al presidente espurio y a los poderes federales y locales que no se anexaran a su plan. En el mismo documento, se nombró al propio Venustiano Carranza comandante en Jefe del Ejército Constitucionalista, momento en el que asumió el liderazgo del movimiento rebelde.

Pronto surgieron nuevas sublevaciones que se incorporaron al ejército constitucionalista, sobre todo en el norte del país. En el estado de Sonora hombres como Álvaro Obregón, Salvador Alvarado, Plutarco Elías Calles, Manuel Diéguez y Adolfo de la Huerta se anexaron al Plan de Guadalupe para salvaguardar los beneficios obtenidos durante el maderismo. Esta facción pasaría a la historia como el grupo de Sonora.

En los estados de Durango y Chihuahua, Francisco Villa asumió el liderazgo, aunque su contingente era distinto del grupo anterior donde predominaba la clase media letrada y propietaria de tierras. El ejército de Villa era principalmente de campesinos, rancheros, aparceros, maestros y clases populares en general. En el sur del país también se intensificó la lucha contra Huerta, aunque por cuenta propia, pues los zapatistas no vieron en Carranza una figura libertadora. Así, el país se convirtió en un gran campo de batalla, salvo en la región sureste, que hasta ese momento se había mantenido prácticamente al margen de la contienda.

Carranza, resuelto a expandir su movimiento en otros estados de la federación, dio orden a sus contingentes nortños de avanzar hacia el sur. Rápidamente llegaron a Zacatecas, Sinaloa, Jalisco, Veracruz y San Luis Potosí, donde sostuvieron batallas con las fuerzas huertistas. En abril de 1914 se dirigían a la ciudad de México con el objetivo de tomarla y derrocar a Victoriano Huerta. Acto seguido Carranza tomaría, transitoriamente, el ejecutivo en lo que se convocaba a nuevas elecciones.

La derrota de Huerta parecía un hecho cada vez más contundente. Por una parte, su administración había caído en la apatía y la desorganización con los numerosos frentes que debía combatir. Por otra parte, el alejamiento con Washington y la ocupación de los marines estadounidenses en las costas de Veracruz para evitar la llegada de nuevo armamento y parque para su ejército, sin duda precipitó su caída. En julio de 1914, Huerta renunció a la presidencia, hecho que fue ratificado en los Tratados de Teoloyucan celebrados el mes de agosto. Poco después, el expresidente partió del país hacia Inglaterra y más tarde a Estados Unidos.

Con el derrocamiento de Huerta, la Revolución entró en una nueva fase conocida como la guerra de facciones. Este periodo duró de 1914 a 1917, cuando se promulgó la nueva Constitución y la balanza se inclinó hacia las fuerzas militares de Carranza. Para entonces, el contingente villista ya se había separado del ejército constitucionalista como consecuencia de una serie de desencuentros entre ambos caudillos. Francisco Villa pronto buscó nuevas alianzas, esta vez con su homólogo del sur, Emiliano Zapata.

En los meses de octubre y noviembre de 1914 se celebró la Convención de Aguascalientes como resultado de la promesa que había hecho Carranza a Villa, y en general, a las diferentes facciones revolucionarias de que, una vez derrocado al enemigo común, se reunirían para generar acuerdos sobre el futuro de la nación. Poco interés tenía Carranza en cumplir su palabra y máxime si se trataba de grupos que consideraba radicales y con poca visión política. Así, la Convención de Aguascalientes se celebró con gran número de elementos villistas y zapatistas, quienes muy pronto la nombraron autónoma y con legitimidad política para gobernar. La Convención desconoció la autoridad de Carranza y pronto se pusieron en marcha hacia la ciudad de México para enfrentar al viejo exporfirista de Coahuila.

A fines de 1914, ambos contingentes, villistas y zapatistas, se reunieron en la ciudad de México. Para entonces, Carranza ya había abandonado la capital para dirigirse a Veracruz, donde tenía planeada una estrategia de recuperación de sus milicias y de desgaste para sus enemigos. Aunque el gobierno de la Convención tenía mayor representatividad popular y contaba con gente de la clase media y letrados, como el propio Eulalio Guzmán, quien asumió la presidencia de este gobierno establecido a principios de 1915 con poca efectividad. Esto fue así en parte por la lucha armada que todavía continuaba en muchas regiones del país, la crisis económica que comenzaba a sentirse con fuerza y las diferencias entre las visiones que se tenían sobre el futuro de México.

Las fuerzas militares villistas tuvieron que enfrentar gran cantidad de frentes que sostenían los constitucionalistas apoyados por el grupo de Sonora. En tanto, los zapatistas se enfocaron a defender los territorios recuperados y escasamente difundieron su movimiento a otras regiones, lo que generó un desequilibrio interno en el ejército de la Convención. De a poco, los constitucionalistas comenzaron a ganar posiciones en el centro del país, Puebla, Tlaxcala, el Estado de México, entre otros, hasta finales de 1915, cuando arrebató la ciudad de México a los zapatistas. Para entonces, las fuerzas villistas también habían sido derrotadas en todos los frentes.

Con el triunfo de los constitucionalistas sobre los convencionistas a inicios de 1916, la fuerzas carrancistas ocuparon la ciudad y comenzaron un plan de reconstrucción nacional, que incluía una reforma a la Constitución de 1857, pues se consideraba limitada en algunos aspectos relacionados con la administración de los recursos naturales, de las condiciones laborales y del régimen político. El grupo más cercano a Carranza, así como él mismo, tenían un plan reformador mínimo, pues bien que mal, muchos de ellos pertenecían a la generación política anterior, del liberalismo del siglo XIX.

No pensaban lo mismo los del grupo de Sonora, Obregón, Alvarado, Calles y De la Huerta, quienes pertenecían a una generación nueva que quería cambios más radicales, sobre todo como personajes de la clase media nortea. Así, desde finales de 1916 y principios de 1917 se conformó un cuerpo legislativo en Querétaro con el propósito de reformar la Constitución, entidad que poco tiempo después se convirtió en un constituyente con el objetivo de crear una nueva carta magna, muy a pesar de Carranza. La influencia que ejercieron los 'jacobinos', como se les nombró al grupo de Sonora y otros elementos radicales, hicieron de la constitución un texto más progresista de lo que se esperaba.

Los artículos más revolucionarios de la Constitución de 1917 fueron el 3º, el 27 y 123. El artículo tercero se refería a la educación y la declaraba laica y gratuita si era impartida por el Estado; además se consideraba un derecho constitucional. El artículo 27 establecía la gestión de los recursos naturales de la nación y declaraba el reparto agrario. El artículo 123 determinaba mejoras importantes en la materia laboral, como la reducción de la jornada de trabajo, los días de descanso y el derecho a sindicatos y huelgas, aunque dejaba intacto el régimen capitalista. En este sentido, la Constitución de 1917 fue innovadora para su tiempo, pero tampoco fue radical, más bien tuvo un mensaje nacionalista.

Cuando se puso en vigor la nueva carta magna y Carranza inició su gobierno constitucional, comenzó una primera fase posrevolucionaria, muy temprana, en la que buena parte del pueblo mexicano siguió en pie guerra por sus demandas sociales. Pero el hecho de haber generado una nueva constitución como resultado de la lucha armada y como nuevo rumbo para el país, fue un paso importante para una fase más constructiva de la gesta revolucionaria. Esta fase fue acompañada del proceso de pacificación y sometimiento de otras facciones que culminaron con la muerte o desactivación de sus líderes, como ocurrió con Emiliano Zapata, quien fue asesinado en abril de

1919 como consecuencia de la traición del general Jesús Guajardo con el consentimiento del propio Carranza. La misma suerte correría Villa, pero años más tarde, en 1923, pero bajo las órdenes de los militantes del grupo de Sonora.



El maderismo altera la paz idílica del porfiriato



Gustavo Somoano Sánchez

Una de las expresiones de la modernidad capitalista en la Ciudad de México durante el periodo porfirista fue la inauguración de lujosas tiendas departamentales, como el Palacio de Hierro y el Puerto de Liverpool, entre la élite de aquella época, que ofrecían productos importados de Francia y Estados Unidos y propiciaron la adopción de modelos culturales extranjeros; de ahí la bandera de Francia sobre el edificio del Palacio de Hierro que hace alusión a las aspiraciones europeizantes de este grupo social.

Otros elementos representativos de la Ciudad de México como metrópoli moderna son la construcción del espacio urbano, la vasta glorieta, las calles amplias y con drenaje a la manera de los bulevares parisinos, como ocurrió en la colonia Juárez. Muchas de estas vías eran transitadas por transportes modernos –automóviles y tranvía eléctrico– y a sus costados tenían construcciones con negocios como cafeterías, tiendas de ropa y droguerías con ostensibles escaparates que expresaron nuevas prácticas cotidianas y estilos de vida ciudadanos.

Esta visión progresista que excluía a la mayoría de la población mexicana fue duramente cuestionada por el movimiento revolucionario. En un primer momento, el conflicto floreció entre las elites que se sentían marginadas ante las empresas extranjeras y el grupo de los científicos, una de las cuales fue la familia Madero. Por ello, durante la primera etapa de la Revolución se trató sobre todo de una disputa política y electoral, misma que pronto pasó a la lucha armada, una vez que el gobierno porfirista encarceló al candidato opositor, el propio Francisco Ignacio Madero, quien se vio obligado a lanzar el Plan de San Luis, documento donde convocó al pueblo mexicano a levantarse en armas el 20 de noviembre de 1910.

La balanza revolucionaria



Ángeles Coyote Mendoza

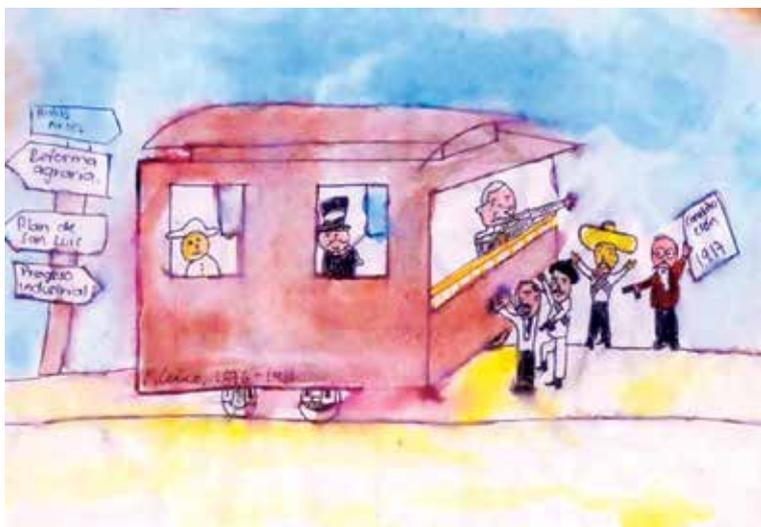
La balanza que aparece como imagen central muestra las características más importantes del México porfirista y del proceso revolucionario en un juego de contrapesos. En el lado izquierdo, se observa un mapa de la República Mexicana en el que se representan varios aspectos del periodo porfirista, como el Palacio de Bellas Artes, símbolo del desarrollo cultural y artístico de la nación durante esta época. También se exhiben varios aspectos relacionados con la modernización y el crecimiento económico de nuestro país: el ferrocarril, los telégrafos y las fábricas fundadas por potencias extranjeras, en su gran mayoría. En contraste, frente a estos elementos hallamos sembradíos de henequén, una tienda de raya y un indio yaqui cargando un costal que muestran las profundas desigualdades sociales que existían en nuestro país, donde la gran mayoría de obreros y campesinos vivían en miseria extrema.

En el mismo extremo de la balanza, se observa la figura de Porfirio Díaz junto a los diarios *El hijo del Ahuizote*, *Regeneración* y *La Orquesta* (izquierda), periódicos que criticaban los abusos y la corrupción del gobierno porfirista. A pesar del gran desarrollo económico y cultural que experimentó el país durante esos treinta años, la cadena que aprisiona a México expresa la explotación campesina y obrera durante la administración de Díaz.

En tanto, de lado derecho de la balanza, tenemos otro globo terráqueo con el contorno de la República Mexicana, donde sobresale una pancarta con la leyenda “Tierra y libertad”, lema que identificó a los zapatistas y resumía sus demandas relacionadas con la devolución de las tierras arrebatadas por los hacendados. Debajo de Emiliano Zapata y su ejército, observamos a Francisco Villa, otro caudillo de gran importancia en el movimiento revolucionario, quien luchó por los intereses de los campesinos y obreros en el norte del país y estableció una estrecha aunque efímera alianza con Emiliano Zapata. En el centro de este globo, tenemos al Presidente Francisco I. Madero y el Plan de San Luis, con el que convocó a todos los mexicanos lastimados por los abusos del gobierno de Díaz a levantarse en armas y poner fin al mal gobierno.

A pesar de los esfuerzos realizados por Madero y su gabinete para resolver los problemas sociales y económicos del país, éstos no fueron suficientes. Por ello se representa a un campesino cargando una cruz que dice “crisis económica” y refiere las duras condiciones del país durante el periodo revolucionario y años después. Finalmente, en la parte superior derecha, vemos representada la Constitución de 1917, donde se plasmaron los ideales revolucionarios como la repartición de tierras a campesinos (artículos 27) y mejores condiciones de trabajo (artículo 123) que ayudaron a terminar con el régimen porfirista que oprimía al pueblo mexicano.

La Revolución traza una nueva ruta para México



Anaís Ruiz López

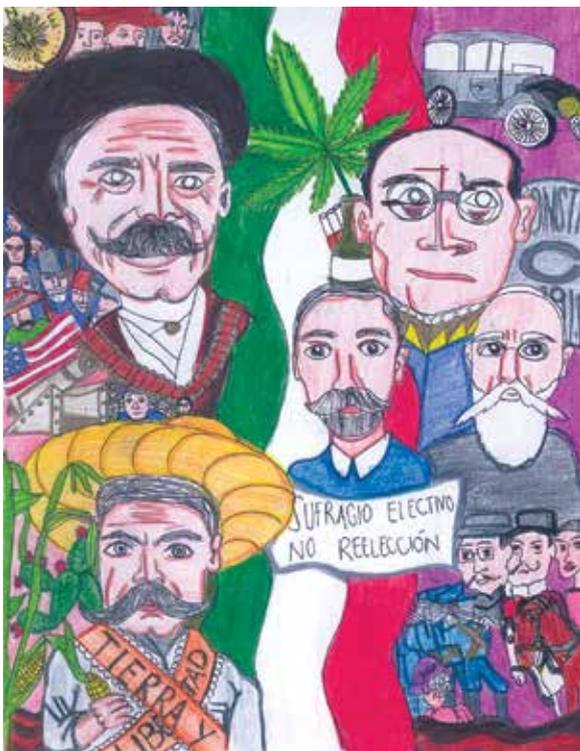
El gobierno porfirista condujo a México por la vía del progreso industrial y la modernidad para convertirse en un país capitalista, con una sociedad cosmopolita, una economía industrializada y una elite que imitaba las formas de vida francesa. De ahí que el general Díaz conduzca el vagón de ferrocarril como imagen de progreso y símbolo del avance tecnológico nacional. Detrás de él aparece un hombre de la elite porfirista que viaja en primera clase; éste porta un sombrero de copa alta que remarca su estatus social. En tanto, el pueblo viaja en segunda clase y hasta atrás, lo que ejemplifica el atraso en que se estaba y la poca importancia que le daba el grupo gobernante.

Frente al tren del progreso porfirista hay cuatro caudillos revolucionarios: Francisco I. Madero, Francisco Villa, Emiliano Zapata y Venustiano Carranza. Estos personajes detienen su avance para obligarlo a cambiar de ruta y dirigirlo hacia la democracia demandada en el Plan de San Luis (1910), a la reforma agraria y al reparto de tierras a campesinos despojados,

así como una nueva constitución que favoreciera los intereses y demandas de los sectores populares que participaron en el movimiento armado.

Aunque los cuatro caudillos aparecen juntos en su lucha contra el régimen porfirista, una vez derrotado Díaz, afloraron las diferencias entre los representantes de la burguesía agraria y los caudillos campesinos, entre la revolución centrada en la política y la revolución social. En un primer momento, el conflicto ocurrió entre el movimiento campesino zapatista y el gobierno de Madero que llevó a Emiliano Zapata a desconocerlo como presidente legítimo y proclamar el Plan de Ayala en 1911. Tras la derrota de Victoriano Huerta en 1913 por las fuerzas constitucionalistas, la ruptura se hizo total y evidente entre la alianza villista-zapatista y los carrancistas. El enfrentamiento entre ambas facciones terminó por definirse a favor de los últimos en la conocida batalla de Celaya, en la que el general Álvaro Obregón derrotó a la que había sido en algún momento la invencible División del Norte de Villa y terminó, prácticamente, con el poder militar de las fuerzas populares.

La revolución política, la revolución social y la contrarrevolución



Alejandra Albores Alquicira

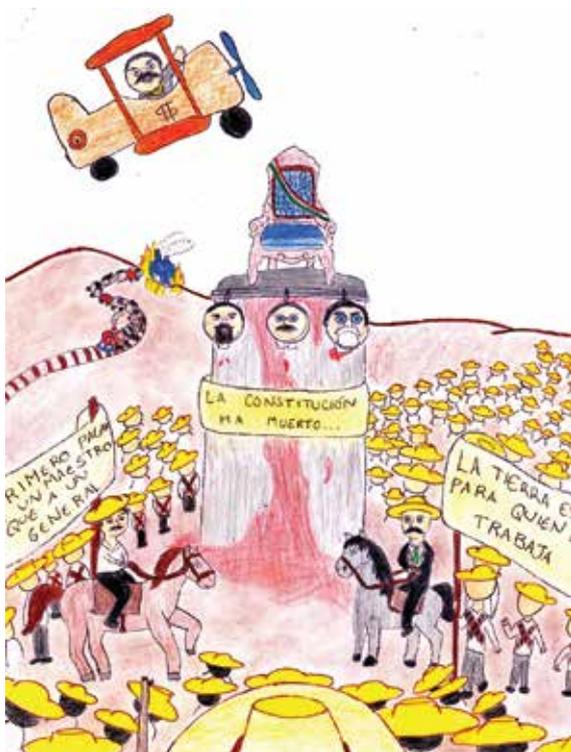
En distintos momentos del movimiento revolucionario, Francisco I. Madero y Venustiano Carranza encabezaron la corriente política centrada en demandar democracia electoral y respeto a las leyes, pero sin un interés profundo por transformar la estructura social y mejorar las condiciones de vida de la población campesina y obrera. Junto a estas dos figuras se muestran tanto el lema de la lucha anti-reeleccionista como la Constitución de 1917 que representan las aportaciones de estos dos personajes al proceso revolucionario.

Por otra parte, Emiliano Zapata en la zona centro-sur del país y Francisco Villa en el norte, fueron los caudillos popu-

lares más importantes del movimiento armado, pues encarnaron las aspiraciones y demandas del campesinado despojado y desarraigado de sus tierras. Para los zapatistas, su participación en la revuelta fue una lucha por la tierra que habían perdido a mano de los hacendados del estado de Morelos y de entidades aledañas, como Puebla, Guerrero, Estado de México, y Tlaxcala; su táctica de lucha fue la guerrilla que combinaba actividades combatientes y campesinas y tenían un proyecto de nación fundamentalmente agrario. Para los villistas, la lucha por la tierra fue una demanda secundaria, debido a la amplia penetración de la economía capitalista en el norte, misma que diversificó las actividades económicas y creó otro tipo de necesidades y demandas sociales: salarios justos, jornadas más cortas y condiciones de trabajo menos severas, entre otras.

Por último, vemos al general Victoriano Huerta con algunos cigarros de mariguana y una botella de alcohol porque era consumidor de estos productos, como quedó plasmada en los célebres versos del corrido “La Cucaracha”. Huerta personifica la contrarrevolución del ejército porfirista contra el gobierno maderista que, además, contó con el respaldo del embajador de los Estados Unidos en México, Henry Lane Wilson.

Los múltiples intereses en el movimiento revolucionario



Iliana López Mendieta

En la parte superior del dibujo, aparece un aeroplano sobrevolando el México revolucionario que representa la injerencia de Estados Unidos y la defensa de sus intereses en nuestro país. Debajo de éste se observa un ferrocarril, medio de transporte representativo del progreso porfirista que fue ampliamente usado por los grupos revolucionarios para el desplazamiento de sus tropas, sobre todo en el norte del país.

En el centro del dibujo, tenemos una silla presidencial vacía y las cabezas de tres personajes que fungieron como presidentes durante el periodo comprendido entre 1910 y 1920. Del lado izquierdo se halla Francisco I. Madero, traicionado por

Victoriano Huerta, su Secretario de Guerra y Marina, quien tras darle muerte a él y a su vicepresidente José Ma. Pino Suárez en febrero de 1913, asumió la presidencia y provocó la rebelión constitucionalista encabezada por Venustiano Carranza. En medio, aparece el propio Huerta, cuyo gobierno sólo duró trece meses y fue derrotado por el ejército constitucionalista en julio de 1914; sus últimos días los pasó en una cárcel de Texas donde fue acusado de conspiración. Del lado derecho, se observa a Venustiano Carranza, traicionado por sus antiguos aliados, entre los que se hallaban Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, quienes conformaron el grupo de Sonora y se rebelaron contra del gobierno carrancista con el Plan de Agua Prieta en abril de 1920.

En el centro de esta torre se halla una carpa bañada en sangre con la leyenda “La Constitución ha muerto”. Esta frase fue expuesta por los hermanos Flores Magón a las afueras del edificio donde solían imprimir su célebre periódico *Regeneración*. Este diario se pronunció contra el régimen de Díaz y denunció los abusos cometidos hacia el pueblo.

En la parte inferior del dibujo, se encuentran los caudillos Francisco Villa y Emiliano Zapata al frente de sus respectivos contingentes identificados por las demandas que postularon. Ello refleja sus intereses sociales y la composición de ambos grupos, pues mientras unos reclamaban la devolución de tierras, los otros pedían mejores condiciones de vida, en este caso, respecto a la educación. Villa y Zapata apoyaron las demandas populares en todo momento y se pronunciaron en contra de los tres presidentes decapitados, pues ninguno de ellos supo dar respuesta a las peticiones del pueblo mexicano.

Héroes y villanos en la Revolución Mexicana



David Joel Bonora Morales

La Revolución, mito fundacional de la nación mexicana en el siglo xx, fue generada a partir del proceso de institucionalización del movimiento armado durante los años veinte y treinta. Éste se llevó a cabo por el grupo gobernante y se utilizó para legitimar a la familia revolucionaria y su ejercicio del poder. Con este mito se construyó una visión oficial y maniquea sobre el sentido que tuvo la lucha armada y el papel de los caudillos que participaron en todo el proceso revolucionario.

Así, el periodo porfirista fue interpretado como una época de dictadura y de ausencia democrática, de opresión e injusticia social, de represión a movimientos sociales y de oposición política, de anulación de libertades, de venta de la riqueza nacional al extranjero, entre otras valoraciones negativas. Por su parte, la lucha revolucionaria y sus caudillos se convirtieron en los redentores sociales que habían liberado al país de todos esos males, sin hacer distinción de los múltiples intereses políticos, económicos y sociales presentes en los distintos grupos y líderes revolucionarios que los llevó a la confrontación armada, una vez vencidos los enemigos comunes, Porfirio Díaz en un primer momento y Victoriano Huerta tres años después.

La derrota en 1915 del campesinado revolucionario villista-zapatista agrupado en torno a la Convención de Aguascalientes, celebrada un año antes, permitió el encumbramiento de la burguesía media y pequeña, a través de la presidencia de Venustiano Carranza, quien se encargó de eliminar la amenaza zapatista mediante el asesinato del caudillo, de ahí que en la imagen aparezca la cabeza de Emiliano Zapata a sus pies que, a su vez, ejemplifica la muerte de la revolución social.

En la construcción icónico-simbólica aparece el grupo gobernante difundiendo su visión de los caudillos revolucionarios. Desde esta perspectiva, Carranza y Obregón aparecen con una aureola de ángeles y como 'los buenos de la película'. En tanto, Victoriano Huerta ostenta unos cuernos y una cola mientras se alcoholiza para demeritar su negativo papel histórico a la posteridad.

6. Reconstrucción nacional e institucionalización de la Revolución Mexicana

El triunfo del proceso revolucionario iniciado en 1910 dio como resultado el surgimiento de un nuevo régimen político que en buena medida marcó el rumbo que siguió México durante el siglo xx. Sin duda, la victoria del grupo constitucionalista sobre las otras facciones revolucionarias, en particular la villista y zapatista, trajo consigo una nueva casta de políticos que se encargaron de la reconstrucción del país.

Pronto, en el mismo seno del constitucionalismo dirigido por Venustiano Carranza, se destacó un grupo de jóvenes revolucionarios conocidos como el grupo de Sonora que, una vez obtenido el triunfo militar, se distanciaron de su líder político y proclamaron el Plan de Agua Prieta (1920), donde se desconoció el poder de Carranza y se invitó a las fuerzas armadas a unirse a los rebeldes. El plan fue impulsado por Plutarco Elías Calles, Adolfo de la Huerta y Álvaro Obregón, quienes en poco tiempo obtuvieron el apoyo de muchos militares simpatizantes del general Obregón, para entonces, caudillo militar de gran fama. Con la revuelta de Agua Prieta Obregón alcanzó el ejecutivo.

La presidencia de Obregón de 1920 a 1924 fue la primera del Estado posrevolucionario, que tuvo como propósito principal iniciar la reconstrucción del país y lograr la pacificación. No obstante, el caudillo tuvo que enfrentar graves problemas durante su administración, como el conflicto con Estados Unidos por el reconocimiento de su gobierno, que le costó la firma de los Tratados de Bucareli en 1923. Con estos acuerdos, el gobierno mexicano se comprometió a respetar las propiedades y empresas de los estadounidenses en México, a reanudar el pago de la deuda externa con ese país, y a realizar la indemnización de sus ciudadanos por daños y perjuicios causados durante la Revolución. El otro gran problema fue la sucesión

presidencial, que originó fracturas en el grupo de Sonora y una revuelta armada que fue derrotada, lo que permitió la elección de Calles como presidente de 1924 a 1928 sobre el presidente provisional Adolfo de la Huerta. Con ello se había iniciado un nuevo periodo en el país.

La presidencia de Calles se caracterizó por el proceso de institucionalización de la Revolución, es decir, convertir la revolución en instituciones. Parte de este esfuerzo fue la creación de distintos proyectos que pretendieron dar rumbo a la modernización del país como la comisión Agraria, la de Caminos e Irrigación y la Bancaria. El afán de Calles en la construcción de un país moderno fue compartido por Obregón, quien siguió ejerciendo una fuerte influencia durante esta administración que algunos llamaron diarquía, para referirse a un poder político compartido por ambos caudillos.

Al igual que su predecesor, Calles era partidario de los medianos propietarios que, apoyados en maquinaria y financiamiento, generarían un mercado competitivo, en detrimento de la propiedad comunal y el ejido instituido en el artículo 27 constitucional. También creía que el movimiento obrero debía estar aglutinado en grandes corporaciones que harían las veces de portavoces de los trabajadores, pero sobre todo serían entidades contenedoras de las reacciones más radicales de los grupos obreros politizados. Y así sucedió con la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) que fue más aliada del Estado que de la clase trabajadora.

Durante su gobierno surgió el conflicto más intenso entre el Estado y la Iglesia Católica en el siglo xx, la “guerra cristera” (1926-1929). En su lucha contra el atraso, la ignorancia y la superstición, que en su opinión eran el opio del pueblo, Calles comenzó a restringir los ámbitos de competencia de la Iglesia y el propio culto religioso a través de la Ley Calles emitida en 1926 y otras disposiciones legales. En conjunto, éstas limitaban las manifestaciones religiosas en el espacio público, ratificaban la nula personalidad jurídica de las iglesias, prohibían la

participación del clero, en la política y privaban a las iglesias el derecho a poseer bienes raíces. Todo ello desencadenó una reacción virulenta no sólo por parte del clero sino de los creyentes, quienes se sintieron agredidos con tales acciones.

La respuesta del gobierno también fue violenta y pronto desembocó en una nueva guerra civil, también conocida como “cristiada”, que involucró a los estados de Michoacán, Jalisco, Colima, Querétaro, Aguascalientes, Zacatecas, Estado de México y Guanajuato. Sin duda, esta guerra fue resultado de numerosos conflictos no resueltos que dejó la Revolución, pues muchos campesinos seguían en la miseria y sin posibilidades claras de rehacer su patrimonio. Además, muchos cristeros veían con recelo las disposiciones de la reforma agraria y del nuevo gobierno, de ahí que tomaran las armas para defender sus creencias y lo poco que tenían.

En realidad, los cristeros no lograron conformar un ejército en el pleno sentido de la palabra, pues sus recursos eran limitados y carecían de un mando único. Sin embargo, su resistencia radicó en el conocimiento que tenían de sus localidades y de la multitud de gente que apoyó la causa en algunas regiones del país. La resistencia fue tal, que el gobierno accedió a negociar con los alzados y con la propia Iglesia Católica a fin de llegar a un acuerdo de mutuo respeto y cese al fuego. Con ello, quedó claro el poder de la Iglesia sobre la sociedad mexicana en pleno siglo xx, y también mostró los límites del Estado posrevolucionario en esta materia.

Pero no todo en la década de los veinte fue confrontación y guerra. También surgieron movimientos artísticos que, desde la presidencia de Obregón, marcaron una renovación importante en el ámbito de la literatura, la pintura y la música. La generación del Ateneo surgida desde el último periodo porfiriano, tomó nuevos bríos con personajes como Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, el dominicano Pedro Henríquez Ureña y otros, quienes hablaron de la mexicanidad en términos distintos a la generación de los científicos. Los miem-

bros del Ateneo consideraban la historia del pueblo mexicano como plataforma de la identidad nacional y del desarrollo del país de cara al futuro.

Dicho discurso fue continuado por importantes muralistas de la talla de Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco, quienes pintaron majestuosos murales en numerosos edificios públicos, muchos de ellos de gran valor histórico, como el Palacio Nacional, la Secretaría de Educación Pública y el Castillo de Chapultepec. Aquí se mostraba la historia nacional como una gesta heroica del pueblo mexicano en busca de la libertad, misma que era alcanzada en el proceso revolucionario. De igual forma, el pasado indígena era glorificado y el mestizaje era considerado signo de la identidad nacional, como una especie de síntesis evolutiva. En México, el muralismo fue un movimiento de gran importancia en el adoctrinamiento del pueblo en la nueva religión: el nacionalismo posrevolucionario.

Sin duda, otra de las apuestas más fuertes en la construcción del México moderno durante los años veinte fue la educación pública que no sólo sería laica, sino profundamente nacionalista. Con José Vasconcelos como secretario de Educación Pública en 1921 se impulsó un proyecto educativo nunca antes visto y de gran alcance. En opinión de este intelectual, la verdadera revolución no sucedía en los campos de batalla, sino en la transformación profunda de la sociedad mexicana a través de la educación, la cultura y la renovación moral, una moral cívica. Así, la educación tendría un sentido mesiánico y evangelizador, pues era el medio de liberación del pueblo mexicano.

Pese a este contexto de renovación cultural, la política seguía dirigida por caudillos que deseaban a toda costa el poder. Así, al final del periodo presidencial de Calles, Obregón había logrado modificar la constitución para que se permitiera una reelección no inmediata y de nuevo acceder al ejecutivo. Ya como presidente electo, Obregón fue asesinado por un militante católico, José de León Toral, en el restaurante La Bom-

billa al sur de la Ciudad de México. Con ello, Calles quedaría como el “Jefe máximo de la Revolución”, apelativo que usaría poco después y hasta su exilio en 1936.

Después del asesinato de Obregón, el país entró en una fuerte crisis política. Era claro que se necesitaban mecanismos menos violentos para transitar de un presidente a otro y Calles pronto lo advirtió. Fue de esta manera y para garantizar su propia seguridad que el caudillo creó el Partido Nacional Revolucionario (PNR) en 1929. Este tuvo como propósito aglutinar a las diferentes facciones de la “familia revolucionaria” y hacerlas partícipes del gobierno y la administración pública. Si bien no se eximían todos los conflictos, éstos podían solucionarse al interior del partido mediante mecanismos legales y pacíficos, evitando con ello, la creación de nuevos caudillos y revueltas que desafiaran el poder instituido. Con la fundación de PNR y la institucionalización del ejército, también dirigida por Calles, el país transitó hacia un periodo de instituciones, muchas de las cuales se mantuvieron hasta finales del siglo xx.

El periodo que siguió al asesinato de Obregón es conocido como Maximato y se caracterizó por la preeminencia política de Calles, incluso sobre los presidentes que gobernaron el país de 1929 a 1934. Desde el interinato de Emilio Portes Gil, la interrumpida presidencia de Pascual Ortiz Rubio (primer candidato oficial del PNR) y tras su renuncia, con el interinato de Abelardo L. Rodríguez, Calles fue el personaje principal del poder político. Él era quien tomaba las decisiones importantes del país y aparecía en numerosos proyectos y comisiones como director y protagonista. La política mexicana de este periodo puede resumirse con la siguiente frase: “el poder detrás del poder”. Como es de suponerse, durante estos años continuó el proceso de modernización e institucionalización revolucionaria. Algunos de los avances que se lograron fueron la creación de la Ley del Trabajo, el Código Civil y Penal del Distrito Federal y el Código Agrario.

En 1934, con toda la maquinaria del PNR y el visto bueno de Calles, Lázaro Cárdenas del Río llegó a la presidencia

de México. Gran parte del partido oficial y del mismo pueblo mexicano pensaron que el nuevo presidente también sería un títere del “jefe máximo”, pero pronto mostró que no sería así. Cárdenas no sólo se alejó de Calles, sino que se hizo de nuevos aliados con los sectores populares para debilitar el poder de aquél y legitimar la figura del ejecutivo. Poco a poco, Calles perdió prestigio y poder al punto de ser enviado al exilio en 1936. El objetivo de Cárdenas era, en gran medida, hacer de la presidencia el poder central de todo el sistema político. A la larga, esto traería consecuencias negativas para el país al constituir la base del presidencialismo mexicano.

El gobierno de Cárdenas se distinguió por generar alianzas estrechas con los sectores populares, tanto agrarios como obreros. Pese a ello, los lazos que se tejieron entre gobierno y organizaciones sociales no fueron del todo libres. Por el contrario, se crearon grandes corporaciones que estuvieron sujetas al Estado haciendo las veces de plataforma social del partido oficial. Así sucedió con la Confederación de Trabajadores de México (CTM) creada en 1936 y presidida por Vicente Lombardo Toledano, misma que constituyó uno de los pilares del régimen cardenista y culminación de su política de masas. Otro ejemplo fue la Confederación Nacional Campesina (CNC) fundada en 1938 y dirigida por Graciano Sánchez. La idea era alinear todas las fuerzas populares de México a favor del Estado y desde ahí controlarlas.

Otro rasgo característico del gobierno de Cárdenas fue, sin lugar a dudas, el reparto agrario. Si bien la obtención de tierras había sido una de las demandas centrales de la Revolución, plasmada prácticamente desde el inicio de la lucha armada (Plan de Ayala-1911), lo cierto es que al inicio de la gestión cardenista seguía siendo un asunto pendiente. Aunque los gobiernos anteriores habían comenzado con el reparto de tierras, éste había sido mesurado y en regiones muy específicas, ya que muchos presidentes creían poco en la propiedad colectiva y tenían recelo de hacerlo sobradamente. Pero dado que la creación de ejidos

era una facultad del ejecutivo, Cárdenas concedió los permisos necesarios para la formación de buena cantidad de estas unidades agrarias. Al mismo tiempo, fortaleció el Banco Nacional de Crédito Agrario y el Banco Nacional de Crédito Ejidal.

En el ámbito educativo también hubo propuestas diferentes. En octubre de 1934 se reformó el artículo tercero constitucional en el que se estableció que la educación impartida por el Estado sería socialista, a fin de excluir toda doctrina religiosa, combatir el fanatismo y los prejuicios basados en la superstición. Este vuelco hacia la doctrina socialista en la educación generó multitud de reacciones, algunas a favor y muchas otras en contra. Numerosos grupos de católicos y de sectores conservadores en general –gran parte de ellos caciques o empresarios–, se opusieron rotundamente a este cambio que consideraban radical y en contra de las costumbres mexicanas; de ahí que sólo se pusiera en práctica durante el gobierno de Cárdenas.

Dentro del mismo ámbito educativo, cabe señalar la fundación del Instituto Politécnico Nacional (1937) como parte del proyecto modernizador del país. Era un hecho que México necesitaba de mano de obra calificada que ayudara al proceso de industrialización nacional que comenzaba a perfilarse como una prioridad gubernamental.

El apoyo a ideas liberales no sólo se reflejó en el campo educativo, también se manifestó en el brindado a la República Española durante la Guerra Civil (1936-1939), que fue notable, en especial a intelectuales y científicos que aportaron al desarrollo de las disciplinas científicas y humanistas en el país, así como a huérfanos que formaron el grupo de “los niños de Morelia”.

Asimismo, durante el sexenio de Cárdenas (el primero en la historia de México) se creó el Departamento de Asuntos Indígenas que dio impulso a la investigación histórica a través del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Con esta institución se inició un movimiento de reconocimiento de los pueblos indígenas en la historia y la sociedad mexicana,

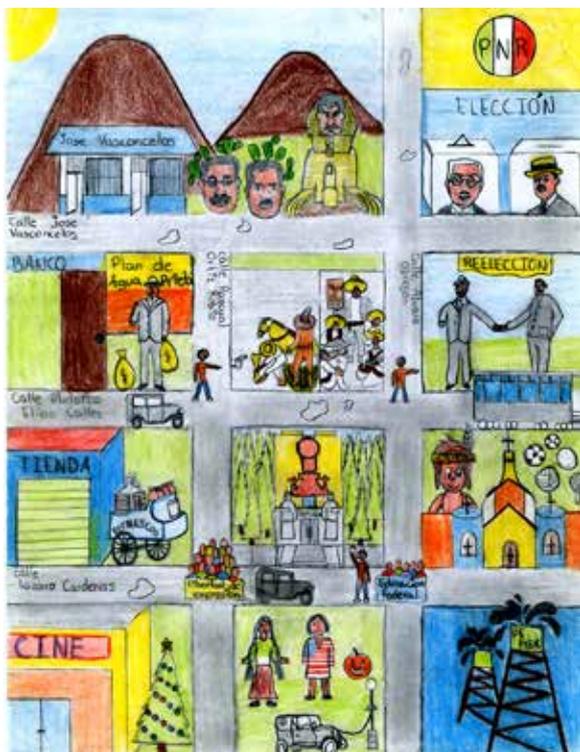
aunque los avances no fueron suficientes para resolver la marcada desigualdad de las comunidades indígenas del país.

A fin de consolidar los cambios en el país y como un acto para distanciarse de su antiguo mentor, Cárdenas reconfiguró el PNR en 1938. Nombró a la nueva organización el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), mismo que estaría constituido por cuatro grandes sectores: obrero, campesino, popular y militar. Con ello, el presidente ratificaba su papel central en el sistema político mexicano como mediador entre los diferentes grupos socio-políticos.

Fuera del ámbito estrictamente partidista, 1938 fue coyuntural en términos de la defensa de la soberanía nacional y los ideales de la Revolución. Luego de una larga historia de desencuentros con empresarios extranjeros dueños de la industria petrolera en el país, el presidente Cárdenas decretó la expropiación de estas empresas e hizo efectiva la nacionalización de petróleo, tal como lo declaraba el artículo 27 constitucional. La confrontación abierta sucedió después de que los empresarios ignoraron un dictamen de la Suprema Corte de Justicia que favorecía los intereses de los trabajadores. Pese al sabotaje de las compañías extranjeras, la industria petrolera nacional resistió y pronto se convirtió en una causa de exaltación del nacionalismo mexicano.

Al término del régimen cardenista, la clase política mexicana estaba dividida, en gran medida, por el 'radicalismo' del presidente. Ello y el nuevo escenario político internacional generado por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, iniciada en 1939, provocó que el presidente Cárdenas se inclinara por un sucesor menos radical y más conciliador, el general Manuel Ávila Camacho. Con éste iniciaría otro periodo de la historia de México en el siglo xx, pero es un hecho que durante las décadas de 1920 a 1940 se pusieron las bases del Estado posrevolucionario, régimen que asumiría un papel conciliador y de promotor de la actividad económica, política y cultural de México.

Los gobernantes posrevolucionarios se apropian de las calles



Alejandro Ortiz Vergara

La construcción icónico-simbólica constituye un símil de un espacio urbano integrado por calles que enuncian a presidentes y personajes políticos. Ahí también aparecen manzanas en las que se representan varios aspectos económicos, políticos, sociales y culturales del periodo de reconstrucción nacional.

La figura de Álvaro Obregón y el Plan de Agua Prieta (1920), que llevó al grupo sonorenses al poder, aparecen en orden cronológico en la primera escena, al centro. En ese mismo sitio, se observa Obregón, ya manco, junto a un banco. Lleva una bolsa de dinero en la mano izquierda y hace alusión al robo incompleto que hizo este personaje, porque sólo tenía un brazo; a la

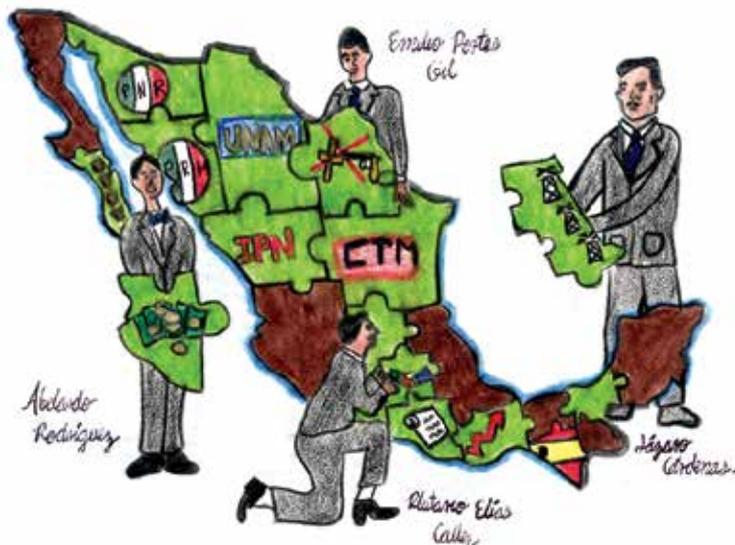
vez, se resalta la apropiación de la riqueza nacional por los gobernantes corruptos. Las ambiciones políticas de Obregón lo llevaron a buscar la reelección en 1928, ello provocó modificar la constitución para permitir la reelección no inmediata, por eso se ve al presidente Plutarco Elías Calles pasando la estafeta al reelecto Obregón.

El asesinato del presidente electo Álvaro Obregón por el fanático religioso, José de León Toral, llevó al nombramiento de un presidente interino, Emilio Portes Gil, a fin de evitar el levantamiento armado de los militares partidarios de Obregón. Durante esta gestión se constituyó el PNR, que buscó institucionalizar la lucha por el poder. Su primer acto electoral ocurrió en la contienda por la presidencia, en noviembre de 1929, con su candidato Pascual Ortiz Rubio y su oponente, José Vasconcelos; ahí se utilizó toda la estructura partidaria y del gobierno para hacer triunfar la candidatura oficial. Dando continuidad a los asuntos políticos, en otra manzana se observa a Pascual Ortiz Rubio y a Lázaro Cárdenas con nopales en la cabeza, ello en referencia al sobrenombre que recibió el presidente Ortiz Rubio como el “Nopalito”, por dejarse mangonear por el Jefe Máximo de la Revolución, es decir, Calles, hecho que se pensaba ocurriría con el presidente Cárdenas. Pero dicha percepción pronto se modificó con su política favorable a los sectores obrero y campesino, que le permitieron excluir políticamente al expresidente Calles.

La composición se completa con unas torres de petróleo que hacen referencia a la expropiación petrolera de 1938 que puso este recurso natural en manos mexicanas, siguiendo las disposiciones constitucionales. Asimismo, se muestran manifestantes en las calles que se movilizan por demandas sociales. A estas imágenes se agregan reproducciones del muralismo que fomentaban el nacionalismo revolucionario como nuevo dogma, con imágenes promotoras de la actividad deportiva y en contra de la influencia del clero. También se muestran representaciones de la penetración cultural estadounidense y aspectos de la mo-

dernidad urbana en transportes y servicios que comenzaban a cambiar la faz de las ciudades, entre otros asuntos.

Reconstruyendo al país pieza por pieza



Adriana Téllez Santos

En los años veinte, los gobiernos posrevolucionarios iniciaron la reconstrucción del país tras las afectaciones generadas por el conflicto armado, atendiendo aspectos políticos, económicos y sociales que era preciso resolver a la brevedad posible. En los gobiernos de Álvaro Obregón (1920-1924) y Plutarco Elías Calles (1924-1928) se crearon instituciones que sentaron las bases para el crecimiento económico y la estabilidad política y social. Ejemplo de ello son la Secretaría de Educación Pública (SEP), el Banco de México, el Banco de Crédito Agrícola y en 1929 el PNR.

Una vez terminado su periodo presidencial y tras el asesinato del reelecto general Obregón, Calles se convirtió en la figura más importante de la política nacional, de ahí su deno-

minación de Jefe Máximo de la Revolución, apelativo que usó para hacer notar su influencia en la designación de los candidatos presidenciales y mantener el control sobre los distintos grupos de la 'familia revolucionaria' desde 1928 y hasta 1936, año en que fue exiliado del país por Lázaro Cárdenas.

En el dibujo podemos apreciar a Plutarco Elías Calles, Emilio Portes Gil, Abelardo Rodríguez y Lázaro Cárdenas ensamblando, pieza por pieza, al México de las décadas de los años veinte y treinta. En el centro, podemos observar a Plutarco Elías Calles hincado y sosteniendo una pieza del rompecabezas, cuya figura en su interior representa unas manos entrelazadas que significan el mejoramiento de las relaciones con Estados Unidos, además del impulso que le dio a la industria, al comercio y la agricultura con la creación de la Comisión Nacional Bancaria.

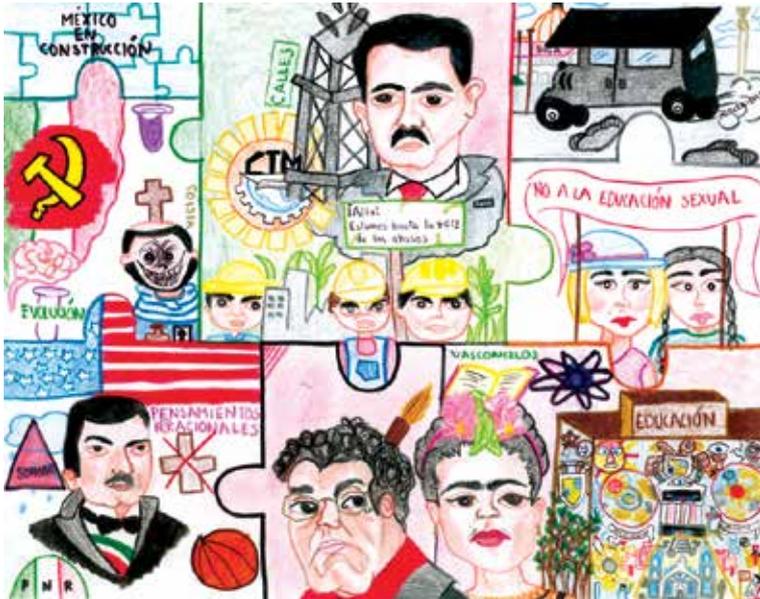
El primer presidente durante el periodo del Maximato fue Emilio Portes Gil, quien puso fin a la guerra cristera y otorgó la autonomía a la Universidad Nacional de México después de una larga huelga en 1929. Su sucesor, Pascual Ortiz Rubio, ganó las elecciones presidenciales a José Vasconcelos, pero con toda la maquinaria del Estado a su favor. Al lado izquierdo de Calles está Abelardo L. Rodríguez, quien sostiene otra pieza de rompecabezas y representa el primer salario mínimo de alcance nacional establecido el 5 de enero de 1934.

Al extremo derecho, tenemos al Presidente Lázaro Cárdenas, quien sostiene tres torres petroleras, en alusión al 18 de marzo de 1938, fecha en la que este presidente nacionalizó el petróleo y expulsó a todas las compañías extranjeras que extraían este hidrocarburo a costos muy bajos. Asimismo, en dos estados del norte se ven las siglas de la CTM y del IPN, institución educativa creada en 1937.

Por último, la pieza que representa el estado de Sonora muestra dos piezas de rompecabezas con el logo del PNR fundado por Calles en 1929. Posteriormente en 1938, durante la administración de Cárdenas, dicha organización se convirtió

en el PRM integrado por cuatro sectores: el obrero, el campesino, el popular y el militar que muestra su carácter corporativo.

*Institucionalización, laicidad, cultura y modernidad
en el México posrevolucionario*



Karen Esteban Cayetano

El grupo sonorenses que derrocó a Venustiano Carranza con el Plan de Agua Prieta recibió una fuerte influencia del modo de vida estadounidense, gracias a la situación de frontera en la que se habían desarrollado. De este modo, al hacerse del poder, tales personajes instrumentaron una política de reconstrucción nacional que tomó como modelo de desarrollo al vecino del norte, tendiente a constituir a nuestro país como una nueva California.

Desde esta perspectiva, la Iglesia Católica aparecía como uno de los principales enemigos del progreso y la modernización de México. Por ello, uno de los primeros objetivos del

nuevo régimen fue terminar con su influencia ideológica y crear, en su lugar, una cultura popular identificada con valores cívicos y laicos, a fin de dejar atrás las tradiciones y las festividades religiosas que, en su opinión, generaban atraso económico y mantenían a la población inculta. Así, la escuela representó el espacio para la construcción del hombre nuevo, en la que el Estado revolucionario debía apoderarse de la conciencia de la niñez y de la juventud, para desterrar la influencia clerical y formar auténticos ciudadanos.

El arte jugó un papel importante en la difusión del nacionalismo revolucionario. Éste legitimó al grupo en el poder como reivindicador y promotor de los ideales revolucionarios, al mismo tiempo que construyó una visión idealizada de la historia nacional, si bien es preciso reconocer que también señaló y cuestionó la dominación de la Iglesia y la explotación capitalista. Los tres grandes artistas del muralismo mexicano, Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, plasmaron en extensas paredes de edificios públicos su visión sobre el pasado de México y su situación actual. Los rostros de Rivera y Frida Kahlo en el dibujo dan cuenta de este movimiento artístico, que no se limitó únicamente al muralismo, sino a numerosas expresiones plásticas. Esta renovación artística marcó toda una época en el México posrevolucionario, misma que continuó en los años siguientes, como lo muestra la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria, donde Juan O'Gorman plasmó en mosaico su interpretación de la historia nacional.

La intención del régimen posrevolucionario de eliminar las ideas reaccionarias y los prejuicios contrarios al espíritu científico, llevaron al titular de la SEP en 1933, Narciso Bassols, a proponer la educación sexual en las escuelas. Dicha propuesta generó la protesta airada de sectores conservadores, quienes, agrupados en la Unión Nacional de Padres de Familia (UNPF) y con el apoyo de grupos clericales e incluso líderes magisteriales, realizaron protestas y manifestaciones que provocaron la cancelación de la iniciativa y la renuncia del secretario Bassols.

Un avance en la conciencia social de los mexicanos se dio durante la presidencia del general Lázaro Cárdenas, quien promovió la organización de campesinos y obreros en corporaciones sustentadas en una ideología con tintes marxistas y nacionalistas. Estas organizaciones lucharon por sus demandas laborales y por una mayor justicia social, pero siempre bajo el amparo del aparato estatal que apoyaba las huelgas y las demandas agrarias, como se muestra al centro de la composición pictórica.

La creación del hombre nuevo



Nora Illescas Flores

El cráneo con la mandíbula abierta que aparece en la parte central de la imagen, busca integrar las propuestas pictóricas de tres muralistas mexicanos de la época de los años veinte a los cuarenta –Rivera, Orozco y Siqueiros–. Ello con la intención de mostrar el esfuerzo del Estado posrevolucionario en la creación de un hombre nuevo, moderno, libre de ataduras religiosas.

En esta visión, la parte del cráneo con piel corresponde a Diego Rivera, quizás la sección más estética por su concepción sobre la historia mexicana y la idea de reivindicación social que le atribuyó al movimiento revolucionario; de ahí algunos simbolismos de la época prehispánica y la hoz con el martillo sobre un fondo rojo en el globo ocular que representan la ideología del pintor. A David Alfaro Siqueiros le corresponde la parte opuesta del rostro, donde se exponen los músculos para expresar la fuerza de sus trazos. A su vez el color rojo, amarillo y naranja de la cuenca del ojo nos remite al uso de estos tonos en sus murales y su perspectiva figurativa. La parte inferior pertenece a José Clemente Orozco, que nos transmite una visión descarnada y menos idílica, tanto del proceso revolucionario como del pasado y presente del país; por eso se percibe un dinamismo dramático, mediante la mandíbula abierta y el hombre que sufre en su interior.

En la parte superior del cráneo aparece el cerebro, que simboliza la transformación de la mentalidad mexicana mediante el arte, la educación y la plástica en general. En esta tarea, los medios de comunicación, como el periódico y la radio, tenían una función vital y estratégica, aunque todo era promovido y tutelado por el Estado posrevolucionario.

Las escenas que circundan la imagen central muestran situaciones concretas de este periodo. Por ejemplo, aparece la política anticlerical promovida por el presidente Calles y varios gobernadores estatales que llevó al conflicto armado conocido como 'guerra cristera' (1926-1929). Por ello se muestra el rifle aparejado con la cruz frente al rostro de Calles y los jóvenes que juegan fútbol con la cabeza del que parece ser un santo. También se observa la política educativa que consistió en llevar la instrucción primaria a todo el territorio nacional mediante la creación de escuelas rurales, con el fin de abarcar a la infancia mexicana y arrancarla del control ideológico de la Iglesia. Asimismo, aparece la nacionalización del petróleo y de los ferrocarriles en el sexenio del general Lázaro Cárdenas,

acciones que tuvieron como propósito fortalecer la soberanía y usar los recursos naturales y medios de transporte para el desarrollo económico del país. Por último, se muestra la adopción de elementos estereotipados del mexicano para convertirlos en símbolos de la identidad nacional, como el mariachi y la china poblana.

Lista de espera



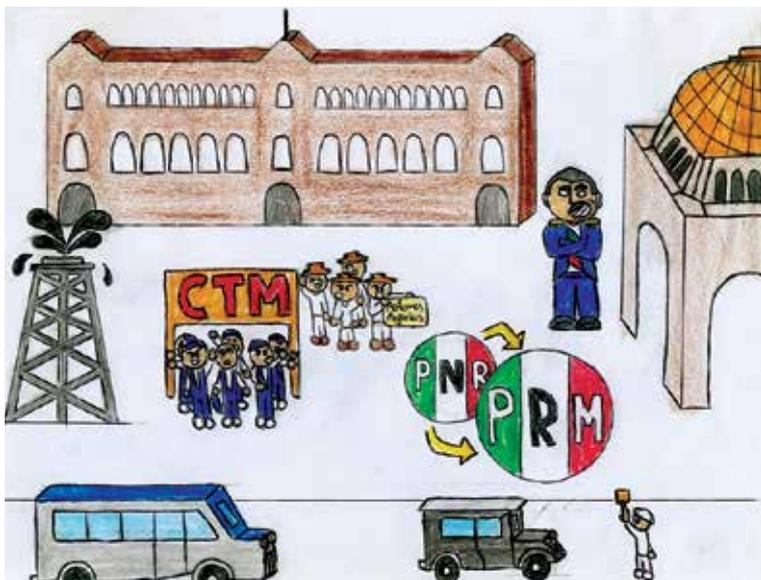
Ulises Cervantes Salcedo

El personaje representado en primer plano es el general Plutarco Elías Calles. Durante la lucha armada, este revolucionario tuvo un papel modesto en las filas del ejército constitucionalista, pero durante la etapa posrevolucionaria, como integrante del “Grupo Sonora”, ascendió rápidamente hasta suceder en la presidencia al general Álvaro Obregón para cubrir el cuatrienio 1924-1928. Cabe destacar que, tras la muerte de Álvaro Obregón en 1928, Calles se negó a reelegirse, pues sabía las graves

consecuencias que esta acción traería para el país. El personaje que se encuentra al fondo es Emilio Portes Gil, quien fue nombrado presidente interino para llenar el vacío dejado por el asesinato de Obregón y satisfacer las demandas del grupo obregonista, dispuesto a levantarse en armas por considerar que el presidente Calles y Luis N. Morones, líder de la CROM, habían sido los autores intelectuales del magnicidio.

Durante la gestión presidencial de Portes Gil sucedieron hechos significativos para el México del siglo xx: la conclusión del conflicto cristero en 1929, el otorgamiento de la autonomía a la Universidad Nacional de México en el mismo año, la creación del PNR y el proceso electoral que estrenó la nueva estructura partidaria que hizo triunfar al candidato oficial Pascual Ortiz Rubio. La presencia del general Calles en primer plano, se debe a que durante estos años se convirtió en la figura política más importante de la familia revolucionaria, en el Jefe Máximo quien definía los candidatos a la presidencia, como aconteció con Pascual Ortiz Rubio entonces embajador de México en Brasil, traído expresamente para ser ungido por el PNR. Aunque no puede verse en el dibujo la figura de Ortiz Rubio, es el mismo espectador quien asume este papel, a punto de tomar un ticket para ocupar la presidencia en el siguiente periodo.

La política de masas del cardenismo



Luis Ángel Cruz Villalba

En la plaza de armas de la Ciudad de México, con el Palacio Nacional de fondo, se representa la manifestación de obreros cetemistas y de campesinos cenecistas, ambas agrupaciones organizadas bajo el amparo del poder gubernamental y el impulso del presidente Lázaro Cárdenas. Estos contingentes marchan en apoyo a sus políticas reformistas: expropiación petrolera, nacionalización de los ferrocarriles, reparto agrario y educación socialista, todas acciones de este periodo presidencial.

La combatividad y fortaleza de estas organizaciones apuntaló el poder presidencial que entonces pudo contrarrestar la supremacía del Jefe Máximo y expulsarlo del país. Por ello, el general Cárdenas aparece junto al Monumento a la Revolución en actitud triunfalista, además de simbolizar el cumplimiento de las demandas populares de la lucha revolucionaria que no habían sido satisfechas por sus antecesores.

El PRM, a diferencia del PNR, incluyó a las organizaciones obreras y campesinas como dos de sus sectores constitutivos, apropiándose de la representatividad de estos sectores populares. Además de los sectores popular y militar, se otorgó a sus líderes cargos de elección popular: regidores en los ayuntamientos, diputaciones locales y federales, senadurías e incluso gobiernos estatales. Sin embargo, esta estructura corporativa del partido oficial no se tradujo en beneficios reales para la clase trabajadora, sino que sirvió para que los líderes obreros y campesinos se volvieran parte de la elite y utilizaran la fuerza de las organizaciones como soporte del sistema político, de su funcionalidad y legitimación. Todo ello generó un Estado corporativista y con un partido oficial fuerte amparado bajo la sombra del presidencialismo que hizo su llegada en este periodo presidencial.

7. Modernización económica, consolidación del sistema político y crisis del Estado Benefactor

Los años que corrieron de 1940 y hasta 1982 se caracterizaron por ser un periodo de cambios extraordinarios para México. Desde el ámbito político y económico hasta el ámbito social, ecológico y poblacional, nuestro país experimentó transformaciones profundas, cuyas consecuencias siguen vigentes hasta el día de hoy y delinearón buena parte de las virtudes y defectos de la sociedad mexicana del siglo XXI.

Estos cambios pueden englobarse en un fenómeno más complejo que no sólo abarcó a nuestro país, sino sucedió en distintas partes del mundo con consecuencias más o menos semejantes: el proceso de industrialización y la transformación de una sociedad agraria a una sociedad urbana. Ciertamente, a partir de la segunda mitad del siglo XX y hasta los años ochenta, México vivió un proceso de industrialización nunca antes visto. Éste fue acompañado de una expansión económica de gran magnitud y sin precedentes en la historia de este territorio, fenómenos que generaron una visión distinta del país, de su población y de su desarrollo.

Estos periodos de crecimiento económico (no sin crisis recurrentes) estuvieron acompañados de una estabilidad política que se mantuvo a distancia de la anhelada democracia que alimentó el imaginario de la Revolución Mexicana a principios de siglo. De esta manera, el afamado crecimiento económico se basó en un régimen unipartidista, autoritario y patriarcal que logró, pese a la resistencia de distintos grupos sociales, mantenerse firme durante todo este periodo e imponer su proyecto de nación moderna sustentado, principalmente, en la idea de que modernización era sinónimo de industrialización. De ahí que emergieran, en distintas regiones del país, actividades económicas nuevas que crearon, a su vez, diversidad de empleos

y estilos de vida que fueron en detrimento de la sociedad rural mexicana mayoritaria tan sólo unas décadas atrás.

Así, desde el punto de vista económico, el periodo de 1940 a 1982 comenzó con el afamado milagro mexicano, cuya inercia continuó en los decenios que le siguieron a la década de los cuarenta. La misma frase de milagro mexicano da una idea de lo que significó para propios y extraños el inesperado fenómeno económico que tuvo lugar en nuestro país. Puede definirse como el periodo de crecimiento económico acelerado y sostenido basado en una pujante industrialización de economía mixta, es decir, de capital privado y público, que le dio a México un nuevo rostro, el de una nación industrializada.

El milagro mexicano comenzó con el gobierno de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) y continuó con la presidencia de Miguel Alemán Valdés (1946-1952). Durante estos sexenios fue notorio el impulso que se le dio a la industria, convirtiéndose en prioridad incuestionable del gobierno, aspecto que marcó una diferencia con los gobiernos posrevolucionarios anteriores, donde el tema agrario había sido la prioridad principal. Este viraje en la política económica trajo consecuencias importantes para todo el país. Tal es el caso de las crisis recurrentes que enfrentaría el campo mexicano desde ese periodo, ante el parcial abandono de sus necesidades y demandas, así como un éxodo permanente de gente que emigraría a las ciudades en busca de mejores oportunidades de vida, pues ahora éstas se consideraban los ejes de la modernización.

Una cantidad nada despreciable de empresas privadas y estatales se crearon durante este periodo. De capital privado vieron la luz industrias como la cervecera, la automovilística, la cementera, la refresquera, la papelera, la tintorera, entre muchas otras. De capital público surgieron o tomaron fuerza diversas empresas como los Ferrocarriles Nacionales (1937), la Comisión Federal de Electricidad (1937), el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS-1943), el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE-1959), el

Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (Infonavit-1972) y otra serie de empresas estatales que dieron servicios modernos al país.

Infinidad de obras públicas se emprendieron, aunque muchas veces con fines políticos o empresariales y no en atención a las necesidades de la población mexicana. Así, bajo esas consignas, se construyeron caminos, puentes y autopistas, presas, vías ferroviarias y obras hidráulicas para el campo. De igual modo, se extendieron servicios básicos de luz y agua potable a mayores sectores de la sociedad. Se construyeron centros educativos de vanguardia, como la Ciudad Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM-1952), la Unidad Profesional Adolfo López Mateos (1958) del IPN y más tarde las tres unidades de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM-1974), Xochimilco, Iztapalapa y Azcapotzalco. También se erigieron unidades habitacionales destinadas a la creciente clase media capitalina, como la de Tlatelolco en el norte de la ciudad y la de Miguel Alemán en el centro-sur.

El impulso económico también se vio reforzado con la política de sustitución de importaciones que surgió después de la Segunda Guerra Mundial. Ésta consistió en suplantar productos manufacturados de procedencia extranjera para consumo local por productos generados en el país, lo que dio un empuje importante a la industria nacional y al mercado interno. Al mismo tiempo, se incrementaron impuestos y aranceles a los productos del exterior con el fin de apoyar y proteger la floreciente industria mexicana. Aunque dicha medida tuvo resultados positivos a mediados de siglo, para la década de los setenta había generado una brecha enorme entre la calidad de los productores mexicanos habituados a los consumidores cautivos y los productores extranjeros acostumbrados a la competencia internacional.

Sin embargo, el milagro mexicano también dejó una estela de corrupción y despilfarro que caracterizó a los gobiernos de este periodo, aunque algunos lo hicieron con mayor empeño

que otros. Precisamente, fue este derroche de recursos acompañado de una corrupción permanente, los que generaron una etapa distinta en el proceso de industrialización del país conocida como desarrollo estabilizador. A fin de distanciarse de su antecesor, Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) impulsó una política económica que pretendió mantener un ritmo de crecimiento sostenido y lograr la estabilidad económica nacional a partir del control de la inversión y el gasto público. Esta política fue seguida hasta la década de los años setenta y tuvo varias etapas.

Durante el sexenio de Adolfo López Mateos (1958-1964) la política del desarrollo estabilizador tuvo como principal característica lograr el crecimiento económico a través de la estabilidad monetaria. Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) retomó la política de su antecesor y la reforzó con resultados más o menos positivos. Sin embargo, con la presidencia de Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) era claro que este sistema no podría mantenerse en pie porque había un permanente déficit en la balanza comercial, es decir, México compraba más de lo que vendía. Ello trajo como consecuencia la primera crisis económica severa después del milagro mexicano, que generó una inflación y devaluaciones extraordinarias, mayor endeudamiento y el sometimiento del gobierno a los intereses privados (sobre todo extranjeros).

La crisis del desarrollo estabilizador también se explica por la ineficacia y la extendida corrupción de los gobiernos de Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) y de José López Portillo (1976-1982), que produjeron un agotamiento del modelo económico que sólo se vio menguado por la promesa del 'oro negro', es decir, por el petróleo mexicano que se convirtió en el sostén de la economía nacional durante esa década y sólo sirvió para alimentar los fallidos proyectos presidenciales y la extensa burocracia del país, en especial los exorbitantes salarios de los altos mandos políticos. Así terminó la época dorada del llamado milagro mexicano.

Desde el punto de vista político, el periodo que va de los años cuarenta y hasta el inicio de los ochenta está marcado por la consolidación del sistema político mexicano alrededor del partido oficial. El Partido Revolucionario Institucional (PRI) recibió este nombre en 1946 y marcó el inicio de una etapa distinta en la política mexicana al desplazar a los militares como columna vertebral del partido e iniciar un gobierno civil con la presidencia de Miguel Alemán. Pese a las permanentes críticas que se hicieron al grupo político en el poder por sus excesos, el partido oficial consiguió mantener bajo control casi toda la disidencia política mediante prebendas y manipulaciones, o bien, mediante métodos represivos y violentos.

De hecho, el unipartidismo fue una característica principal de este periodo. Si bien existieron varios partidos de oposición, como el Partido Acción Nacional (PAN), el Partido Popular Socialista (PPS) y otros de menor envergadura, lo cierto es que el PRI mantuvo el control casi absoluto del aparato estatal, incluidos diferentes sectores sociales ligados a corporaciones y sindicatos que sirvieron de clientelas al propio partido oficial y mantuvieron bajo estricta vigilancia las movilizaciones sociales que pudieran surgir.

Pese a ello, durante este periodo, casi todos los grandes gremios de trabajadores se hicieron presentes mediante movilizaciones sociales que reclamaban mejores condiciones laborales y de vida, así como una mayor participación en los asuntos del Estado, demandas que nos hablan del carácter cerrado y autoritario del régimen político mexicano. Ferrocarrileros, telegrafistas, telefonistas, petroleros, maestros, médicos, electricistas y estudiantes se manifestaron en contra de las políticas del gobierno que terminaron con encuentros violentos, desapariciones, muertes y detenidos. En ese sentido, la matanza de la Plaza de las Tres Culturas el 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco constituye el episodio más emblemático de lo que ocurrió sistemáticamente con los movimientos sociales de oposición al régimen.

Otra característica importante del sistema político mexicano de este periodo fue el fenómeno del *presidencialismo*. Desde la Constitución de 1917 se le otorgó al ejecutivo una serie de privilegios que crearon una presidencia fuerte frente a los otros poderes del Estado, el legislativo y el judicial. Los presidentes tuvieron la potestad de emitir decretos y manejarse con bastante autonomía en la toma de decisiones sobre el país. Se sabe que durante estos años, tanto las cámaras de representantes como la Suprema Corte de Justicia estuvieron subordinadas a la autoridad del presidente en turno quien, además, tenía la capacidad de elegir a su sucesor mediante la conocida práctica del ‘dedazo’, iniciada con el presidente Lázaro Cárdenas en 1940.

Es evidente que los excesos del poder político tuvieron un correlato en la sociedad, mismo que se expresó no sólo en los movimientos sociales mencionados, sino en una disidencia política de abierta confrontación con el régimen priista, muchos de ellos organizados en grupos guerrilleros de inspiración comunista que fueron perseguidos y disueltos por el ejército mexicano con métodos muy violentos. Estos hechos se conocen como guerra sucia o guerra de baja intensidad que persistió en nuestro país desde la década de los sesenta y hasta los ochenta y de la cual poco hemos sabido hasta años recientes.

Sin embargo, pese a la difícil situación política del periodo, es indudable que la sociedad mexicana se transformó profundamente y en muchos aspectos los cambios fueron positivos. Por ejemplo, un hecho de gran importancia para el México de este periodo fue la movilidad de la población que se mostró a escala nacional. El continuo flujo migratorio que tuvo lugar en nuestro país, sobre todo del campo a la ciudad, explica la creciente población urbana que llegó a considerarse una situación problemática hacia comienzos de los ochenta, cuando se hicieron más que evidentes los profundos problemas y contradicciones de las grandes urbes como el sobre poblamiento, la contaminación y la falta de oportunidades.

El crecimiento exponencial de algunas ciudades como el Distrito Federal, Guadalajara y Monterrey, expresan la relevancia que adquirieron los centros urbanos como polos de desarrollo industrial, consigna del milagro mexicano y que explica el cambio en los usos y costumbres de la sociedad mexicana, ahora más urbanizada y con una creciente clase media nunca vista a esa proporción en la historia de nuestro país. El flujo migratorio también se vio alimentado por la mejora en los medios de transporte y de comunicación que permitieron la conexión con zonas históricamente aisladas del país y, sobre todo, por la esperanza de una vida mejor.

Además, en las ciudades había empleo y oportunidades de crecimiento personal. Por ejemplo, en materia de infraestructura y de educación, los centros urbanos manifestaron progresos importantes si los comparamos con épocas pasadas. Se construyeron infinidad de escuelas de educación básica, se distribuyeron los primeros libros de texto gratuitos, se construyeron hospitales, centros de recreación y de vivienda, así como modernas vías de comunicación que iban de la mano con la imagen cosmopolita de las grandes ciudades. La vida nocturna, el cine y los espectáculos fueron parte de la nueva cultura urbana mexicana que reivindicó algunos aspectos de la cultura mexicana, como quedó expresado en multitud de películas del cine nacional.

La cultura también tuvo un renacimiento. Los muralistas, Rivera, Orozco y Siqueiros siguieron pintando la gesta heroica del pueblo mexicano, aunada a la expresión de un existencialismo universal. Surgieron escritores de gran calibre, quienes siguen constituyendo parte de nuestro reciente acervo cultural: Octavio Paz, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, entre otros, retrataron el México cambiante no sin todos sus anhelos y contradicciones. Al interesante ambiente cultural pronto se sumaron los medios de comunicación masivos, el cine, la radio y, más tarde, la televisión que en conjunto contribuyeron al cambio de percepción del mundo de muchos

mexicanos. Por desgracia, estos medios también sirvieron a los intereses del grupo dominante al delinear parte de la mentalidad de nuestros connacionales de aquella época. Ese México sigue vigente en algunos aspectos, por ello el periodo que comprende los años cuarenta y hasta los ochenta sigue siendo pieza clave para entender el México del siglo XXI.



La rueda sexenal



Claire Pérez Lemus

En la rueda se representa a los cinco sexenios presidenciales que abarcaron de 1940-1970, periodo considerado de estabilidad económica y de consolidación del sistema político mexicano. El personaje que mueve la rueda hace una invitación a valorar el ejercicio del poder de los presidentes que aparecen

ahí, ya que cada uno de ellos le puso una marca significativa a su sexenio, el “particular estilo de gobernar” como lo acuñó Daniel Cosío Villegas.

En la presidencia de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) se impulsó la política de “unidad nacional”, ante el conflicto bélico mundial y el avance de la ideología nazi. En esos años, nuestro país envió un escuadrón a combatir las tropas japonesas en el Pacífico, de ahí la figura de Pancho Pistolas que se utilizó como símbolo distintivo del mexicano, tomado de la película norteamericana de Los tres caballeros. Durante ese periodo también se instrumentó el programa *bracero* que llevó mano de obra a la industria y la agricultura de los Estados Unidos, previa desinfección en la frontera. Al mismo tiempo, se reprimieron las huelgas y se detuvo el reparto agrario por considerarlos factores que provocaban la división y confrontación sociales. En este sexenio también se creó el IMSS y el PRM se modernizó y se transformó en el PRI, que eliminó el sector militar de la estructura partidaria.

El presidente Miguel Alemán Valdés (1946-1952) impulsó la industrialización del país, la realización de obras públicas, la construcción de carreteras y presas, así como el desarrollo turístico y hotelero en zonas estratégicas del país, como Acapulco, que favoreció a los grandes empresarios mexicanos. En su gobierno también se reformó el artículo 27 constitucional, sobre la pequeña propiedad rural, que sólo benefició a los grandes propietarios de tierras. Por otra parte, la construcción de Ciudad Universitaria fue otro sello distintivo del gobierno alemanista, que fue de la mano con la construcción de edificios multifamiliares en respuesta al crecimiento de la población urbana.

En el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) se reactivó el reparto agrario, se aumentó la producción y refinación del petróleo mexicano en la planta de Azcapotzalco, y expandió la electrificación del país. Con la reforma al artículo 36 constitucional, la mujer tuvo igualdad de derechos políticos y pudo votar por primera vez en la historia en las elecciones federales.

En la presidencia de Adolfo López Mateos (1958-1964) se crearon varias instituciones. Por ejemplo, el ISSSTE y la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos (Conaliteg). Asimismo, se inauguró el Museo Nacional de Antropología y se construyó el Hospital 20 de Noviembre y otros espacios culturales. López Mateos realizó muchos viajes al exterior para posicionar a México en la política mundial y en el ámbito deportivo. En su sexenio surgieron los movimientos sociales de ferrocarrileros y maestros, mismos que fueron reprimidos por el gobierno.

Finalmente, en el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) se buscó impulsar e industrializar al campo. Dentro del ámbito urbano, se iniciaron las obras del metro de la Ciudad de México y se otorgó el voto a los jóvenes de 18 años. Durante su mandato, México fue el anfitrión de los XIX Juegos Olímpicos, que se vieron manchados por la violenta intervención contra los estudiantes en la plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco que, hasta el día de hoy sigue siendo uno de los episodios más trágicos de la historia reciente del país.

Televisión histórica



Lizbeth Hernández Soto

La imagen representa una televisión sobre la cual se plasman distintos acontecimientos del periodo de 1940 a 1970. Aquí se resalta, sobre todo, el avance tecnológico y la importancia de los medios de comunicación en la transformación del país. En los botones de control se hallan representados los presidentes de México de esa época, de Manuel Ávila Camacho a Gustavo Díaz Ordaz. Debajo de ellos se encuentra un radio que fue, en buena parte de este periodo, el más importante medio de información y entretenimiento de la sociedad mexicana a través de radionovelas, peleas de box, informes de gobierno, entre otros asuntos. En los bordes del televisor se observan edificios y obras públicas, como la Torre Latinoamericana y las carreteras modernas sobre la que transita un automóvil característico de la época que hace referencia al desarrollo de las ensambladoras establecidas en nuestro país. A un lado, se muestra una cámara que remite al crecimiento de la industria cinematográfica y la época dorada del cine nacional.

En la parte inferior del televisor, una llave de agua representa el entubamiento de este líquido en las principales ciudades, principalmente en la Ciudad de México. En el espacio acuático creado por el goteo de esta llave, se muestran dos asuntos, por un lado, el submarino alemán que hundió un barco petrolero mexicano y, por otro, una lancha que simboliza las inundaciones frecuentes en la capital del país. Un taxi cocodrilo circula por la Ciudad de México y pasa por un hotel de paso, una vecindad y la plaza de toros, todos espacios públicos de las clases bajas y para el divertimento de la población citadina.

En la pantalla se reproducen otros hechos significativos de la historia mexicana. En la esquina superior aparecen cuatro imágenes estrechamente relacionadas –un avión, Pancho Pistolas, un soldado mexicano y la bandera de los Estados Unidos– que recrean la participación de nuestro país en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y el envío de un escuadrón en apoyo a los vecinos del norte en su lucha contra Japón.

Las siglas del Instituto Nacional de Protección a la Infancia (INPI), del IMSS y del ISSSTE resaltan el carácter benefactor del Estado mexicano de esa época, mismo que otorgó a su clase trabajadora servicios de salud y de asistencia para su mejora social. En el mismo sentido, las instituciones culturales y educativas, como el Museo Nacional de Antropología, el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), el Instituto Nacional de las Bellas Artes (INBA), la Conaliteg, la Biblioteca Central de la UNAM y otros, expresan la intención del Estado mexicano por ofrecer educación y cultura a la población mexicana.

Asimismo, en la imagen aparecen también la industrialización del país y su relación con la modernidad urbana, la irrupción de los electrodomésticos en el hogar y el consumo de productos extranjeros, el desarrollo turístico y el tendido de las primeras líneas del Metro, así como la adopción de formas de vida diferentes, por ser todos estos elementos significativos de la época. En lo que respecta al mundo del deporte, se destaca la importancia del box como espectáculo y vía de ascenso

social. De igual forma, se muestra la realización de dos eventos internacionales: las olimpiadas de 1968 y el mundial de futbol en 1970.

Finalmente, en el plano político se representa la modificación del artículo 3º, durante el sexenio de Ávila Camacho, para quitarle el apellido de socialista. Por otra parte, se resalta el derecho al voto a la mujer otorgado en 1953 para las elecciones federales. El símbolo del PRI destaca la hegemonía de este partido en los procesos electorales y su ejercicio autoritario del poder en contra de los movimientos sociales, cuya máxima expresión llegaría con la represión a la lucha estudiantil de 1968.

El gran espectáculo mexicano



Nora Illescas Flores

Las cortinas rojas y el intenso color de las imágenes nos remiten a una función de cine en la que se muestran distintas escenas de la historia de México de este periodo. Sin duda, gran parte de la modernización económica del país se reflejó en la industrialización y la fabricación de productos para el uso y consumo cotidianos, todo bajo la premisa de impulsar lo hecho en México. Otro rasgo importante de la transformación del país fue el crecimiento de las ciudades y la innovación en los medios de transporte, mismos que fueron promovidos a la par de la creación y consolidación de instituciones sociales y culturales que reflejaron el papel tutelar y protector del Estado.

En México, la modernidad se hizo presente sobre todo en el espacio urbano que impactó a todas las clases sociales con el ideal de “vivir bien”. Dicho ideal era transmitido a través de diversos medios de comunicación, como la radio, la televisión, los periódicos y las revistas que publicitaron los beneficios del desarrollo tecnológico y sus productos, en especial los relacionados con el ámbito doméstico que se convirtió en referente de éxito económico y de estatus social. Así, el ideario social integró términos como los de comodidad, rapidez, eficiencia, ahorro, moda, entre otros, que se convirtieron en parte sustantiva del discurso de la modernidad, en especial para la clase alta y media, ya que el sector obrero y campesino difícilmente tuvieron acceso a este tipo de productos.

La diversión y el espectáculo se concretaban en distintos espacios sociales. Éstos eran sobre todo la radio, el cine y la televisión que se empeñaban en la creación de ídolos populares que impusieron comportamientos y formas de ser que entretenían al pueblo mexicano, pero que poco tenían que ver con sus condiciones reales de vida. Por ejemplo, la película *Dos tipos de cuidado* (1952) muestra una vida campirana sin preocupaciones –ni ocupaciones– donde Jorge Negrete y Pedro Infante ocupan la totalidad de su tiempo en conquistar a las muchachas más bonitas del pueblo, cantar y beber, sin que haya referencias a la mala situación del campo mexicano de

la época. Por su lado, las películas del Santo se llevan a cabo en mundos irreales, donde se lucha contra seres fantásticos de toda índole, desde momias de Guanajuato hasta criaturas de otro planeta.

En estos años, Acapulco se convirtió, gracias al desarrollo de la infraestructura carretera y la inversión de capital del grupo político alemanista, en centro turístico de nivel nacional e internacional, frecuentado por los grandes artistas de Hollywood. Este periodo es también el momento de esplendor de los bailes de salón con lugares icónicos, como el Salón México, el *California Dancing Club* y el Salón Los Ángeles, donde se bailaba chachachá, mambo, danzón y otros ritmos al que se movían las distintas clases sociales de la Ciudad de México.

La modernidad urbana



María Fernanda Díaz Ambriz

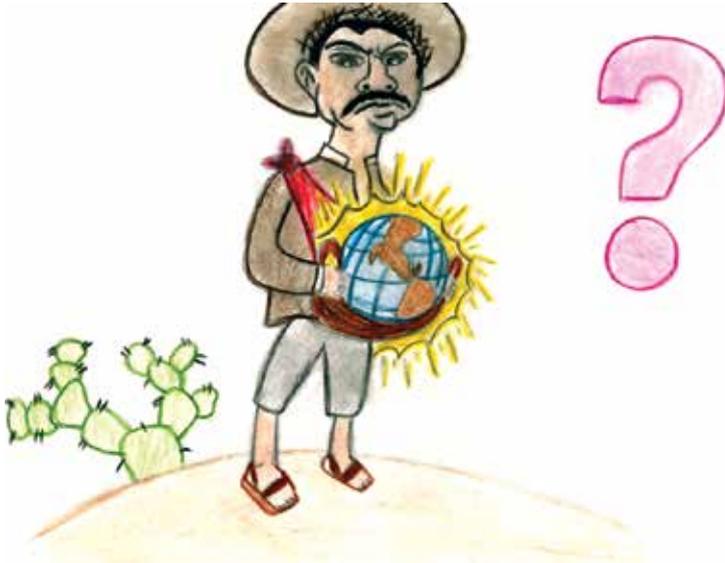
Tanto la *Torre Latinoamericana* como el Hotel de México (*World Trade Center*), importantes rascacielos de este periodo, convertidos hoy en edificios icónicos de la capital del país, muestran el proceso de modernización de este espacio urbano. Ambas estructuras han resistido los terremotos que han afectado la gran ciudad, cosa que no aconteció con la Victoria Alada de la columna de la Independencia, misma que, en el terremoto de 1957, cayó de su pedestal.

Otro rasgo característico de la capital del país durante esta época fue la enorme cantidad de migrantes del campo a la ciudad. Mucha gente llegó no sólo en busca de trabajo en las nuevas industrias, sino de mejores condiciones de vida y de educación, lo cual generó el crecimiento exponencial de la urbe, misma que pasó de los casi 2 millones de habitantes en 1940 a cerca de 7 millones en 1970. Este aumento demográfico se expresó en la expansión de la marcha urbana y la construcción de edificios y multifamiliares para albergar a la cada vez mayor cantidad de ciudadanos. En la imagen se aprecia el multifamiliar Miguel Alemán, como ejemplo de este crecimiento ‘hacia arriba’ y como monumento a la política modernizante y benefactora del régimen priista, de ahí los símbolos del PRI y del IMSS que coronan este complejo.

Por último, en 1942, la icónica “Diana Cazadora” fue colocada en el Paseo de la Reforma, hecho que atrajo la temprana censura de la Liga de la Decencia. Gracias a sus relaciones políticas, esta organización social logró que el artista Juan Olaguíbel le pusiera un calzón de bronce a la estatua a fin de evitar mayores disturbios, aunque éste le fue retirado en 1968. En tanto, las corridas de toros y las peleas de box siguieron ocupando un lugar importante en la diversión de los mexicanos, con figuras como Fermín Espinosa, Silverio Pérez y Lorenzo Garza, en el ámbito taurino, o Raúl Macías y Vicente Saldívar en el ring. En el espacio urbano aparecen transportes originarios de la época –metro, autobús y taxi–, así como una manifestación que simboliza los movimientos sociales de la época reprimidos por el

gobierno autoritario, de ahí la imagen del gorila que simboliza la acción represora de los gobiernos priistas.

El milagro mexicano



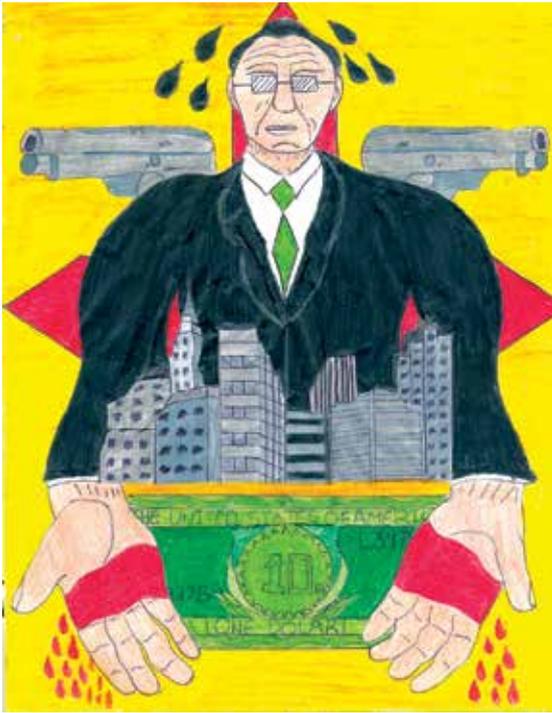
Diana Laura Peña Martínez

Durante la Segunda Guerra Mundial México se convirtió en exportador de materias primas y de petróleo a Estados Unidos gracias a convenios comerciales establecidos entre ambos países, mismos que continuaron una vez concluido el conflicto bélico y generaron el crecimiento de la economía y la industria nacionales. Entre 1946 y 1970, México experimentó una etapa de bonanza económica llamada “El milagro mexicano”, caracterizada por un crecimiento económico sostenido que benefició a algunos sectores de la población mexicana, especialmente a la clase alta y media.

Pese a la bonanza económica, ésta no llegó a las clases marginadas y el sector campesino continuaba viviendo en condiciones de miseria extrema. De ahí que en la representación se

muestre a un campesino, quien a la manera de Juan Diego y con su tilma abierta, cuenta la leyenda, se plasmó la Virgen de Guadalupe. No obstante, en vez de la imagen sacra, se observa un globo terráqueo en el que se distingue el contorno de México del que emana un resplandor que alude a este crecimiento económico. Sin embargo, el campesino molesto y confundido se cuestiona dónde están los beneficios del desarrollo económico nacional, pues él sigue viviendo en la miseria.

Poder represor



Emmanuel Santiago Romero

En esta construcción icónico-simbólica se muestran las consecuencias políticas y sociales del movimiento estudiantil del 68 y la represión sanguinaria realizada por el gobierno el 2 de oc-

tubre en la plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. El pueblo mexicano siguió sometido por un sistema opresor que buscaba controlar en todo momento su participación política y su libertad de expresión. En el centro se distingue al presidente Luis Echeverría Álvarez, en cuya administración se produjo la matanza de estudiantes del 10 de junio de 1971, conocida como “Jueves de Corpus”, en donde murieron alrededor de 120 estudiantes en las calles aledañas a la Avenida de Los Maestros tras manifestarse en apoyo a los estudiantes de la Universidad de Nuevo León. Echeverría aparece con las manos bañadas de sangre de los estudiantes asesinados en esta fecha. Atras de sus manos se observa un billete de un dólar en cuyo centro se encuentra una moneda de diez centavos, que representa la devaluación del peso mexicano frente al dólar en 1976, hecho que derivó en una terrible crisis económica y el aumento de la deuda externa.

A espaldas del presidente se muestran dos pistolas, que representan la opresión violenta hacia el pueblo y el inicio de los movimientos guerrilleros en el estado de Guerrero encabezados por los maestros Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas, egresados de lo que hoy es la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa, institución que sigue siendo motivo de la indignación nacional, por la desaparición de los cuarenta y tres estudiantes de este recinto académico a manos del ejército mexicano y que, al igual que hace casi cincuenta años, el gobierno niega los actos, al igual que la guerra de baja intensidad que persiste en esta región.

Finalmente, los edificios que se encuentran en el centro del dibujo representan a la Ciudad de México, la cual tuvo un crecimiento descontrolado desde los años sesenta. Dada la falta de oportunidades en el campo, miles de campesinos se vieron obligados a abandonar sus comunidades y su estilo de vida agrícola para buscar un empleo en la gran Ciudad.

8. Neoliberalismo y globalización

La historia reciente de México (de 1982 a la fecha) está marcada por una serie de transformaciones importantes en todos los ámbitos de la vida política, económica y social del país que definen, en buena medida, a la sociedad mexicana actual, con todos sus claroscuros.

En el mundo, el inicio de la década de los ochenta significó un giro hacia la derecha conservadora representado por dos figuras centrales de la política internacional de ese momento, Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en Estados Unidos. Sus gobiernos representaron la reacción de los conservadores ante la crisis generalizada del Estado benefactor de Keynes y fue la antesala del estilo de política que se expandiría por todo el globo en las últimas décadas del siglo xx, mejor conocido como neoliberalismo.

En México la introducción del neoliberalismo coincidió con la crisis económica y política al final del gobierno de José López Portillo (1976-1982), que favoreció la idea de redireccionar al país para alcanzar el anhelado desarrollo y modernización. Con el presidente Miguel de la Madrid (1982-1988) se inició la transformación del régimen económico hasta entonces basado en el modelo de sustitución de importaciones, mismo que fue remplazado por el nuevo paradigma neoliberal. Este cambio también estuvo inspirado en las condiciones impuestas por el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), después de cuantiosos préstamos que le otorgaron a México para superar la crisis del sexenio anterior.

Las premisas del modelo económico neoliberal en México fueron básicamente dos: la disminución del gasto público y la venta de paraestatales. Todo ello con el propósito de reducir las finanzas del Estado que, en opinión de la nueva generación de economistas dirigentes, era la causa de todos los males y las re-

currentes crisis del país. Así, comenzó una desenfadada carrera por reducir el Estado al máximo, hecho que generó numerosos efectos, la mayoría de ellos negativos para la sociedad mexicana.

A consecuencia de la implementación de las políticas neoliberales creció la inflación, el desempleo y el flujo migratorio hacia Estados Unidos. Las protestas proliferaron aún más ante el nuevo escenario económico, y éstas incluyeron no sólo a las clases populares, sino al sector empresarial y la clase media. Por si esto fuera poco, el 19 y el 20 de septiembre de 1985 un par de terremotos azotaron con violencia el centro del país y la ciudad de México, este fenómeno generó gran destrucción, pero también una sorprendente movilización civil que fue inmediata y masiva que mostró una ciudadanía mucho más avanzada que su régimen político, cuya respuesta fue tardía y débil.

Por otra parte, la actividad del narcotráfico se hizo cada vez mayor durante la década de los ochenta debido a la creciente demanda de sustancias enervantes y psicotrópicas en Estados Unidos. Dicha demanda generó extensas y poderosas redes de traficantes que sobornaron a gran cantidad de políticos mexicanos. Años después estos delincuentes desafiarían la autoridad estatal y federal, y generarían uno de los principales problemas del México contemporáneo al que aún no se vislumbra fin.

En este complejo escenario llegaron las elecciones presidenciales de 1988. Debido al giro en la política económica y la corrupción interna del PRI, comenzaron a surgir, entre las filas del propio partido oficial, fracturas que desembocaron en la formación de la Corriente Democrática liderada por Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del expresidente Lázaro Cárdenas y exgobernador de Michoacán. Este grupo pronto se volvió independiente y formó, junto con otras agrupaciones, el Frente Democrático Nacional que enfrentaría al candidato del PRI, Carlos Salinas de Gortari. Aquellas elecciones serían recordadas por el fraude electoral, mismo que sucedió a través de la “caída del sistema” de cómputo de votos y el posterior triunfo del candidato oficial. Y aunque hubo una agitada movilización

política y social para esclarecer los hechos, no llegó a tener un efecto sobre el veredicto de la elección.

Como consecuencia de las elecciones a todas luces irregulares, Salinas llegó al poder con poca legitimidad. Por ello, decidió llevar a cabo una serie de acciones que lo afianzaran más en la presidencia. Una de ellas fue el espectáculo mediático en la captura y el proceso judicial del líder petrolero Joaquín Hernández, La Quina. Otro fue el reconocimiento del triunfo del panista Ernesto Ruffo como primer gobernador de oposición. Asimismo, aceptó la creación del Partido de la Revolución Democrática (PRD) en 1989.

Pese a ello, Salinas continuó con firmeza en el camino de las políticas neoliberales. Así pues, avanzó con el proceso de desmantelamiento del Estado que se vio reflejado sobre todo en la venta de paraestatales, como fue el caso de Teléfonos de México, adquirida por el empresario Carlos Slim. También llevó a cabo reformas importantes en materia agraria al modificar el artículo 27 referente a la propiedad de la tierra, en particular, del ejido. Asimismo, renegó la deuda externa e intentó sanear las finanzas del Estado con mediano éxito. Ello generó movilización social, como ocurrió en el caso del movimiento de El Barzón en 1993, formado por deudores de la banca, especialmente campesinos que muestra la escasa sensibilidad del gobierno de Salinas en la aplicación de sus políticas neoliberales.

Como parte de la política económica neoliberal de Salinas, en 1994 entró en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte entre México, Estados Unidos y Canadá (TLCAN). Este convenio económico representó la culminación de una serie de políticas encaminadas a la apertura comercial del país a fin de estar a tono con la creciente globalización de los mercados en todo el mundo. Dicho tratado puso en franca desventaja a la economía nacional, pues no tenía la infraestructura industrial y agraria para competir con la gran potencia del norte, además de generar mayor dependencia económica hacia ese país.

En ese mismo año de 1994, el 1 de enero para ser más precisos, surgió el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas. Esta organización indígena se levantó en armas y se declaró en contra del gobierno federal, al mismo tiempo que tomaron algunas comunidades, entre ellas la de San Cristóbal de las Casas. Pronto comenzaron a manifestarse en diversas partes del país simpatizantes del movimiento armado que mostró, de nuevo, la necesidad de una apertura política. Los enfrentamientos entre los guerrilleros y el ejército federal fueron fugaces y de corta duración, apenas duró once días, pero su trascendencia fue de una magnitud sin precedentes, pues marcó una postura de oposición abierta con un discurso político claro, que mezclaba demandas sociales con derechos humanos, en especial, sobre derechos indígenas, históricamente olvidados en el camino del desarrollo nacional.

La rebelión del EZLN puso de manifiesto que el progreso del que hablaba Salinas no era tan sólido como lo pregonaba. Además, esta idea se corroboró con el asesinato en marzo de ese mismo año del candidato priista a la presidencia, el sonorensé Luis Donald Colosio. Semejante hecho constituyó una profunda crisis no sólo al interior del partido oficial, sino para toda la sociedad mexicana que se sentía traicionada y olvidada por sus gobernantes. Tal situación empeoró todavía más con el asesinato en septiembre del político priista José Francisco Ruiz Massieu.

Todos estos hechos sangrientos señalaban la decadencia y el fin del régimen político priista. Las elecciones de 1994 también estuvieron caracterizadas por el fraude y la corrupción, sobre todo después del asesinato del candidato oficial. Así, el gobierno de Ernesto Zedillo (1994-2000) comenzó también con grandes dificultades de legitimidad. Asimismo, pronto ocurrió otro escándalo financiero con el compromiso que adquirió el gobierno (y la sociedad mexicana) de pagar los préstamos fallidos de los bancos mediante el Fondo Bancario de Protección al Ahorro (Fobaproa). Esto generó gran descontento entre la población y una nueva carga tributaria.

Durante el sexenio de Ernesto Zedillo muchos de los procesos iniciados en los ochenta continuaron, como el flujo migratorio hacia el vecino país del norte, el incremento de la inseguridad y el desempleo que favoreció la economía informal. Hacia el fin de siglo la sociedad mexicana era muy distinta a la de principios de esta centuria. La población mexicana de fin de siglo era mayoritariamente urbana, con mayor grado de escolaridad y con una visión más abierta sobre la familia, la sociedad y el gobierno. Esto, aunado a la descomposición interna del régimen político, propició una reforma constitucional en 1996 que otorgó un carácter autónomo al Instituto Federal Electoral (IFE), inicio de la llamada transición democrática. Con ello, se pretendió que los procesos electorales ya no sólo estuvieran en manos del gobierno, sino de la sociedad civil, aunque con el paso de los años la influencia de los partidos políticos ha sido cada vez mayor.

La autonomía del IFE fue de la mano con una serie de triunfos de la oposición política cada vez más significativos, como el de la Ciudad de México en 1997 con Cuauhtémoc Cárdenas a la cabeza del gobierno. Así comenzó la transición política que culminó con las elecciones presidenciales de 2000, año en que el candidato oficial, Francisco Labastida fue derrotado por el panista Vicente Fox (2000-2006), ex gobernador de Guanajuato y empresario. Mediante la estrategia electoral del voto útil, el PAN logró vencer al PRI y con ello se generaron grandes expectativas de cambios profundos en el país.

Pero tras el impacto de la elección, la transformación que requería el país se quedó corta y aunque hubo cambios en la administración, sobre todo en materia de rendición de cuentas, el avance no fue significativo, incluso hubo ámbitos donde claramente se retrocedió. Uno de ellos fue el estancamiento económico que experimentó el país desde el gobierno de Fox y continuó con su sucesor Felipe Calderón. Asimismo, las prácticas corruptas y los abusos de poder tampoco desaparecieron con el cambio de administración, más bien los panistas pronto

adoptaron los viejos vicios y las malas costumbres de los priistas como propios.

Otro de los ámbitos que empeoró durante los últimos años en México fue el uso de las fuerzas militares en tareas policíacas que inició Zedillo, continuó Fox y llegó a su punto máximo con Felipe Calderón (2006-2012). Esto se debió en gran medida al avance del narcotráfico en diversas regiones del país, algunas en el norte y otras en el centro sur del territorio nacional. La lucha contra el narcotráfico generó una ola de violencia de la cual todavía no se ve fin, ni salidas razonables a mediano plazo. Fue Calderón quien puso a la guerra contra el crimen organizado como una estrategia de gobierno y de legitimación, sobre todo después de su cuestionable triunfo electoral marcado por la sospecha de fraude contra Andrés Manuel López Obrador, entonces candidato del PRD.

El carácter visiblemente militarista de la administración de Calderón abrió una brecha para el desorden social, la protesta política pacífica y el incremento del poder militar en el país. Todo ello se reflejó en la sociedad mexicana mediante expresiones de crítica, miedo y desconfianza profunda hacia los gobernantes. Esta situación empeoró todavía más con el escaso desarrollo económico que se vio afectado por el propio narcotráfico y la creciente desigualdad social entre ricos y pobres que generó profundos contrastes. Sin duda, la proliferación de la inseguridad ha sido uno de los rasgos principales del México contemporáneo, al igual que la corrupción, inmiscuida en amplios sectores de la sociedad y el gobierno.

El regreso del PRI en el poder con el triunfo de Enrique Peña (2012-2018) generó pocas expectativas para redireccionar el país, sobre todo ante una élite política cada vez más alejada de las necesidades y el sentir de la sociedad mexicana actual. La ola de violencia ha continuado en los últimos años y la economía nacional tampoco ha manifestado un crecimiento importante, situación que se complicó con los reajustes del TLC (Tratado de Libre Comercio) que están en puerta y la poca asertividad de

las autoridades para convertir esta coyuntura política en una oportunidad de crecimiento. Pese a ello, la sociedad mexicana ha mostrado mayor madurez y consciencia política y social que se manifiesta de diferentes formas en los medios de comunicación vigentes, manifestaciones sociales y la militancia civil que descolló con el sismo del 19 de septiembre de 2017.



El declive mexicano



Silvana Quinto Díaz

Después de la represión al movimiento estudiantil de 1968, varios sectores de la población mexicana entre los que se encontraban los sindicatos de trabajadores electricistas, telefonistas y mineros, comenzaron a alzar la voz en contra de los bajos sueldos y las pocas prestaciones que se les daban a los

trabajadores. Si bien el modelo del Estado Benefactor, el cual buscaba garantizar educación, salud y vivienda a toda la población, fue promovido e impulsado durante más de dos décadas por el gobierno mexicano, no favoreció a mediano plazo un crecimiento económico constante.

El establecimiento del modelo neoliberal en el sexenio presidencial de Miguel de la Madrid Hurtado, caracterizado por la no intervención del Estado en la economía, fue el nuevo sistema que sustituyó la política del Estado benefactor. A la izquierda de la imagen se muestra un local con el letrero de “Estado Benefactor”, y en su interior se encuentra una camilla que simboliza la atención médica gratuita y unos libros que se asocian con las campañas nacionales de alfabetización. Del lado derecho tenemos otro local que está representando el modelo neoliberal y el proceso de la globalización, donde se exponen artículos de importación que sólo incentivan el consumismo y el continuo endeudamiento de los clientes. Afuera de estos locales vemos a trabajadores de distintas industrias, afectados en sus derechos sindicales y que demandan mejores condiciones laborales y salarios dignos.

En la parte superior del dibujo podemos ver la Ciudad de México devastada por el sismo de 1985, hecho que llevó a que las autoridades gubernamentales crearan nuevos departamentos de protección civil para enfrentar este tipo de desastres. Al centro del dibujo encontramos a Luis Donald Colosio, quien está diciendo la frase “Yo veo un México con hambre y con sed de justicia”. Este personaje, encargado de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) y candidato a la presidencia en 1994 para sustituir a Carlos Salinas de Gortari, inició su campaña política con promesas de un verdadero cambio para el país y de combate a la corrupción; desafortunadamente Luis Donald fue asesinado por Mario Aburto Martínez y el sueño de reestructurar a México se vio truncado por los intereses de los tecnócratas en el poder.

Finalmente, en la parte inferior derecha podemos observar una iglesia que tiene una planta de marihuana, aludiendo así

a la relación que tenía el narcotráfico con la iglesia al ser asesinado el Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, arzobispo de Guadalajara, hecho que hizo evidente el creciente problema de narcotráfico en nuestro país.

El neoliberalismo y la globalización se imponen



José Luis Hernández Luna

A partir de la década de los años setenta, México sufrió un proceso de deterioro económico que aumentó el nivel de empobrecimiento de la sociedad en su conjunto. Ello se debió a la implementación de distintos modelos económicos y el pago de impuestos para organismos financieros internacionales, mismos que contribuyeron a la creación de un sistema deficiente y, sobre todo, dependiente de las grandes empresas transnacionales que entraron a nuestro país.

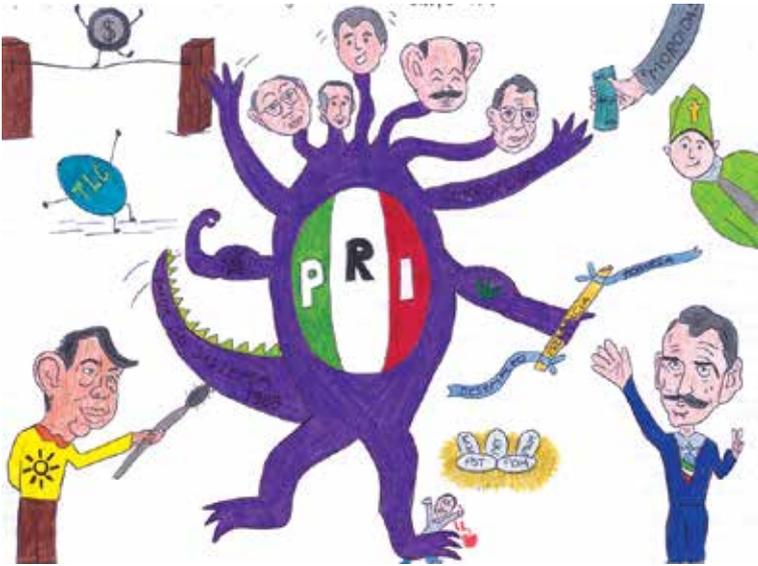
En la parte baja de la composición, literalmente en el hoyo, se encuentra el pueblo mexicano que emite un grito de ayuda, pues se halla inmerso en la pobreza debido a las malas políticas

económicas implementadas en el periodo 1970-1982. Por ello, fuera del agujero aparece un anuncio clavado en el suelo con la leyenda “Estado Benefactor”, que significa los nulos resultados de este sistema en los años referidos y que sólo agravaron las condiciones económicas del país con devaluaciones del peso y una inflación galopante, entre otras afectaciones a las condiciones de vida de la clase trabajadora.

Con la instauración de la política neoliberal y la apertura del mercado nacional a las distintas empresas y productos, el nivel de vida y las condiciones de trabajo de la población mexicana se deterioraron aún más, y las nuevas ofertas para el consumo sólo pudieron ser atendidas por sectores sociales con ingresos altos. Así, la imagen del empresario vomitando marcas trasnacionales termina por ahogar al pueblo de México, al mismo tiempo que provoca que la economía nacional siempre esté sujeta a las políticas e intereses de estos grandes negocios.

En el centro del dibujo están los rostros de los presidentes priistas Luis Echeverría Álvarez, José López Portillo, Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo. En la frente de estos tres últimos se forma la palabra “tecnocracia”, modo de gobierno en el que los cargos públicos son desempeñados por jóvenes políticos especializados en sectores económicos y financieros procedentes de las mejores universidades de Estados Unidos y Reino Unido, quienes estuvieron dispuestos a aplicar en México las teorías y modelos económicos desarrollados en países de primer mundo.

El dinosaurio priista y la transición política



Argelia Abreu Espinosa

El dinosaurio con cinco cabezas representa a los últimos gobiernos del PRI de 1970 al año 2000, y sabemos que es así por el escudo de este partido en la barriga de la enorme criatura. Cada cabeza representa a un presidente de esta época, Luis Echeverría, José López Portillo, Miguel de la Madrid, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo. Como se puede observar el dinosaurio priista está por pasarle la estafeta del gobierno a Vicente Fox, candidato al ejecutivo del Partido Acción Nacional (PAN), quien venció en las elecciones presidenciales del año 2000 y dio paso a un periodo de alternancia política inédito en la historia reciente del país.

Entre las características más destacadas de esos años podemos señalar las siguientes: corrupción, desempleo, pobreza, devaluaciones y crisis económicas. En el dibujo estos aspectos se representan con las manos del monstruo, pues mientras una recibe dinero de las numerosas mordidas, la otra trata de

tirar al peso que camina por la cuerda floja de la economía mexicana. El círculo con las siglas del TLC aparece en actitud expectante y hace referencia a la apertura comercial entre México, Estados Unidos y Canadá durante el gobierno de Carlos Salinas, ahora puesto en entredicho. Este tratado pretendió hacer competitiva la economía mexicana a nivel internacional, de ahí que aparezca como ‘colchón de protección’ del peso. Un momento de auge económico en el país se dio con el descubrimiento de nuevos yacimientos de petróleo durante el sexenio de López Portillo. Este hecho se ejemplifica con un brazo del monstruo que hace fuerza y muestra un tatuaje de una torre petrolera; sin embargo, tal hecho fue una ilusión pasajera pues el sexenio de López Portillo concluyó con una fuerte devaluación del peso.

Con el fin de legitimar su permanencia en el poder, el PRI apoyó reformas políticas que permitieron el surgimiento y la participación de otros partidos políticos en la contienda electoral. Semejante escenario político se ejemplifica con los huevos en el nido que representan el nacimiento de esas agrupaciones políticas. Del lado izquierdo del dibujo se halla Cuauhtémoc Cárdenas con un suéter que ostenta el escudo del PRD, partido derivado del Frente Democrático Nacional que apoyó la candidatura presidencial de este político en 1988. En su mano izquierda lleva una lanza con la que intenta dañar al dinosaurio, mientras que éste intenta golpearlo con su cola, en la que se lee: “caída del sistema 1988”.

La pata del dinosaurio que aplasta a una persona hace referencia a los asesinatos políticos ocurridos en el sexenio salinista. De hecho, la cabeza con el rostro de Carlos Salinas es la más grande de las cinco, y hace referencia a que fue el presidente más famoso y polémico de este periodo. La cabeza que aparece en el centro corresponde a Miguel de la Madrid, misma que se balancea haciendo alusión al devastador terremoto de 1985 en la ciudad de México. La cabeza de Zedillo muestra preocupación debido al contexto complejo cuando tomó el poder, y

Por otra parte, el agujero negro que se halla casi en medio del mapa simboliza la percepción del pueblo mexicano sobre la corrupción de los políticos, ya que era evidente la apropiación de los recursos públicos y la aparición de éstos en las cuentas personales de la clase política. Asimismo, hay referencias al Tratado de Libre Comercio que entró en vigor en 1994 –las banderas entrelazadas–; el terremoto de 1985 –los edificios desplomándose–; la caída del sistema en la elección presidencial de 1998 –la computadora fallando–; la alternancia en el poder –pie con las siglas del PAN pateando al PRI–; la devaluación constante de nuestra moneda –un peso en caída constante–; que cierra el conjunto.

Al lado derecho, se representa la carrera de los distintos candidatos a la presidencia por llegar a “Los Pinos” en el 2012. Esta competencia encabezada por el priista Enrique Peña Nieto, seguido por el perredista Andrés Manuel López Obrador, en tercer lugar, la panista Josefina Vázquez Mota, y en últimísimo lugar Gabriel Quadri, candidato del Partido Nueva Alianza, quien tuvo menos fama que la edecán de uno de los debates durante la contienda electoral.

En tanto, el presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) desciende por una escalera, en referencia al declive de la economía mexicana y la devaluación del peso durante su gestión. En sentido inverso, una gráfica muestra el aumento de los impuestos y de la población, ambos fenómenos ocurridos durante ese periodo. Al pie de la escalera, está Luis Donaldo Colosio, candidato a la presidencia en 1994 y asesinado en Tijuana durante un acto de campaña. Dicha muerte obligó al PRI a buscar un nuevo contendiente que terminó en la candidatura de Ernesto Zedillo (1994-2000). Al inicio de su gobierno estalló una crisis económica, por ello la actitud de desaliento que muestra en el rostro. Asimismo, durante su sexenio inició la operación del TLC que establecía el libre comercio entre México, Estados Unidos y Canadá, favoreciendo el ingreso y la venta de infinidad de productos extranjeros en nuestro país.

En el año 2000 se inició la alternancia política en México con el triunfo del candidato del PAN, Vicente Fox (2000-2006), que está en la parte inferior derecha junto con Martha Sahagún, imagen que hace alusión a sus constantes intromisiones en los asuntos de gobierno y llevó a adjudicarles el título de la 'pareja presidencial'. El presidente Fox muestra una lengua larga a fin de resaltar su incontinencia verbal, misma que se hace evidente mediante la frase "comes y te vas", dirigida al presidente cubano Fidel Castro, para evitar el encuentro con el presidente George Bush en el Foro de Financiación para el Desarrollo realizado en Monterrey en el año 2002. Su sucesor, el también panista Felipe Calderón (2006-2012), se exhibe en traje militar por la guerra que desató contra el narcotráfico, misma que marcó su sexenio por la gran cantidad de muertos y desaparecidos.

Enrique Peña Nieto (2012-2018) con copete incluido es el último presidente representado en el dibujo, quien muestra confusión ante un libro abierto, reflejo de su ignorancia e incultura manifiesta en diversos momentos de su mandato. Atrás de él se esconde una de sus reformas estructurales, la energética, en vir-

tud de que hasta ahora no se han visto los logros prometidos en beneficio de la economía nacional y la sociedad mexicana.

En el espacio social del mexicano común y corriente, no perteneciente a la elite, un ama de casa no entiende por qué los precios suben cada vez más, ya que esta realidad contradice el discurso oficial que afirma la existencia de una economía en crecimiento y políticas a favor de los sectores desprotegidos. Asimismo, en el dibujo se hallan presentes movimientos sociales que cuestionan el sistema económico, la explotación capitalista y el fraude electoral de los últimos tiempos.

División del trabajo en la sociedad mexicana



Misael Romero Medina

En esta construcción icónico-simbólica se representan los principales problemas del México contemporáneo, mismos que han generado crisis de todo tipo, económicas, sociales y políticas. En primer lugar, simboliza la profunda diferencia de

clases sociales predominante en el país. Así, las clases acomodadas se hallan en la parte superior, despreocupados, gordos y en actitud cínica, gracias a los privilegios y recursos abundantes de que gozan, muchos de ellos obtenidos por medios ilegítimos. Estos personajes están rodeados de objetos que simbolizan poder económico, en este caso, el dinero como elemento esencial de la elite mexicana actual, pues quien posee riqueza puede estar por encima de todo, incluso de la ley. Mientras tanto, las clases desfavorecidas se encuentran abajo, débiles, de figura triste, desconsolados, sin pertenencias ni goce de privilegio alguno; a pesar de ser quienes sostienen con su trabajo la economía nacional.

En relación a la política neoliberal en México y la dependencia de nuestro país de los organismos financieros internacionales, aparece sobre la mesa una bolsa de dinero con el signo de dólares y abajo de ésta las iniciales del Tratado de Libre Comercio con una serie de grietas. Dichas grietas refieren que el tratado afectó el desarrollo de distintas actividades económicas mexicanas, tanto industriales como agrícolas, ya que no fueron competitivas ante las grandes empresas trasnacionales, mismas que generaron dependencia hacia los mercados mundiales e incrementó la pérdida de la soberanía nacional.

Sin duda, otro problema actual que padece la sociedad mexicana es el del narcotráfico. Ello se simboliza en el dibujo con la hoja de marihuana en el mantel, y muestra cómo en años recientes ha creado una situación de violencia y de hechos sangrientos a niveles nunca antes vistos. Tal escenario se vio incrementado en los dos últimos sexenios gracias a la política de combate a los grupos y jefes del narco, promovida por Felipe Calderón y seguida por Enrique Peña Nieto, quien pese haber logrado la captura y muerte de varios líderes de diversos grupos delincuenciales, ha creado una espiral de violencia, muerte y desapariciones que asolan a todo el territorio nacional. Todo ello hace necesaria la reflexión sobre el futuro inmediato de nuestro país.

Bibliografía

Abaites, Luis (2004), “El último tramo, 1929–2000”. *Nueva historia mínima de México*, México, Colmex.

Albarracín Jesús. *et al.* (1994). *La larga noche neoliberal. Políticas económicas de los ochenta*, Barcelona, Instituto de Estudios Sindicalizados Icaria.

Caso Alfonso (1985), *El pueblo del sol*, México, Fondo de Cultura Económica.

Del Campo, Mario Julio (1963), “Entrevista Díaz Creelman”, *Cuadernos del Instituto de Historia*, México, UNAM.

Escalante, Pablo. *et al.* (2008), *Historia mínima de México ilustrada*, México, El Colegio de México.

Garciadiego, Javier y Felipe Arturo Ávila Espinosa (2002), “La lucha revolucionaria” en Javier Garciadiego (coord.). *Gran Historia de México ilustrada, de la Reforma a la Revolución, 1857-1920*, vol. 4. México, Conaculta-INAH-Planeta DeAgostini.

Gutiérrez Barrios, Fernando (1990), *Banderas. Catálogo de la Colección de Banderas del Museo Nacional de Historia*, México: Secretaría de Gobernación-INAH.

Kaspar, Oldrich (2008), *Cuentos, mitos y leyendas del México antiguo*, México, Trillas.

López Austin, Alfredo, y Leonardo López Luján (2001), *El pasado indígena*, México, Fondo de Cultura Económica.

López Austin, Alfredo (2014), *La religión, la magia y la cosmovisión*, Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coor-

dinadores) (2014), *Historia antigua de México. Aspectos fundamentales de la tradición cultural mesoamericana*, México, Conaculta-UNAM-INAH.

Ludlow, Leonor (2002), “El progreso porfirista” en Javier Garciadiego (coord.), *Gran Historia de México ilustrada, de la Reforma a la Revolución, 1857-1920*, vol. 4, México, Conaculta-INAH-Planeta DeAgostini.

Mendoza, Óscar *et al.* (2008), *Raíces del Estado y la nacionalidad mexicana*, México, UNAM-CCH.

Meyer, Lorenzo (2000). “La institucionalización del nuevo régimen”, *Historia general de México*, México, Colmex.

Meyer, Lorenzo (2007), *El espejismo democrático. De la euforia del cambio a la continuidad*, México, Océano.

Navarrete Linares, Federico (2000), *La conquista de México. México*, Conaculta-Tercer Milenio.

Navascués Palacio, Pedro (2000), *Las catedrales del nuevo Mundo*. Madrid, El Viso e Iberdrola.

Olvera, Jorge (2013), *Los mercados de la Plaza Mayor en la Ciudad de México*, México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. Recuperado el 15/08/2017 de: <http://books.openedition.org/cemca/538>

Silva Herzog, Jesús (1984), “La epopeya del petróleo en México”. *Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana, 1910-1917 y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica.

Trejo, Guillermo (2002), “Pobreza y desigualdad en el siglo xx mexicano”, *Gran Historia de México ilustrada. El siglo xx*

mexicano, volumen 5, México, Conaculta-INAH-Planeta DeAgostini.

Ulloa, Berta (2000), “La lucha armada (1911-1920)” Éric Velázquez, *et al. Historia general de México*, México, Colmex.

Valverde, María del Carmen (1999). Idea del tiempo y calendarios, *Los Mayas*, México, Conaculta -Tercer Milenio.

Interpretaciones Imaginadas de la Historia de México
Editado por el Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM,
se terminó de imprimir el 23 de julio de 2018
en Litoroda SA de CV,
Escondida número 2, col. Volcanes, CP 14640,
Tlalpan, Cd Mx

El tiraje consta de 300 ejemplares
Interiores: papel bond de 90 g
Portada: cartulina sulfatada de 12pts
Se usó en la composición el tipo Minion Pro 11.5 pts
Impreso en offset

Coordinadora editorial: Mtra. Ma. Elena Pigenutt Galindo
Formación: DCG. Mayra Monroy Torres
Diseño de portada: LDG. Verónica Espinosa Mata
Corrección: Lic. Fernando Velasco Gallegos



* D - 7 0 0 3 0 4 *